MARTA FLORES

MI LIBERTAD EMPEZÓ CONTIGO



MARTA FLORES

MI LIBERTAD EMPEZÓ CONTIGO

Primera edición.
Mi libertad empezó contigo
©Marta Flores
©marzo, 2026
©Imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Capítulo 1



Micaela

—Para… por favor, para… —Mi madre lloraba sin cesar, acurrucada en una esquina del salón, cubriéndose la cabeza con ambas manos.

—¡María, dame el puto dinero de una vez! —Mi padre, tambaleante, lanzaba patadas contra ella; unas le daban, otras no.

—No tengo nada, Teodoro —insistía ella mientras se limpiaba las lágrimas de la cara, que estaban rojas al mezclarse con la sangre que emanaba del gran corte que tenía en una ceja.

—No me mientas, joder, sé que siempre tienes algo guardado para las putas niñitas —le dijo mi padre, agarrándola por los pelos y zarandeándola.

—Te digo que no, de verdad, te di todo lo que tenía ayer —le contestó, intentando que la soltara.

—¡Déjala ya! —le grité mientras tiraba de su camisa hacia atrás, intentando separarlo.

—¡Cállate! Esto es por vuestra culpa. Si no hubierais nacido, no estaríamos en esta situación —me dijo con desprecio, empujándome contra la pared.

—Ponte a trabajar, como hacemos las demás. Eres un vago y un borracho de mierda —le contesté con el mismo desprecio con el que él me estaba hablando.

—Dios mío, Micaela, cállate —me pidió mi madre, mirándome con horror por el atrevimiento que había tenido al hablarle así a mi padre.

—No pienso callarme, estoy harta. Las tres nos matamos a trabajar para que él se lo gaste todo en el bar y yendo de putas —le dije a mi madre a la vez que señalaba a mi padre.

—O te callas o te cierro yo la boca para siempre.

A esas palabras le siguió un puñetazo que me alcanzó en plena cara, haciéndome caer de espaldas contra el suelo.

—Déjala ya, Teodoro, toma, es todo lo que tengo.

Mi madre sacó un billete de cincuenta euros de entre las páginas de un libro que estaba en la estantería que estaba justo a su lado y se lo tendió con manos temblorosas.

—Mentirosa de mierda, y decías que no tenías más —le contestó antes de escupirle en la cara, coger el billete y salir dando un portazo que retumbó en toda la casa.

—Mamá, no podemos seguir así, tienes que dejarle —le rogué mientras la ayudaba a levantarse.

—No puedo, Micaela, es mi marido, solo es una mala racha —me contestó intentando justificarlo, como siempre hacía.

—¿Una mala racha? Estás ciega. Esto no es una mala racha, esto ha sido así siempre, pero ahora está peor que nunca —le contesté negando con la cabeza.

—Tenemos que irnos o cualquier día tendremos que lamentar una desgracia —le pedí, insistiendo.

—Te he dicho mil veces que no puedo dejarle, es mi marido, me necesita —me contestó frunciendo el ceño.

—¿Sabes qué? No sé quién es peor de los dos, si él por hacer lo que hace o tú por aguantarlo, poniéndole por delante incluso de tus hijas —le dije muy enfadada.

»Pero esto se acabó. No pienso quedarme ni un día más aquí para ver cómo te mata y después convertirme yo en la siguiente de la lista. Solo te lo voy a preguntar una vez más: ¿le vas a dejar? —le pregunté, mirándola desafiante, cruzada de brazos.

—No… puedo —me contestó con lágrimas en los ojos.

—Bien, pues no tenemos más que hablar.

—Enola, coge la mochila del armario, nos largamos —le pedí a mi hermana, que estaba en la cama hecha un ovillo, con las manos en la cabeza, tapándose los oídos.

—¿Ahora? —me preguntó levantándose de un salto y abriendo el armario de un tirón para sacar de allí las dos mochilas que ya teníamos preparadas con todo lo necesario para marcharnos.

—Ahora mismo —le contesté mientras me miraba al espejo para limpiarme la sangre que no dejaba de salir de mi labio, el que me había partido por dos sitios el muy cabrón.

—¿Dónde vais? —nos preguntó mi madre, agarrándose al marco de la puerta de nuestra habitación.

—Lejos, cuanto más lejos, mejor. Lo más lejos posible de esta casa, de ese monstruo y de ti —le contesté mientras tiraba de la mano de mi hermana y pasábamos a su lado a toda prisa.

—No, no os vayáis. ¡No, no, no…!

—¡No, no, no…! —grité en voz alta, aunque estaba dormida.

—Micaela, despierta, venga, tranquila, solo es una pesadilla. —Oí la voz de mi hermana y noté cómo me zarandeaba intentando despertarme.

—Enola… —susurré, intentando abrir los ojos.

—Sí, soy yo, cariño, estoy aquí contigo. —Me envolvió entre sus brazos, dándome la paz que necesitaba para calmarme.

Aún en sus brazos me costó tranquilizarme. Mi corazón latía a toda velocidad y mi respiración se entrecortaba por el esfuerzo. Por mi espalda, igual que por mi frente, resbalaban gotas de sudor que empapaban la camiseta del pijama.

—¿Qué soñabas? —me preguntó cuando se separó de mí, a la vez que me limpiaba la frente con un pañuelo que había cogido de la mesilla, con delicadeza y cariño.

—Lo de siempre —le contesté, resoplando.

—¿Con esa noche? —me preguntó, aun sabiendo ya la respuesta.

—Sí, es que no parece que esté soñando, parece que estoy allí otra vez. El sueño es tan nítido que es capaz de reproducir lo que pasó palabra por palabra —le dije negando con la cabeza, enfadada.

Por más que había intentado olvidar aquella noche, no había sido capaz de hacerlo. Bueno, más bien mi subconsciente, en forma de sueños, no me dejaba hacerlo.

Cada cierto tiempo, los recuerdos de esa noche en la que todo cambió para mi hermana y para mí volvían en forma de pesadillas para seguir atormentándome la vida, haciéndome recordar a nuestros padres, de los que no quería ni evocar sus nombres.

—Quizás deberías consultarlo con algún colega. Han pasado doce años desde aquella noche y no creo que sea normal que sigas soñando con ello y de forma tan clara —me dijo mi hermana, preocupada.

—Ya lo hice —le contesté susurrando, porque era algo que no le había contado.

No le había contado a mi hermana que hacía unos meses se lo había consultado a un colega y amigo. La razón de no hacerlo no era porque no confiara en ella, ya que eso sí que no era así; para mí, mi hermana era mi otra mitad y no había persona en el mundo en la que más confiara ni a la que más quisiera.

El motivo de no contárselo era otro. No me había gustado ni un pelo el diagnóstico que me había dado mi amigo y, aún meses después, estaba intentando digerirlo, intentando no enfadarme cada vez que lo pensaba.

—¿Lo hiciste y no me lo has contado? ¿Por qué? —me preguntó, sorprendida.

—No me gustó lo que me dijo —le contesté encogiéndome de hombros.

—Cuéntamelo, no puede ser tan malo. Seguro que entre las dos encontramos una mejor interpretación.

Mi hermana, con su calma habitual, siempre intentaba ser lo más racional posible e intentaba encontrar una explicación práctica para todo.

—Resumiendo un poco, me dijo que sigo soñando con ello porque mi subconsciente me dice que tengo una cuenta pendiente. Me dijo que me siento culpable por habernos largado sin mirar atrás y haber dejado a mamá allí sola. Por eso revivo esa noche en sueños una y otra vez; mi mente cree que debería haber hecho algo más.

Cuando terminé de hablar, mi hermana me miraba con el ceño fruncido y vi cómo sus pensamientos iban a mil por hora, intentando procesar lo que le acababa de contar.

—¿Haber hecho algo más? ¿El qué? ¿Quedarnos allí para que en un arrebato nos matara? Le pedimos cientos de veces que le dejara, le rogamos que nos sacara de aquel infierno y ella solo justificaba lo injustificable. Nunca nos puso por delante de él; para ella, él siempre fue lo primero.

»Mamá era tan culpable como él de la mierda de infancia que tuvimos. Espero que ese colega tuyo no tenga razón y sea verdad que te sientes culpable, porque me voy a cabrear.

No, no se iba a cabrear: ya lo estaba. Enola era como un libro abierto, al menos para mí, y pude ver en sus ojos que estaba enfadada.

—Por eso no te conté nada. Sabía que te ibas a cabrear y bastante lo estoy yo con la mierda de diagnóstico que me dio. No me siento culpable, hicimos lo que teníamos que hacer para sobrevivir. Le dimos la oportunidad de hacer lo mismo y prefirió quedarse allí con él —le dije muy convencida de mis palabras.

—Yo no soy médica, pero tengo mi teoría. Siempre tienes esa pesadilla cuando estás muy nerviosa por algo, cuando va a haber un cambio en tu vida o cuando pasa algo malo. Esa noche marcó nuestras vidas y tu mente lo relaciona con lo nuevo que ha pasado o va a pasar, marcándolo de igual manera.

Me quedé pensando unos segundos en la teoría de mi hermana y me gustó mucho más que la que me había dado mi colega y, desde luego, se acercaba mucho más a la realidad.

—Tu teoría me parece más acertada, sobre todo porque no me siento ni un poquito culpable por dejar aquello atrás y mucho menos pienso que tenga una cuenta pendiente con ninguno de los dos —le contesté con firmeza.

—Dile al matasanos que te ha dicho esa chorrada, que se dedique a vender helados, porque lo de la medicina desde luego no es lo suyo —me dijo haciéndome reír, uniéndose ella también a mis carcajadas.

—Pensándolo bien, creo que tienes razón. Además, él no es psicólogo, sino traumatólogo. Si vuelvo a verlo —que lo dudo porque ha pedido el traslado a otra ciudad—, le diré que siga con los huesos y lo de los cocos se lo deje a otros.

Las risas aumentaron y, sin verlo venir, mi hermana cogió uno de los cojines de mi cama y me dio con él en la cabeza.

—A *cojinazos* te saco yo toda esa mierda que tienes en la cabeza para que no vuelvas a tener pesadillas —me dijo dándome una y otra vez, sin parar de reírse.

—Ahora verás —le dije, cogiendo otro cojín para devolverle los golpes, riéndome igual que ella.

Así nos encontró mi abuela al abrir la puerta de mi habitación. Primero negó con la cabeza; después se echó a reír con fuerza.

Capítulo 2



Micaela

—¿Ni siquiera ha amanecido y ya estáis con el cachondeo? —nos preguntó mi abuela sentándose en una esquina de mi cama.

—Abuela, esta es la mejor manera de sacar las malas cosas de la mente, mira —le contestó Enola antes de darme con el cojín en la cabeza otra vez.

—Serás petarda, no me des más —le dije devolviéndole el golpe.

Nos dimos varios impactos más con los cojines mientras nos revolcábamos en la cama como dos crías pequeñas. Era gracioso que a nuestros veintiocho años hiciéramos cosas que deberíamos haber hecho siendo niñas, cosa que no fue así porque se nos privó de ello.

—¿Estás bien? Te he oído chillar desde mi habitación, pero no he venido antes porque he oído a Enola salir corriendo de su cuarto y sé que es la que más te calma cuando sueñas feo —me preguntó mi abuela preocupada cuando las risas cesaron.

—Estoy bien, abuela, ya pasó —le dije acercándome a ella para darle un abrazo y un beso en la mejilla.

Mi abuela me devolvió el abrazo mientras me acariciaba el pelo. Nos quería a las dos con locura y nosotras a ella de la misma manera. Le debíamos tanto… Si no hubiera sido por ella, seguramente nuestra vida, tal y como la conocíamos en esos momentos, sería muy diferente.

—Siempre tienes episodios cuando estás nerviosa —me dijo separándose de mis brazos. Miré de reojo a mi hermana y vi que me decía con la mirada: «¿Ves? Tengo razón, la abuela piensa como yo».

—Lo mismo le he dicho. El cambio de mañana es muy fuerte y yo, en su lugar, no estaría nerviosa, estaría cagada de miedo —añadió mi hermana, exagerando con su cuerpo un estremecimiento en modo dramático.

—¿Estás completamente segura de este cambio, Micaela? Ese sitio… —me preguntó mi abuela cogiéndome la mano.

—Lo estoy, necesitaba un cambio, en mi puesto ya no estaba a gusto —le contesté sonriendo para que viera que estaba totalmente segura de la decisión que había tomado un mes atrás.

—Coño, pero es que esto no es un cambio cualquiera, es el súmmum de los cambios. De trabajar de médica de cabecera en un ambulatorio donde la mayoría tienen gripe o una lumbalgia, a médica en una prisión, donde a saber lo que te encontrarás a diario —dijo mi hermana resoplando.

Cuando tomé la decisión de cambiar mi lugar de trabajo un mes atrás, ni a mi abuela ni a mi hermana les hizo ninguna gracia el destino que había elegido. Las dos estaban muy preocupadas porque tendría que estar a diario ocho horas, de lunes a viernes, rodeada de presos que habían cometido todo tipo de delitos.

Pero era mi decisión y, aunque habían protestado bastante los primeros días, habían acabado aceptándolo. Qué remedio les quedaba. Sabían que, cuando yo tomaba una decisión, iba con ella a muerte, hasta el final.

—Estaré bien, no tenéis que preocuparos —les dije levantándome de la cama.

—Creo que los presos son los que tienen que estar preocupados, no saben la que se les viene encima —le dijo mi hermana a mi abuela bajito, pero no tanto como para que no la oyera.

Evidentemente, lo había hecho adrede para hacer la gracia y lo consiguió, porque mi abuela soltó una carcajada que seguro que la oyeron hasta los vecinos.

—Eres graciosísima, hija, no sé cómo en vez de abogada no te hiciste payasa y estás trabajando en un circo —le dije a mi hermana poniendo los ojos en blanco.

—Porque la nariz roja no me hacía juego con el pelo —me contestó encogiéndose de hombros, haciendo reír más a mi abuela.

—Venga, dejad las tonterías para cuando tengamos el estómago lleno. A la ducha las dos, mientras yo preparo el desayuno —dijo mi abuela levantándose de la cama y dando una palmada.

—Abuela, ¿qué tal unos crepes? Así con su chocolatito por dentro y calentitos —le dijo mi hermana relamiéndose y haciéndome salivar solo de pensarlo.

Es que no era exageración, los crepes que hacía la señora Asun eran para salivar y morirse del gusto. Bueno, la verdad es que no solo los crepes, sino todo lo que cocinaba; tenía unas manos de oro en la cocina. No había una sola cosa con la que no te chuparas los dedos.

—Y si ya lo acompañamos con un cafelito con leche y un zumito de naranja, hoy triunfamos —añadí, haciéndolas reír a las dos al verme dar saltitos y aplaudir pensando en el pedazo de desayuno que nos íbamos a meter entre pecho y espalda.

—Eres una pedigüeña, que lo sepas —dijo mi hermana acusándome con el dedo.

—¿Yo? Anda ya —le dije a mi abuela poniéndome las manos en jarras en las caderas—. Pide ella los crepes y me llama a mí pedigüeña, manda narices con la niña —añadí en plan renegona.

—Lo que sois las dos es unas *hociconas* de cuidado, no he conocido a nadie en mi vida a la que le guste tanto el dulce como a vosotras dos —nos dijo mi abuela riéndose.

—Eso no lo podemos negar, hermana. La abuela tiene razón, nos pirra el dulce. Menos mal que entrenamos mucho; si no, tendríamos el culo como una plaza de toros.

Las palabras de mi hermana nos hicieron reír a las tres y mi abuela, negando con la cabeza, empezó a caminar hasta la puerta para salir y marcharse a la cocina.

—No tardéis u os quedaréis sin crepes —dijo mi abuela ya desde el pasillo.

—Enola, ¿sabes una cosa? —le pregunté a mi hermana poniéndome seria.

—¿Qué? —me respondió poniéndose seria también.

—Que tú eres más graciosa que yo, pero yo soy más rápida —le dije sacándole la lengua antes de salir corriendo por el pasillo y meterme en el baño para ser la primera en ducharme mientras me partía de risa.

—Serás cabrona, verás cuando salgas, los cojinazos te van a parecer un juego de niños, te voy a patear ese lindo culo que tienes —me dijo golpeando en la puerta.

—Qué lista nos ha salido la niña. Me dices lo de lindo culo porque lo tenemos igual; si no fuera así, no me dirías esos piropos —le contesté mientras metía el pie dentro de la ducha.

—Serás idiota, si te estoy tirando piropos a todas horas —me dijo riéndose.

—Que sí, guapi, lo que tú digas. Oye, tráeme ropa limpia, porfi, que con las prisas me he venido sin nada —le pedí aguantando la risa, sabiendo lo que vendría a continuación.

—¿En serio? —me preguntó con fingida indignación—. No se puede tener más morro que tú, preciosa. Encima de colarte la primera en el baño, me pides que te haga de criada y te traiga la ropa; manda narices lo que tiene una que aguantar —añadió resoplando.

—Gracias por lo de preciosa, segundo piropo compartido, pero me traes la ropa, ¿no? —insistí tapándome la boca para que no me oyera reírme.

—Aunque no te vea, sé que te estás aguantando la risa. Te la traeré porque te quiero, pero no te acostumbres —me dijo conteniéndose también. A mí no me hacía falta verla tampoco para saber y conocer todos sus gestos y su manera de actuar.

—Yo también te quiero, eres mi hermana favorita —le dije mientras me quitaba las bragas, que era lo único que me quedaba en el cuerpo.

—¿Tu hermana favorita? Si no tienes otra, atontada —dijo estallando en risas.

—Eso no lo sabemos con seguridad, así que no te fíes. Lo mismo cualquier día aparecen en la puerta una ristra de hermanos; con el historial de Teodoro, a saber, todo es posible en esta vida —le dije en broma.

Aunque, para qué engañarnos, podía ser posible. Con todas las fulanas que habían pasado por la vida de mi padre, lo mismo a alguna le había hecho un bombo y teníamos por ahí algún hermano perdido.

—Venga, date prisa, que tengo un juicio en dos horas. Voy a por la ropa —me dijo mi hermana dando dos golpecitos en la puerta para que me apurara.

Capítulo 3

Micaela

El agua caliente enseguida me destensó todos los músculos que tenía agarrotados por la tensión que se me había acumulado durante la pesadilla, esa que se repetía cada cierto tiempo desde hacía doce años.

Mi abuela y mi hermana tenían razón: cuando estaba nerviosa o se producía un cambio importante en mi vida, la pesadilla venía a acompañarme con más frecuencia. Y lo de que iba a haber un cambio en mi vida desde el día siguiente era verdad, pero lo de que estaba nerviosa no.

Había meditado mucho antes de tomar esa decisión y estaba convencida de que el cambio sería muy positivo. No me metía en la boca del lobo sin estar preparada; la broma de mi hermana, cuando decía que los presos eran los que deberían tener cuidado conmigo, no iba muy desencaminada.

Todos los que me conocían sabían que tenía mala leche, que no aguantaba tonterías y que no dejaba que nadie me rechistara. Si a eso le sumábamos que era cinturón negro en dos de las tres artes marciales que practicaba —kárate y taekwondo— y morado en jiu-jitsu, pues era más peligrosa que muchos de los hombres a los que trataría a diario.

Mi hermana también tenía los mismos cinturones que yo. Desde hacía doce años, que llegamos a León a casa de mi abuela, las dos nos apuntamos a un gimnasio donde enseñaban varias disciplinas, así como también defensa personal, a la que acudimos al principio.

Haber vivido con un maltratador durante los primeros dieciséis años de nuestra vida nos había llevado a querer aprender a defendernos y a atacar si era necesario.

Sí, suena penoso y horrible, pero esa había sido nuestra vida desde que nacimos hasta que mi paciencia se agotó cuando las dos teníamos dieciséis años y convencí a mi hermana para largarnos de esa casa en la que no habíamos visto nada más que chillidos, golpes y desprecios desde nuestro nacimiento.

Mis padres eran apenas dos niños cuando mi madre se quedó embarazada con diecisiete años y él tenía dieciocho. Eso ocurrió durante un viaje de estudios de una semana que ella hizo a la ciudad donde él vivía, Almería.

Cuando un mes después de volver a casa lo descubrió, ni siquiera se lo pensó; cogió una maleta y dejó la casa de mi abuela en León para irse con el que ella decía era el amor de su vida. Él la recibió con los brazos abiertos y en una casa que les cedieron mis abuelos; allí mismo, en Almería, empezaron su vida en común.

Siete meses después nacimos Enola y yo, sí, las dos a la vez, porque éramos gemelas, idénticas para más datos.

La gente tenía que conocernos mucho para saber diferenciarnos. Hasta el día de hoy, solo mi abuela y mi madre habían conseguido tal hazaña, sin dudar un segundo quién era la que tenían delante.

Y la verdad, no llegaba yo a comprenderlo porque, sí, por fuera éramos dos gotas de agua: las dos morenas, con el pelo largo y los ojos azules con motas violetas. Esos ojos tan especiales y raros, como decía mi madre, los habíamos heredado de mi abuela Asun, que los tenía idénticos a los nuestros.

Por lo demás, hasta ahí llegaba nuestro parecido, porque en carácter no podíamos ser más diferentes. Enola era paciente, divertida, cariñosa y se pensaba mucho las cosas; en cambio, yo era impulsiva, un poco borde y tenía una lengua afilada que dejaba a muchos clavados en el sitio sin saber qué contestar, y tremendamente protectora, sobre todo con mi hermana.

Mi abuela decía que mi carácter se había moldeado haciéndome así por la vida que había llevado, llevándome a convertirme en la mujer que era hoy en día: peligrosa en apariencia, pero con un corazón enorme que ocultaba a los demás para defenderme y no sufrir, como había visto hacer a mi madre tantas veces, aguantando las palizas y los insultos de mi padre.

Según nos contaba mi madre, no siempre había sido así. Al principio de su matrimonio todo fue de color de rosa; los problemas vinieron cuando, teniendo nosotras tres años, le despidieron del trabajo que tenía y empezó a dar tumbos de un empleo a otro.

Ja, ja y ja, esa era la manera que ella tenía de justificarle, pero a mí no me había hecho nunca comulgar con ruedas de molino. Era un cabrón egoísta que siempre había ido por libre y no nos había querido a ninguna de las tres, pero mi madre le quería tanto que tragó con todo hasta el punto de quedarse con él y perder a sus hijas.

Porque sí, nos perdió aquella noche en la que dije hasta aquí, agarré a mi hermana de la mano, cogimos dos mochilas, salimos a la calle y corrimos hasta la estación de autobuses.

Con el dinero que nos llevamos —el que teníamos escondido para que nuestro padre no nos lo quitara, el que habíamos ganado trabajando todo el verano— sacamos un billete para León.

Sabíamos que allí vivía mi abuela, a la que ni siquiera conocíamos. Al amanecer nos presentamos en la puerta de su casa, con un drama a nuestras espaldas y la esperanza de empezar una nueva vida lejos del infierno en el que habíamos estado viviendo.

Mi abuela no dudó, no preguntó al principio, solo nos abrazó a las dos y nos abrió las puertas de su casa y de su vida.

La conexión que tuvimos con ella desde el principio fue brutal, algo que nunca habíamos tenido con nuestra madre. En la actualidad, seguíamos llamándola abuela, pero para nosotras era mucho más: era nuestra madre, nuestra amiga y nuestra confidente.

Y, sobre todo, era la mujer que, sin hacer ni una sola pregunta, nos acogió en sus brazos y nos brindó un futuro que hasta ese momento se nos presentaba de lo más negro, sin posibilidad de estudiar ni de tener nada mejor.

Dos meses después de llegar a su casa, empezamos el bachillerato y, para ayudarla con los gastos, los fines de semana trabajamos de camareras en un restaurante. Al acabar, a las dos nos concedieron beca por nuestras buenas notas, pudiendo elegir la carrera que quisimos.

Enola se decidió por el derecho, que era lo que siempre le había llamado la atención, y yo estudié medicina, que era lo que siempre quise, pero no hice ninguna especialidad. Yo quería estar en una consulta, siendo médica de familia, y lo conseguí.

Las dos lo conseguimos. Enola terminó la carrera, se especializó en derecho penal y hoy en día era una excelente abogada penalista. Trabajaba en un bufete de la ciudad desde que acabó la carrera y estaba encantada.

No era muy grande, pero tenía muy buen ambiente; eran como una pequeña familia. Para ella eso era mucho más importante que estar en otro despacho con muchos más compañeros que quizá ni se saludaban y se pisaban entre ellos.

Yo, al terminar, también conseguí plaza en uno de los ambulatorios de la ciudad y allí seguía, pero los últimos meses no habían sido tan buenos como antes.

Una nueva médica llegó a la consulta de al lado de la mía y me llevaba fatal con ella. Desde el primer día nos caímos mal y no había jornada en la que los cuchillos no volaran en ambas direcciones.

Aquello hizo que un trabajo que me encantaba se volviera cada vez más pesado, obligándome a contenerme a diario para no arrastrar a esa prepotente por los pelos y barrer con ella todo el suelo del ambulatorio.

Por eso, cuando me surgió la oportunidad de cambiar de destino, me lo pensé, claro, pero en el fondo la decisión la tomé desde el primer momento: mi próximo destino era la cárcel.

—Micaela, ¿has terminado? No puedo llegar tarde al juzgado —me preguntó mi hermana llamando a la puerta con insistencia.

—Sí, pasa —le contesté cogiendo mi albornoz desde dentro de la ducha.

Enola entró en el baño con las manos llenas de ropa, la suya y la mía. Lo dejó todo encima de una pequeña silla que teníamos allí y empezó a desnudarse a toda prisa.

La ventaja de ser la segunda en ducharse, porque alguna tenía que haber, es que no tenía que esperar a que el agua se calentara, porque ni el grifo había cerrado; así entró directamente y empezó a enjabonarse con prisa.

—Oficialmente empiezas mañana, pero hoy tienes que ir a la prisión a conocer cómo es todo, ¿no? —me preguntó mientras ella seguía a lo suyo y yo terminaba de secarme.

—Así es, he quedado a las doce con el director del centro para conocerle y que me haga una visita guiada por los sitios a los que yo tendré acceso.

—¿Estás nerviosa? Y no me mientas, sabes que solo por la voz sabré que lo haces.

Era verdad, nos conocíamos tanto que no solo reconocíamos nuestras emociones por los gestos que poníamos, sino también por la modulación de la voz que usáramos.

—Nerviosa no es la palabra, quizás expectante o ansiosa, no sé cómo explicártelo mejor. Tengo una sensación rara en la boca del estómago, es como si algo dentro de mí me estuviera advirtiendo que el día de mañana va a marcar de alguna manera el resto de mi vida —le contesté intentando ser lo más sincera posible.

—A ver si te vas a enamorar de un preso —me dijo conteniendo la risa.

—Estoy loca, pero no tanto. Te recuerdo que todos cumplen condena, que están allí pagando por algún delito —le dije frunciendo el ceño porque su broma no me había hecho ninguna gracia.

—Y yo te recuerdo, y lo sé mejor que nadie, que no todos los que están allí dentro son monstruos. Algunos están porque cometieron un delito, sí, de esos habrá muchos. Pero también habrá algunos que estarán pagando por algo que les obligaron a hacer o les engañaron para que lo hicieran.

»Incluso habrá alguno que sea inocente y esté allí por equivocación o por un fallo del sistema. Tú tienes un don para leer a la gente; sabrás diferenciarlos con solo mirarlos a los ojos.

En eso tenía razón; a lo largo de mi vida nunca me había equivocado con nadie, siempre acertaba con la gente con el primer vistazo que les echaba.

—No pienso mirar a ninguno de forma diferente, así que no te montes películas raras en la cabeza —le dije totalmente convencida, porque quería que ese trabajo me durara, no quería líos extraños.

—Eso no está en tu mano; cuando llega el amor, no existen las barreras, ni los barrotes en este caso.

Puse los ojos en blanco y nos echamos a reír.

—Vamos a desayunar, anda, la falta de azúcar te hace desvariar —le respondí antes de salir del baño con ella pisándome los talones.

Capítulo 4



Sergio

Me quedé mirando el calendario que tenía pegado en la pared. Con pereza alargué la mano y cogí un pequeño lapicero que tenía en una cajita en el suelo. Subí la mano y taché otro día; con un suspiro pensé: *«Ya queda uno menos para salir de aquí»*.

Doscientos catorce días. Esos eran todos los que ya había tachado. Poco más de siete meses.

Día tras día, lo primero que hacía nada más despertarme por las mañanas era mirar ese calendario que me recordaba cuánto tiempo llevaba privado de libertad y, lo que era peor, la cantidad de días que aún me quedaban para cumplir mi condena.

Hacía ocho meses que mi vida, tal y como la conocía, se fue a la mierda. Bueno, para ser sincero, los últimos meses tampoco es que fueran ideales. Estaba pasando por un mal momento, pero intentaba arreglar los problemas que tenía y, en lugar de solucionarlos, se me vinieron encima muchos más.

Como apenas había amanecido y tenía tiempo de sobra hasta que abrieran la puerta de la celda en la que dormía con mi compañero y nos dejaran salir a desayunar —porque, si algo había aquí dentro, era tiempo para dar, tomar y regalar—, os contaré un poco cómo era mi vida antes de entrar en prisión.

Lo primero de todo, me presentaré, porque, aunque esté metido aquí, la educación no la he perdido. Mi nombre es Sergio Serrano y tengo cuarenta años. Aunque ahora estaba viviendo en este maravilloso hotel en León con un todo incluido —véase la ironía—, era natural de Madrid, donde había vivido toda mi vida hasta que me trajeron aquí.

Allí viví con mi madre, que era viuda desde que estaba embarazada de mí, ya que mi padre falleció de un infarto siendo demasiado joven. Mi madre fue una luchadora que, sin ayuda de nadie, me sacó adelante a base de trabajar como una burra.

Desgraciadamente, la perdí apenas unos meses después de terminar la universidad, cuando una enfermedad que hoy en día se lleva a tanta gente, como es el cáncer, me la arrebató en apenas seis meses, que fueron los que duró desde que se lo diagnosticaron.

Desde entonces me quedé sin familia, al menos de sangre, porque mi mejor amigo, que es para mí como mi hermano, se convirtió —o la verdad es que siempre lo había sido— en mi familia de corazón, esa que no te toca, sino la que tú eliges.

Nando y yo nos conocimos el primer día de colegio y desde entonces no nos habíamos separado; lo hicimos todo juntos. Del colegio pasamos al mismo instituto y después a la misma universidad, donde estudiamos lo mismo.

A los dos siempre nos habían encantado los videojuegos, así que eso fue lo que decidimos hacer: una ingeniería en desarrollo de videojuegos e informática. Así fue como nuestro mayor *hobby* se convirtió en nuestro trabajo.

Al acabar la universidad hicimos varios cursos para completar nuestra formación y, poco después de terminar todo, nos liamos la manta a la cabeza y decidimos abrir nuestra propia empresa de creación y venta de videojuegos.

No os voy a mentir, los primeros años fueron duros: días de mucho trabajo, muchas noches sin dormir, mil quebraderos de cabeza, pero como suelen decir, todo esfuerzo tiene su recompensa y esa llegó de modo lento, pausado, pero satisfactorio.

Cuando montamos la empresa, al principio solo éramos nosotros dos. Al año contratamos un par de chicos recién salidos de la universidad para que nos ayudaran y lo demás vino rodado, aumentando cada año nuestra plantilla.

Hoy en día puedo deciros que tenemos decenas de empleados y que nuestra empresa es una de las más conocidas, no solo a nivel nacional, sino también mundial. Nuestros videojuegos están en todas las tiendas especializadas y en toda la venta *online* que hay en el mundo.

Uno de los trabajadores que teníamos en nómina era Guillermo, nuestro abogado, que fue de los primeros en formar parte de nuestro equipo, pero también de nuestro círculo de amistad, porque, aparte de empleado, se había convertido en un gran amigo de los dos.

Desde hacía dieciséis años que montamos la empresa, Nando y yo acudíamos con regularidad a todos los eventos relacionados con nuestro mundo.

Precisamente en uno de esos eventos fue donde conocí a Marina, hoy en día y desde hacía tan solo cuatro meses mi exmujer. Lo nuestro fue lo que se suele llamar un flechazo. Ella estaba trabajando ese día en el evento como azafata, que era a lo que se dedicaba.

Al final del evento salí de allí con su teléfono y la promesa por mi parte de llamarla al día siguiente para quedar a tomar un café y conocernos con tranquilidad, sin que ninguno de los dos estuviera trabajando.

Ese café nos dio de sí, vaya si nos dio, porque un año después nos casamos, cuando yo tenía treinta años y ella dos menos. En total habíamos estado casados diez años.

Los dos primeros años después de casarnos, ella siguió trabajando en lo suyo, pero cuando mi empresa despuntó y empezamos a ganar mucho dinero, ella dejó el trabajo y se quedó en casa. Su vida cambió; la mía no tanto.

Mientras yo seguía trabajando muchos días de sol a sol, ella iba al gimnasio, de tiendas y salía con sus amigas; vamos, que llevaba una vida de «señoritinga», como solía decirle Nando.

A mí nunca me molestó. Si con mi dinero podíamos permitirnos que ella llevara esa vida relajada, me alegraba que lo hiciera. Cuando quieres a alguien, solo deseas que sea feliz, y ella lo era. Con eso a mí me bastaba.

Nuestro matrimonio fue bien, o eso he pensado yo siempre, hasta que hacía dos años las cosas empezaron a cambiar. Yo tenía unas ganas locas de ser padre y, aunque ella lo sabía desde el principio de nuestra relación, siempre fue un tema que esquivó.

Si salía la conversación, de inmediato cambiaba a otra para no tener que hablar del asunto o me ponía siempre la misma excusa: «Somos muy jóvenes, ya habrá tiempo, ahora es momento de disfrutar».

Pero los años fueron pasando y mis ganas cada vez aumentaron más y más. Un día le dije que había llegado el momento de dar el paso, que ya habíamos disfrutado lo suficiente solos y que ya era hora de aumentar la familia.

¿Qué pasó? Pues que se negó en redondo y ahí empezaron a irnos mal las cosas. Comenzaron las discusiones, siempre por el mismo motivo, llegando a hacerse la convivencia insoportable.

A tanto llegaron las cosas que cinco meses antes de entrar en prisión me pidió el divorcio y ahí empezaron mis dolores de cabeza y mis problemas.

Ella, además de querer dejarme, se quería quedar con la mitad de todo lo que era mío, de todo lo que yo me había ganado con el sudor de mi frente. Se quería quedar con el ático en el que vivíamos, en una de las mejores zonas de Madrid, con la mitad del dinero de mis cuentas y con la mitad de mi parte de la empresa, no para trabajar en ella, claro, sino para recibir el dinero que a diario se ganaba con la venta de los videojuegos.

Por supuesto, me negué rotundamente. La mitad del dinero no me negué a dárselo, pero el ático, ese que compré con la venta del primer videojuego que nos llevó a lo más alto cuando todavía no estábamos casados, ese no quería que ella se lo quedara porque era un recordatorio para mí de la recompensa que había tenido por mi esfuerzo.

Y, por supuesto, lo de darle la mitad de mi parte de la empresa para que, sin dar un palo al agua y seguir viviendo a cuerpo de reina, muchísimo menos.

Al negarme a darle todo lo que ella exigía, empezó mi calvario: llamadas constantes para que cediera, discusiones que se salían de tono cada vez que nos reuníamos con nuestros abogados. Ella, por su parte, llevó a uno que era amigo de sus padres y, por mi parte, siempre me acompañaba Guillermo.

En una de esas reuniones, al salir del despacho de Guillermo, donde nos habíamos reunido sin conseguir ningún resultado diferente, fue cuando mi vida se fue a la mierda y acabé detenido solo una hora después.

Si os estáis pensando que le hice algo a Marina, os habéis equivocado de pleno. A quienes sí hice daño, causándoles la muerte, fue a un matrimonio de ancianos que caminaba por la calle y a los que arrollé con mi coche cuando me desmayé dentro de él, perdiendo el control de este.

Así fue como acabé detenido una hora después del accidente y, días después, acusado y condenado por homicidio imprudente.

La razón de mi desmayo y posterior pérdida de control del coche fue porque iba totalmente drogado.

Algo que, ocho meses después de aquel fatídico día, aún no tenía explicación. Yo en la vida había tomado drogas ni una sola vez.

Sin embargo, en los análisis que me hicieron en el hospital al que me llevaron tras el accidente aparecía un alto nivel en sangre de varias sustancias que, según ellos, no había tomado por vía oral, sino que me había inyectado yo mismo para relajarme por el estrés que estaba pasando con mi divorcio.

Ese día, en el baño del despacho de Guillermo, sí que me inyecté lo mismo que llevaba inyectándome dos veces al día desde que tan solo era un adolescente: mi dosis de insulina, sin la que no podía vivir.

A los quince años caí muy enfermo y, después de varias pruebas, me diagnosticaron diabetes tipo 1 y desde entonces me ha acompañado en mi vida diaria.

Que tuviera a mi alcance agujas y que estuviera acostumbrado a inyectarme a diario no me ayudó en nada de cara al juicio, que fue muy rápido. Las pruebas fueron contundentes y, por más que dije una y otra vez que yo no me había metido nada, no hubo nada que hacer.

Acabé condenado a cuatro años de prisión y a pagar una indemnización a la familia por los daños causados.

Tres meses después de estar aquí encerrado, Guillermo vino a verme. Tengo que decir que solía hacerlo con regularidad, pero el que no fallaba ni una sola semana era Nando, que no me había dejado solo ni un día desde que ocurrió el accidente, apoyándome en todo momento.

Bien presencialmente, vía telefónica o por carta; de esas me mandaba mínimo dos a la semana, además de venir todos los domingos.

Ese día que vino Guillermo me trajo el acuerdo de divorcio que Marina había propuesto desde el principio y el que yo me había negado a firmar.

Me aconsejó que cediera, siendo lo mejor para la empresa y su imagen. Me dijo que estar en la cárcel no ayudaba, aunque eso lo sabía poca gente, pero que, si Marina lo hacía público, acabaría hundiendo la empresa.

Así que, con todo el dolor de mi corazón, firmé el acuerdo y ella acabó saliéndose con la suya, quedarse con casi todo lo mío.

Capítulo 5



Sergio

—Sergio, espabila, que te has quedado en Babia, chaval, vamos a papear el maravilloso desayuno que nos va a servir el chef —me dijo mi compañero Juanma dando una palmada en mi colchón.

Estaba tan absorto contándoos cómo había sido mi vida anterior que ni cuenta me había dado de que la puerta de la celda se había abierto, pero se acabó la charla; lo demás lo iréis descubriendo poco a poco.

Ahora vamos a empezar con la rutina diaria, porque sí, aquí dentro lo que más había era rutina. Los días parecían iguales; apenas variaban unos de otros.

Siempre los mismos horarios para las comidas, el tiempo libre en el patio o en la sala común. El horario de trabajo tampoco cambiaba; se cumplía con una precisión impresionante. Trabajar en algo allí dentro era lo mejor que podías hacer si no querías morirte de aburrimiento.

Desde hacía tres meses yo había empezado a trabajar en el servicio de limpieza, que comparándolo con mi anterior trabajo era una puta mierda, pero por lo menos me distraía y los días se hacían un poco menos tediosos.

Desde el primer día me habían asignado la limpieza de la zona de enfermería, la que conocía perfectamente porque la visitaba dos veces al día para que me administraran mi dosis de insulina.

Porque sí, allí dentro no podía hacerlo yo solo como llevaba haciendo media vida. Los presos no podíamos tener en nuestras celdas ni agujas, ni medicamentos, ni nada con lo que pudiéramos trapichear, así que me tocaba pasar por allí para que me medicaran ellos mismos.

Aparte de limpiar, como he dicho, la zona de enfermería, que no era muy grande, también me encargaba de los pasillos de acceso y del despacho donde el médico pasaba consulta de lunes a viernes.

Los sábados y domingos venía un enfermero que repartía la medicación o hacía las curas necesarias y ya. Esos días mi carga de trabajo era la misma, aunque el médico no estuviera, porque iba igualmente a limpiar.

—¿Con qué crees que nos deleitarán hoy? Quizás —puse un dedo en mi barbilla como si estuviera pensando— con tortitas, unos cruasanes a la plancha con mantequilla y mermelada o unos churritos con chocolate —añadí relamiéndome y pasando mi mano en círculos por la barriga.

La carcajada de Juanma se oyó fuera de la celda y algunos de los internos que pasaban se nos quedaron mirando como si estuviéramos locos por estar ya riéndonos a esas horas de la mañana.

Yo era de los que pensaban que el humor, en los peores momentos, ayuda a sobrellevar el mal trago mucho mejor y allí dentro, qué mejor que unas risas a diario para que las jornadas resultaran un poco menos grises.

Además, aunque el cachondeo estuviera presente, cada uno cargaba con su propio calvario. De eso era mejor no acordarse o, al menos, no hablarlo en voz alta, porque podías acabar loco o devorado por la culpa, si es que la sentías, como era mi caso.

Porque había otros presos que no experimentaban ni remordimiento ni arrepentimiento por lo que habían hecho.

—Pues eres tú el apropiado para comer alguna de las cosas que has dicho, te pega un subidón de azúcar que te vas para la enfermería de cabeza y no a limpiar precisamente —me contestó Juanma negando con la cabeza.

—Por unos churritos con chocolate me arriesgo a acabar en la enfermería o en el hospital si hace falta.

Las risas de Juanma fueron en aumento y de ese modo salimos los dos a la fila del pasillo de las celdas para ir con todos los demás al comedor a desayunar.

Unos minutos después llegamos al comedor, cogimos una bandeja y pasamos por el mostrador donde estaban algunos de nuestros compañeros repartiendo el desayuno.

El mío siempre era el mismo: un vaso de leche sin azúcar, por supuesto, dos tostadas de pan y una pieza de fruta, normalmente una manzana o una pera.

Me senté con Juanma en el mismo sitio de todos los días. El primer día que entré allí, lo primero que hicieron fue explicarme las normas, como era lógico, enseñarme mi celda y presentarme a mi compañero.

Cuando los funcionarios se fueron y me dejaron allí con él, se encargó de explicarme las normas no escritas, dejando claro que eran más importantes que las que ya me habían explicado.

También me enseñó las zonas comunes y me presentó a otros presos. Cuando llegó la hora de la comida, me pidió que me sentara con él y, desde entonces, ese había sido mi sitio.

Esa mesa la compartíamos cuatro presos: Juan, Chete, Juanma y yo. Siempre nos sentábamos los cuatro y nunca cambiábamos de sitio. Allí todos los internos teníamos asignado un sitio desde el primer día que entrábamos hasta nuestra salida.

—Sergio, se rumorea que el doctor Herrera se marcha, ¿tú sabes algo? —me preguntó Juan mientras desayunábamos.

—Así es, me lo dijo ayer cuando me puso mi dosis de la tarde. Hoy es su último día —le contesté antes de meterme otro trozo de manzana en la boca.

—¿Por qué se irá? Seguro que le han ofrecido más pasta en otro sitio y ni se lo ha pensado —nos dijo Juanma a todos.

—Se jubila —le dije yo encogiéndome de hombros.

—No jodas, pero si no parece tan mayor —me dijo Juanma totalmente sorprendido.

—Pues lo es, porque se jubila por edad —le respondí riéndome porque ya sabía lo que diría a continuación.

—Qué cabrones, qué bien se conservan; yo, que solo tengo cincuenta, parece que tengo setenta —dijo haciendo un puchero exagerado que nos hizo reír a todos los de la mesa.

—¿Entonces mañana viene un médico nuevo? —me preguntó Juan.

—Eso no lo sé, mañana cuando vaya a pincharme y a limpiar lo veré y ya os lo cuento —le contesté antes de dar mi último sorbo a mi vaso de leche.

—También puede ser una médica —dijo Chete levantando las cejas.

—Sí, claro, y que además esté buena —añadió Juan haciéndonos reír.

—No creo que aquí venga una mujer —dijo Juanma levantándose de su sitio para llevar la bandeja al carro que había para recoger todo.

—¿Por qué no? —le preguntó Chete frunciendo el ceño.

—Demasiados hombres, a falta de cariño. Si fuera una mujer, debería tener mucho carácter y más huevos que todos nosotros juntos para aguantar las muchas chorradas que tendría que oír a diario —le contestó Juanma y los demás asentimos con la cabeza dándole la razón.

—Venga, señoritas, pónganse sus bañadores y en un rato nos vemos en el vestíbulo del hotel para ir al *spa* a pasar una mañana de relax y disfrute —nos dijo Juan a los tres, haciéndonos reír antes de que cada uno tirara por un camino distinto para ir a su tarea.

Al despedirme de mis compañeros, me fui directamente al almacén donde estaban los carros de la limpieza. En total éramos diez presos los que trabajábamos en el servicio de limpieza. Cada uno tenía su carro y era responsable de él y de los productos que llevaba.

Me acerqué al funcionario que gestionaba el reparto de material para que me diera lo mío. El carro tenía que volver en las mismas condiciones en las que me lo llevaba y, si acababa alguno de los productos que usaba, comunicarlo a mi vuelta; llevaban un control muy exhaustivo del gasto que hacíamos.

—Buenos días, Sergio Serrano, sección de enfermería y accesos a ella —le dije al funcionario como todos los días.

—Buenos días, Sergio, aquí tienes. Te he proporcionado una fregona nueva, como solicitaste ayer; cuídala —me contestó con amabilidad.

—Tranquilo, lo haré, es mi compañera de baile, ya estoy más familiarizado y a esta no le pisaré los pies —le respondí haciéndole reír por mi tontería.

Hasta el momento no había tenido ningún problema allí dentro. Juanma, lo primero que me dijo el día que llegué fue:

—Tú ve a lo tuyo, no cuestiones, no preguntes y no critiques. Las cosas se hacen como ellos dicen y punto. Si haces caso, te irá bien; si respetas, te respetan; si los tratas bien, ellos también lo hacen.

Y era verdad, los funcionarios, si no les dabas problemas, te trataban con respeto, eran amables e incluso podías bromear con alguno si ya tenías la suficiente confianza, como acababa de hacer yo.

Ese primer día, Juanma también me avisó de a qué presos era mejor no acercarse y a cuáles ni siquiera me atreviera a mirar. Allí dentro había de todo, como en botica.

Él, por ejemplo, estaba condenado a cuatro años por robo con violencia. Una cagada que había cometido en un momento de desesperación al ver que le quitaban su casa y se veía en la calle.

Al final acabó aquí: se quedó sin vivienda y hasta sin mujer, porque lo mandó de paseo cuando vio lo que había hecho.

Como Juanma, había muchos con delitos menos graves, pero también había otros condenados por asesinato o violación, que eran los que más años iban a pasar allí y a los que era mejor no acercarse, porque eran peligrosos.

La mayoría de ellos ni siquiera se arrepentían de lo que habían hecho; incluso los oías hablar y te hacían estremecer, porque decían que lo repetirían sin dudarlo.

Me despedí del funcionario y, empujando el carro, puse rumbo hacia la enfermería. Antes de empezar a limpiar, lo primero que hacía cada mañana era pasar por la consulta del doctor Herrera para que me medicara; así luego me ponía a lo mío y no tenía que andar parando, y así lo hice al llegar.

Capítulo 6

Micaela

Las tres compartimos un desayuno magnífico y no solo por los deliciosos crepes que nos hizo mi abuela, sino por el rato de risas que pasamos juntas mientras no dejábamos ni las migas del plato. Que mi abuela, mucho llamarnos a nosotras hociconas, pero ella no se quedaba atrás; le gustaba el dulce tanto como a nosotras.

Al terminar, Enola se marchó al juzgado. Esa mañana tenía un juicio y le gustaba llegar con tiempo para preparar las cosas. En eso las dos nos parecíamos: odiábamos la impuntualidad, lo de llegar tarde a los sitios no iba con nosotras y que nos hicieran esperar nos ponía de los nervios.

Como yo no tenía que ir a la prisión hasta las doce, no saldría de casa hasta las once y media. Desde allí tardaba unos veinte minutos en coche, prácticamente lo mismo que me llevaba llegar al ambulatorio donde había estado trabajando.

La diferencia era que en el ambulatorio tenía que salir con bastante antelación para encontrar aparcamiento; en eso, al menos, iba a ganar tranquilidad y algún que otro cabreo menos, porque en la prisión no había problemas para estacionar.

Aún me quedaban dos horas para marcharme, así que puse música, agarré la escoba y me puse a ayudar a mi abuela con las tareas de la casa.

Hasta hacía dos meses había estado trabajando en una fábrica de la ciudad, pero por fin, a sus sesenta y cinco años, se había jubilado. Como ella decía, ya le había llegado el momento de vaguear, salir con sus amigas y hacer algún viajecito a bajo precio.

Enola y yo estábamos contentísimas con que así fuera porque ya se había sacrificado demasiado, primero por mi madre y después por nosotras; ya era hora de que la señora Asun descansara y disfrutara de la vida.

—Micaela, ¿vas a venir a comer? —me preguntó mi abuela desde la cocina.

—Hoy sí, pero a partir de mañana comeré en la prisión —le contesté mientras movía las caderas de un lado a otro y seguía barriendo.

El horario que tendría en la prisión era de diez de la mañana a seis de la tarde, de lunes a viernes. Por lo tanto, comería allí, en una sala que tenían los funcionarios para tal fin, con la opción de elegir entre lo que cocinaban o llevarme mi propia comida.

Por supuesto, todos los días que pudiera me llevaría la mía; nadie podía competir en la cocina con mi abuela, así que me llevaría sus platillos y los disfrutaría allí.

Aunque los fines de semana libraba, ya me habían avisado que, por favor, tuviera el teléfono operativo por si se presentaba una emergencia y tenía que acudir, algo que no pudiera esperar hasta el lunes, pero no tan grave como para tener que llamar a una ambulancia.

El tema del personal sanitario en las cárceles del país no estaba muy bien que digamos y, en el caso de la que yo iba a ir, la teoría decía que tendríamos que estar allí un médico y una enfermera en todo momento, pero la realidad era bien distinta. Estaría yo sola y tendría que hacer ambas funciones.

Los fines de semana iba un enfermero unas horas para administrar la medicación diaria y realizar alguna cura. Era lo que había y no servía de nada hacerse mala sangre; intentaría hacer mi trabajo lo mejor posible y ayudar en todo lo que pudiera.

—¿A partir de mañana te llevarás mi comida o comerás lo que hagan allí? —me dijo mi abuela apoyada en la puerta del salón, conteniendo la risa, porque sabía de sobra mi respuesta y solo venía a pincharme.

—¿Tú qué crees? Ni aunque haya allí cocinando un chef que tenga cinco estrellas Michelin, me pierdo yo tu comida. Solo haré una excepción cuando te vayas de viaje.

»Aunque, por si no lo sabes, te recuerdo que tenemos un congelador grande y bien colocadito; caben muchos envases para varios días —le dije con todo mi morro, haciendo que soltara la risa que estaba conteniendo.

—Tienes un morro que te lo pisas, salada —me contestó dándose la vuelta para volver a la cocina.

—Soy muy salada, eso no te lo niego, pero me gusta más el dulce.

Las carcajadas de las dos se oían hasta por encima de la música.

Esa dinámica de cachondeo era la que siempre teníamos las tres en casa, diciendo payasadas o haciéndolas. Bastante mal lo habíamos pasado siendo crías mi hermana y yo como para amargarnos más.

La vida con humor era mejor vida y había que reírse de todo —con respeto, eso sí—. Aunque nosotras llegábamos a otro nivel: nos reíamos hasta de nuestra sombra.

Y mi abuela siempre se unía a nuestras tonterías.

Ella también lo había pasado muy mal. Primero perdiendo a su marido y después a su hija, a la que no había vuelto a ver desde que se largó estando embarazada.

Al principio la llamaba de vez en cuando, pero con el tiempo esas llamadas se hicieron cada vez menos frecuentes. Hasta que llegó la última, una Navidad.

Después de eso no volvió a llamar ni tampoco a cogerle el teléfono a mi abuela.

Terminé de barrer y fregar toda la casa y aún me dio tiempo a limpiar el baño antes de irme.

La casita era pequeña, pero para nosotras tres, más que suficiente.

Tenía una cocina más bien reducida, un salón bastante acogedor —donde hacíamos la mayor parte de nuestra vida—, tres habitaciones y un baño. Perfecto para tres solteras, como decía mi abuela.

Pasé por mi habitación, que estaba totalmente recogida. Eso era lo primero que hacía todos los días.

Cogí el bolso, las llaves del coche, el móvil y algunas cosas más.

Antes de ir a despedirme de mi abuela, pasé por el baño y me recogí el pelo, que ya se me había secado al aire, en una coleta alta.

—Abuela, me voy —le dije entrando en la cocina.

—Ten mucho cuidado, niña —me dijo preocupada.

—Lo tendré, no te preocupes, ¿vale? Además, no estaré sola en la enfermería en ningún momento; por lo que me ha comentado el director por teléfono cuando hablé con él, un funcionario asignado a esa zona estará siempre conmigo.

Aunque, como ya sabéis, no me hacía falta a mí nadie que me defendiera, pero diciéndole eso sabía que se quedaría más tranquila, como así fue.

—Eso está muy bien, lo mismo es un chico guapo y majo y te lo puedes echar de novio, porque vaya tela con vosotras, sois de un escogido. Ninguno os viene bien, todos tienen alguna pega; os veo vistiendo santos y compartiendo gatos en la vejez.

Me hizo reír a carcajadas por su comentario, pero sobre todo me reí al imaginarme junto a mi hermana rodeadas de gatos mientras hacíamos punto o calceta sentadas en un sofá, viendo un programa de cotilleos en la tele.

—Es que todos con los que hemos salido tenían alguna pega, abuela, solo se nos juntan los raros o los que no tienen provecho —le dije poniendo los ojos en blanco.

—En eso tienes razón, porque vaya mala suerte que tenéis en el amor. A ver si aparece de una vez el indicado, porque no me quiero ir de este mundo sin ser bisabuela.

»Voy a tener que hablar muy seriamente con el angelito de las flechas y que se gradúe bien las gafas cuando os apunte, porque si no, le voy a quitar el pañal y le voy a poner el culo como un tomate de los chanclazos que le voy a meter.

Hasta las lágrimas se me saltaron de la risa con las cosas que decía mi abuela.

Bajé a la calle aún riéndome para ir a buscar mi coche, que, para no variar, lo había dejado a cuatro calles de distancia de casa, porque allí solía ser imposible pillar un sitio libre.

Mientras caminaba, fui pensando en lo que me había dicho mi abuela, que, aunque bromeáramos, tenía toda la razón del mundo. Enola y yo no habíamos tenido ni un poquito de suerte en el amor.

A mí el novio que más me había durado había sido siete meses. Parecía que todo iba bien, o eso pensé, hasta que me enteré de que la relación conmigo iba muy bien, pero también con las otras dos tías con las que se acostaba al mismo tiempo.

Después de eso, dije que no quería saber nada más de novios; si quería ser como la madre de Bambi, me compraría un disfraz y listo, pero no pensaba aguantar a ningún gilipollas más.

A Enola le había pasado algo parecido, pero ella lo pasó peor que yo porque sí que estaba enamorada del chico con el que salió durante dos años. El muy desgraciado la dejó de la noche a la mañana para volver con su exnovia, a la que había dejado embarazada.

Desde entonces las dos nos cerramos al amor, que no quiere decir que lo hiciéramos al sexo; si salíamos una noche y ligábamos con algún hombre, pasábamos la noche con él y, al terminar, cada uno para su casa y tan amigos.

La carretera para llegar hasta la prisión apenas tenía tráfico, cosa que agradecí, porque si algún día tenía que venir para una urgencia, llegaría enseguida.

Me bajé del coche, que dejé aparcado casi en la misma puerta, y me quedé unos segundos mirando el gran muro de hormigón que se extendía ante mí; imponía y mucho, además.

En ese momento, esa sensación rara que llevaba días sintiendo en el estómago me golpeó más fuerte que nunca. Me di ánimos a mí misma mentalmente, diciéndome que no era nada, solo los nervios por el cambio de rumbo que tomaría mi vida a partir del momento en que cruzara esa enorme puerta metálica que tenía solo a unos pocos metros de distancia.

Me colgué el bolso al hombro, respiré hondo y me obligué a dar el primer paso, moví los hombros para destensarlos un poco y di el segundo paso; el resto ya vino solo.

Me acerqué hasta la garita en la que estaba el funcionario que registraba la entrada y la salida de todas las personas que iban allí, bien a trabajar, a repartir suministros o de visita. Abrí el bolso y saqué mi identificación, la que estaba segura de que pediría, y la sostuve en la mano antes de hablar.

—Buenos días, mi nombre es Micaela Molina, he quedado con el director del centro a las doce —le dije al hombre que estaba allí sentado con cara de aburrimiento total.

—Buenos días, ¿me puede dejar su identificación, por favor? —me pidió haciéndome un escaneo completo; supuse que eso sería parte de su trabajo, fijarse muy bien en todas las personas que traspasaban esa puerta.

»Eres la nueva médica —no preguntó, sino que afirmó; seguramente ya estaba avisado de mi visita y de quién era yo.

—Así es, aunque oficialmente no empiezo hasta mañana, hoy solo vengo a conocer al director y a que me enseñe mi lugar de trabajo y me ponga al día de cómo van las cosas aquí —le contesté devolviéndole la misma sonrisa que él me había dedicado al saber que no era una simple visitante.

—Pues bienvenida, vaya huevos que debes tener para aceptar un trabajo así —me dijo silbando y moviendo la mano a la vez.

—Cuando me he visto esta mañana desnuda, no tenía de esos, pero no descarto que trabajando aquí me crezcan —le contesté conteniendo la risa, pero no por mucho tiempo, porque él rompió a reír y me tuve que unir a sus carcajadas.

—Guapa, con sentido del humor y con carácter; algunos de ahí dentro se van a llevar zascas de todos los colores —añadió sin dejar de reírse.

—Los zascas son lo mío —le dije guardándome la identificación que me había devuelto en el bolso.

—Pues ale, no pierdas el tiempo, pasa y empieza con el reparto —me dijo a la vez que me abría la puerta.

»Ve hasta aquella puerta pequeña de color azul; los trabajadores entramos por ahí. Ahora saldrá a abrirte un compañero, pero a partir de mañana podrás entrar sola con el identificador de huella digital que hay fuera.

»El director te lo explicará todo, pero esto te lo avanzo yo. En todas las zonas hay identificadores de esos y solo podrás pasar en los que estés autorizada, aunque supongo que, al ser la médica, será en todos —añadió explicándome por dónde y cómo tenía que entrar.

—Gracias —le contesté antes de darme la vuelta para ir a la puerta que me había indicado.

Capítulo 7

Micaela

—Hola, eres Micaela, ¿verdad? —me preguntó el chiquillo que me abrió la puerta, chiquillo sí, porque parecía que tenía quince años.

—Sí, soy Micaela. Oye, ¿tú tienes edad legal para trabajar? —No me pude contener y se lo solté así, tal cual.

El chico primero me miró pensando qué decir, estaba claro que se había quedado cortado por mi pregunta así, a bocajarro. Antes de contestarme, se echó a reír y negó con la cabeza.

—Me lo tomaré como un piropo. Sí, tengo la edad suficiente; es más, creo que, por lo que he visto en tu ficha, para darte paso, solo me sacas dos años. —Su contestación me dejó loca y le miré con la boca abierta.

—¿Tienes veintiséis años? Joder, ¿qué pacto has hecho con el diablo? —le dije haciéndole reír.

—Ninguno, tengo buenos genes, supongo —me contestó encogiéndose de hombros.

—La leche, ya podía haber tenido yo unos tan buenos —le dije lamentándome de forma dramática.

—¿Doctora Molina? —Oí que preguntaba un hombre a nuestras espaldas; enseguida reconocí su voz porque ya habíamos hablado varias veces por teléfono.

—La misma que viste y calza, señor director, encantada de conocerlo en persona —le dije extendiendo la mano para saludarlo.

—Llámame Hugo, por favor, odio las formalidades; bastante es que trago porque los presos me llamen así y lo hago porque hay que marcar las distancias por órdenes de arriba, que si no… —me contestó agarrando mi mano con firmeza, pero no con sequedad, sino de esos apretones que pretenden transmitir confianza.

—Entonces yo soy Micaela —le respondí sonriendo.

Hugo me cayó bien al instante; se le veía un hombre bastante amable y tenía una mirada limpia, de esas que transmiten calidez y confianza al momento. Era mayor que yo, eso saltaba a la vista, pero se le veía que estaba en forma y que se cuidaba bastante.

—¿Te parece que empecemos con el tour? —me pidió con un gesto moviendo la cabeza.

—Lo estoy deseando —le contesté frotándome las manos.

Nos despedimos del «niño» de la puerta y, caminando despacio, entramos en un pasillo que llevaba a un control de seguridad donde estaba otro funcionario. Allí había que dejar las pertenencias que llevábamos, en mi caso el bolso, por una máquina de escaneo a la vez que nosotros pasábamos por un arco que hacía lo mismo, como esos que hay en los aeropuertos o en algunas instituciones.

Superado ese control —que me explicó que tendría que hacer a diario, tanto al entrar como al salir—, algo que me pareció estupendo porque toda medida de seguridad era poca, recorrimos varios pasillos hasta llegar a una sala enorme.

Había varias mesas, un microondas, una televisión y una de esas máquinas de café grandes que ofrecen múltiples variedades, tanto de café como de infusiones.

Me comentó que era nuestra sala de descanso, el lugar donde comíamos o aprovechábamos para tomar algo caliente cuando el trabajo lo permitía.

Tal y como me había explicado el primer funcionario con el que hablé en la calle, todas las puertas por las que habíamos pasado tenían un lector de huella digital junto a la entrada. Hugo me dijo que, a partir del día siguiente, cuando empezaba oficialmente, ya tendría activado el acceso.

En ese momento era él quien iba abriendo cada puerta que cruzábamos. Me explicó que, al ser la médica de la prisión y teniendo en cuenta que una emergencia podía surgir en cualquier punto del recinto, disponía de acceso total a todas las zonas. Él y yo éramos los únicos que contábamos con ese privilegio.

—Y este será tu reino —me dijo abriendo una puerta que estaba un poco alejada de la sala de personal.

—No está mal, me lo imaginaba más pequeño —le contesté girando sobre mí misma para observarlo todo bien.

En la primera sala en la que habíamos entrado había seis camas como las de los hospitales, no de las modernas que son eléctricas, pero estaban en buen estado y cumplían su función. Se distribuían varios aparatos por todo el espacio, colocados con bastante orden.

Así, a simple vista, distinguí un ecógrafo portátil, una máquina de hacer radiografías, varios soportes para colgar suero u otros medicamentos que se administraban por vía intravenosa y muchas cosas más que ya examinaría con calma en otro momento.

—No solemos tener muchos que pasen varios días aquí en las camas, pero alguna vez pasa —me dijo Hugo mientras caminaba hacia otra puerta que estaba entreabierta.

Dio dos toques en la puerta antes de abrirla del todo y me pidió con la mano que pasara con él. Pasamos los dos y cerró la puerta para que tuviéramos privacidad para hablar; no había nadie fuera, pero podría venir alguien en cualquier momento.

—Herrera, buenos días, ella es Micaela, la médica que se quedará con tu reino —le dijo a un hombre mayor que estaba sentado detrás de un escritorio escribiendo algo en el ordenador que tenían allí encima de la mesa.

—Hola, encantado de verte y cederte mi reino —me dijo el hombre, que claramente era el médico que se jubilaba y al que yo sustituiría.

—Hola, encantada de conocerle —le contesté estrechándole la mano.

—Te he dejado todo al día; los historiales médicos están todos bien detallados en un archivo en el ordenador, así como la lista de medicación que administramos a diario a los enfermos crónicos.

»También hay varias notas con los presos que vendrán con dolencias que son mentira y que lo único que quieren es que les demos drogas y otras cosas que te vendrán bien saberlas hasta que cojas el ritmo.

—Jolín, así da gusto, ojalá en mi anterior puesto hubieran hecho lo mismo o al menos la mitad, porque estuve meses hasta que me puse al día. Tuve que hacer los historiales de los pacientes desde cero porque estaban que daban pena —le dije poniendo los ojos en blanco, soltando un resoplido.

Solo de acordarme de cuando empecé en el ambulatorio y del panorama que me encontré me entraban hasta sudores.

—Aquí el funcionamiento es fácil, se te ve espabilada; estoy seguro de que le cogerás el tranquillo enseguida a todo esto —dijo extendiendo las manos.

—Muchas gracias por ponérmelo fácil y por los ánimos —le dije mirándolos a los dos.

—Micaela, te seré sincero —me dijo Hugo poniéndose serio—, cuando me enteré de que el puesto lo había solicitado una mujer y joven además, no me hizo mucha gracia.

Me quedé mirándole, atenta a sus palabras, pero sonriendo porque ya me estaba imaginando por dónde me iba a salir.

—Aquí todos los presos son hombres, como sabes, y la mayoría de ellos llevan mucho tiempo sin ver a una mujer, no sé si sabes por dónde voy —me preguntó con miedo en la mirada, pensando que me ofendería.

—Entiendo perfectamente por dónde vas y también entiendo que no te hiciera mucha gracia. Que yo sea una mujer joven puede ser un motivo para que haya problemas que con el doctor Herrera no existen. Pero yo también seré sincera contigo, aunque lo comprobarás por ti mismo en cuanto me conozcas un poco más.

»A mí no se me resbala ni el jabón en la ducha, no aguanto chorradas ni me amedranto ante nadie. Al que se pase un pelo, te aseguro que se le van a quitar las ganas de repetir, así que puedes quedarte tranquilo —le solté así, de carrerilla, y se me quedó mirando con la boca abierta.

—Hostias, tiene carácter, Hugo —dijo Herrera echándose a reír.

—Ya lo veo, ya, con la voz tan dulce que tenías por teléfono no me imaginaba yo que fueras una guerrera —contestó uniéndose a las risas del doctor Herrera.

—Además, te contaré algo que espero no tener que utilizar aquí, pero que, sabiéndolo, te quedarás todavía más tranquilo. Practico artes marciales desde hace doce años y soy cinturón negro en varias modalidades —añadí poniendo cara de niña buena.

—Joder, ¿quién eres tú, la sobrina de Bruce Lee? —me preguntó Hugo, fascinado por lo que le acababa de contar.

—Es una superviviente que se ha hecho a ella misma —contestó Herrera mirándome a los ojos como si pudiera ver en ellos todo mi amargo pasado.

—¿Lo eres? —me preguntó Hugo mirándome con ternura.

—Lo soy, pero esa historia se merece una charla acompañada de un café —le dije sonriendo.

La conversación, que para mi gusto se estaba poniendo un poco intensa, se cortó de golpe porque alguien llamó a la puerta. El doctor Herrera dio paso y, al abrirse, un funcionario asomó la cabeza.

—Buenos días, siento interrumpir —dijo el chico un poco apurado.

—Pasa un momento, Daniel —le pidió Hugo.

—Micaela, te presento a Daniel; en tu reino será tu guardián. Él es el funcionario que tiene asignada la zona de enfermería. Siempre estará rondando por aquí. Es el que acompaña a los presos que tienen consulta, que vienen a hacerse curar o cualquier otra cosa hasta aquí y luego los devuelve a su zona.

—Encantada, Daniel —le dije dándole la mano.

—Lo mismo digo, no hace falta que te diga que cualquier cosa que necesites, cuentes con mi ayuda —me dijo con sinceridad.

—Muchas gracias —le contesté sonriéndole.

Daniel debía de tener más o menos mi misma edad y se le veía un chico amable y, por cómo me habló sonriendo, también muy simpático. Estaba segura de que congeniaríamos bien y eso me tranquilizó mucho.

Tener buen rollo con los compañeros era un punto muy importante para estar a gusto en el trabajo y, después de lo que había vivido en los últimos tiempos en el ambulatorio, di gracias al cielo porque hasta ese momento todos con los que había hablado parecían majos y me habían tratado muy bien.

—¿Qué querías, Daniel? —le preguntó Herrera.

—Sergio lleva un rato fuera esperando, solo le queda limpiar tu despacho, dice que si estás ocupado, lo dejará para la tarde. Pero que des parte de que no lo ha hecho porque no se ha podido, no quiere tener problemas —le contestó.

—Es verdad que es su hora, nos hemos puesto a hablar y se me ha ido el santo al cielo. Dile que pase, así le presentaré a mi sustituta —le pidió Herrera a Daniel. Este asintió con la cabeza, abrió la puerta y desde ahí le pidió al tal Sergio que pasara, pero que dejara el carro fuera.

Capítulo 8



Sergio

Como cada mañana, llamé a la puerta del despacho del doctor Herrera y, tras un saludo cordial, me administró mi dosis de insulina.

Aquella vez charlamos más de lo habitual. Era su último día y me confesó que, aunque ya sentía el deseo de llevar una vida más tranquila y disfrutar del tiempo con su mujer, no podía evitar la nostalgia. Al fin y al cabo, aquel lugar había sido como un segundo hogar para él durante más de treinta años, todos los que había dedicado a trabajar entre esos muros.

Yo también le echaría de menos.

La verdad es que no tenía queja de ninguno de los funcionarios, ni del director tampoco. Todos me habían tratado con respeto y, desde que entré, no había tenido problemas con nadie.

Pero con el doctor Herrera, por las circunstancias, había tratado más que con ninguno y, desde el principio, habíamos tenido más de una charla.

Él, por mi boca, sabía toda mi historia y yo, de su vida, también sabía algunas cosas que me había ido contando con el paso de los días.

Me despedí de él para irme a limpiar, quedando en que, antes de irse por la tarde definitivamente, nos diríamos adiós.

Todos los días empezaba a limpiar de la misma manera: primero la enfermería, que era lo más grande, y después el baño que había allí mismo.

No era muy grande y, como solo lo usaban Herrera y Daniel —el funcionario asignado a esa zona—, solía estar bastante limpio.

Y menos mal, porque si me hubiera tocado hacer otros baños, como los comunes, me habría muerto del asco.

Al acabar en la enfermería, empecé con los pasillos. Solo llevaba medio hecho cuando llegó a mis oídos el saludo diario de Daniel.

—Buenos días, Sergio. Veo que tienes nueva pareja de baile —me dijo Daniel bromeando.

Daniel era, como ya mencioné, el funcionario encargado de estar siempre en la zona de enfermería, de traer y llevar a los presos, y de intervenir si hacía falta, como cuando alguno se ponía tonto en la consulta de Herrera porque quería medicamentos que no le correspondían, por ejemplo.

Desde que lo conocí meses atrás, cuando empecé a trabajar en el servicio de limpieza, siempre nos habíamos tratado con respeto, pero también con un punto de cercanía. Vamos, que nos caímos bien desde el principio.

Que estuvieras allí encerrado no quería decir que no pudieras socializar con nadie —que no fueran presos, claro—. A la vista estaba que yo, al menos, lo hacía.

Estaba claro que no éramos amigos, ni mucho menos, ni que nos iríamos a tomar unas cañas juntos. Pero sí hablábamos y bromeábamos.

Mis días allí dentro eran odiosos y se me hacían muy largos, pero los de los funcionarios tampoco tenían que ser nada fáciles. Aunque, cuando llegaba su hora, se iban a sus casas, el tiempo que pasaban allí viendo y aguantando muchas cosas desagradables no debía de ser sencillo.

Así que entre Daniel y yo teníamos una tregua silenciosa, que con bromas hacíamos que el uno al otro el día se hiciera un poco menos largo y pesado.

—¿Qué te parece? Esta anda más suelta. Procuraré no pisarle los pies para que no me abandone como la otra —le contesté mientras me daba dos vueltas agarrado a la fregona, moviendo los pies y las caderas.

—Sí, a esta se la ve que es una profesional, que te enseñará pasos nuevos —me contestó riéndose al verme hacer el tonto.

—¿Ya has terminado de traer a los de las medicaciones? —le pregunté mientras seguía fregando el suelo.

—Sí, ya he terminado con eso y no hay nada más que hacer hoy. No hay ninguno encamado, así que se presenta un día tranquilo, o eso espero.

—Aprovecha la calma, porque si mañana empieza el médico nuevo, vas a tener trabajo de cojones. Los espabilados tratarán de engañarle para conseguir ya sabes qué —le dije negando con la cabeza.

—Esperemos que el que venga tenga un par de cojones y les pare los pies desde el principio. Si no, no voy a tener tiempo ni para mear —me contestó frunciendo el ceño.

—Yo también espero lo mismo. Porque si tú tienes más trabajo, yo también lo tendré. Si se ponen tontos y empiezan a tirar las cosas de la enfermería, luego será el menda al que le tocará recoger y limpiar todo —añadí resoplando.

—Pues he visto bajar al director a la entrada. Creo que venía el nuevo médico hoy para que le explicaran las cosas, así que lo mismo está en el despacho de Herrera —me dijo pensativo.

—Ya he terminado aquí, solo me queda ese despacho. Espero que hayan terminado de hablar, si es que están allí, porque no quiero dejarlo sin hacer —le dije, recogiendo la fregona para empezar a empujar el carro.

—Vamos a salir de dudas, a lo mejor hasta conocemos al nuevo médico, si no se ha ido todavía. —Se puso a mi lado para ir caminando juntos.

Por el pasillo, mientras íbamos a la enfermería, fuimos charlando de todo y de nada, y riéndonos bajito de las tonterías que bien decía uno u otro.

Al llegar a la sala donde estaban las camas, vimos que la puerta del fondo —el despacho que Herrera usaba de consulta— estaba cerrada. Lo que significaba que allí dentro o bien estaba Hugo hablando con él, o el médico nuevo, porque nunca cerraba la puerta, ni siquiera cuando los presos estaban dentro.

Daniel y yo nos quedamos allí fuera esperando: yo apoyado en una de las camas y él en el canto de una mesa. Seguimos charlando, aunque yo no dejaba de mirar el reloj que estaba colgado en una de las paredes. Los minutos pasaban y los que estaban dentro no parecían tener prisa por terminar.

Pero yo sí la tenía.

Se acercaba la hora de comer y aún no había terminado mi trabajo. Nunca me había gustado dejar las cosas a medias y, aunque no era de máxima necesidad limpiar el despacho de Herrera —porque al hacerlo todos los días estaba más o menos en condiciones—, me jodería tener que marcharme a comer sin haber terminado lo mío.

Daniel debió de notar que me estaba poniendo nervioso y que no dejaba de levantar la vista hacia el reloj. Aparte de que ya no estaba apoyado en la cama, sino paseando de un lado a otro, desgastando el suelo.

—Voy a llamar para preguntarles si les queda mucho. En nada será la hora de comer y, si tardan mucho más, no te dará tiempo a terminar —me dijo Daniel de pronto, haciéndome parar en seco.

—A ver si se van a molestar por interrumpirles —le dije pasándome la mano por el pelo, nervioso.

—No lo creo. Seguramente Herrera se ha liado a cascar y no se ha dado ni cuenta de la hora que es —me dijo conteniendo la risa.

Era verdad que el doctor Herrera era muy hablador y había veces que perdía la noción del tiempo. Incluso había días que salía mucho más tarde de su hora porque se quedaba hablando conmigo, con Daniel o con cualquier otro preso o funcionario.

Daniel tocó la puerta y, cuando le dieron paso, entró en el despacho y cerró la puerta tras él. Ni cinco minutos después la volvió a abrir y me pidió que pasara, pero que dejara el carro fuera.

Cuando pasé al despacho, el aire se volvió denso de repente. El aroma de un perfume sutil, pero delicioso, me llegó hasta las fosas nasales y me removió algo por dentro.

Pasé despacio la mirada por todos los presentes. A tres ya los conocía de sobra, pero cuando mis ojos se posaron en ella, fue como si todo lo demás desapareciera a nuestro alrededor.

Como si hasta los muros de la prisión se derrumbaran de pronto y me sintiera más libre que nunca.

Delante tenía a la mujer más bonita que había visto en mi vida.

Llevaba el pelo negro azabache recogido en una coleta que brillaba como si tuviera reflejos azulados. Su cuerpo, lo poco que me dio tiempo a apreciar para no incomodarla, era simplemente perfecto, con unas curvas que incitaban a pecar.

Pero lo mejor que tenía eran, sin duda, sus ojos.

De un azul intenso, como el color del mar, salpicados de destellos o motas violetas. Un color tan inusual como especial.

Eran preciosos.

Mis ojos buscaron los suyos como si fuera una necesidad vital y, cuando por fin los encontraron, pude ver que los suyos buscaban los míos con la misma urgencia.

Solo fueron unos segundos, pero nuestras miradas se quedaron enganchadas.

Fue raro, mucho… pero al mismo tiempo fascinante.

Nunca en la vida nadie me había mirado con esa intensidad. Y yo tampoco había sentido la necesidad de hacerlo.

Mi entrepierna me dio tal sacudida que, si no hubiera sido por los pantalones anchos que llevaba, habría quedado en ridículo delante de todos los presentes.

Y no solo esa parte de mi cuerpo reaccionó a su presencia. El corazón empezó a latirme a tal velocidad que pensé que me daría algo.

Si a eso le añadimos el zumbido constante que tenía en los oídos, el resultado era evidente: me había quedado total y absolutamente absorto, enganchado a ella sin remedio.

Capítulo 9

Sergio

—Sergio… —Alguien dijo mi nombre y algo más, pero no fui capaz de saber quién había sido y mucho menos contestarle. Mis ojos, mi mente y todo mi ser solo la veían a ella.

—Sergio.

Esa vez fue Daniel el que habló. A él sí le oí, no porque estuviera pegado a mí, sino porque su voz vino acompañada de un empujoncito en mi hombro, sacándome del trance en el que estaba metido.

—Sí, perdón, me he quedado un momento perdido pensando en mis cosas —contesté agachando la mirada.

Daniel, a mi lado, carraspeó.

Noté claramente que lo hacía para disimular la risita que se estaba conteniendo. El muy cabrón se había dado cuenta de lo embobado que me había quedado mirando a la mujer que estaba allí con nosotros.

Solo esperaba que fuera el único que se hubiera percatado, porque si no… menuda vergüenza.

—Te decía que ella es la doctora Molina. A partir de mañana ocupará mi puesto.

Cuando Herrera me dijo eso, creo que hasta el color de la cara se me tuvo que ir.

¿Era la nueva doctora?

Dios mío. Verla a diario, compartir espacio, tener que oler durante varias horas al día ese aroma que me tenía totalmente enganchado. Poder mirar esos ojos de un color indefinido que me habían atrapado con solo unos segundos de mirada.

Definitivamente, mi vida de mierda dentro de esa prisión acababa de mejorar en un doscientos por cien, pensé. Y di las gracias al cielo por haber mandado tal ángel a ese infierno, al que poder admirar, aunque fuera de lejos, a diario.

—Encantado —conseguí decirle sin titubear, cosa que me costó bastante.

—Micaela, él es Sergio Serrano, interno del bloque dos. —Me miró un segundo y asintió a modo de saludo, pero sin mirarme a los ojos—. Lleva con nosotros pocos meses, siete si la memoria no me falla.

»Se encarga de la limpieza de toda la zona de enfermería y los accesos a ella. Además, es uno de nuestros enfermos crónicos que visita la consulta sin falta dos veces al día, así que lo verás mucho por aquí —le explicó Herrera mientras ella le escuchaba con atención, absorbiendo todo lo que le estaba diciendo.

Micaela.

Repetí varias veces su nombre en mi cabeza y sonaba a música celestial. Si es que hasta el nombre lo tenía bonito y especial, joder.

—¿Enfermedad? —me preguntó a mí directamente.

—Diabetes tipo 1 —le contesté.

Intenté buscar sus ojos, pero no pude encontrarlos. Ella no me dejó, y eso me decepcionó un poco. Estaba claro que para ella el «momento mirada» que habíamos compartido instantes antes no había significado nada. Quizá solo curiosidad por ver un preso tan de cerca.

—Hechas todas las presentaciones, ¿qué tal si seguimos el tour? Aún quedan algunos sitios que no has visto y se acerca la hora de comer —le dijo Hugo abriendo la puerta.

—Por supuesto —dijo sonriéndole y empezó a andar detrás de él para salir.

Antes de salir del todo y cerrar la puerta, se dio la vuelta y, dedicándonos una sonrisa que a mí me pareció la más bonita del mundo, nos dijo a los tres:

—Hasta mañana.

Los tres contestamos lo mismo a la vez y entonces sí cerró la puerta, y pude soltar por fin el aire que no sabía que llevaba un rato conteniendo en mis pulmones.

—Estás jodido, macho —me dijo Daniel dándome una palmada en la espalda.

—Ya lo creo que lo está —añadió Herrera riéndose.

—No sé de qué estáis hablando —les dije haciéndome el tonto.

—Claro que lo sabes —me dijo Daniel uniéndose a las risas de Herrera.

—Está bien, puede que la haya mirado, pero joder, es una mujer guapa. No la he mirado de forma especial, solo como miraría a cualquier otra —les dije queriendo escurrir el bulto.

—Repítelo cien veces a ver si con un poco de suerte te lo crees —me dijo Herrera mientras apagaba el ordenador y recogía los papeles que tenía esparcidos por la mesa.

»Daniel, quiero un informe detallado como mínimo una vez a la semana —le pidió poniéndose las manos en las caderas.

»Ahora que me voy a jubilar, me dedicaré a ver series y esta, aunque sea por audio o por escrito, no quiero perdérmela.

La carcajada de Daniel llenó el despacho entero, tapando mi resoplido.

—Tranquilo, yo te mantendré al tanto —le contestó limpiándose las lágrimas que se le estaban escapando de la risa que no podía contener.

—Sois unos cabrones. ¿Qué serie, ni serie? Os digo que solo la he mirado un momento y ya —les dije cabreado.

—Que sí, hijo, que sí. Lo que tú digas —añadió Herrera poniendo los ojos en blanco.

—Además, aunque la hubiera mirado de forma especial, que con esto no digo que lo haya hecho, ella jamás me miraría a mí, así que no hay nada más que decir —les dije, siendo consciente de que lo que ellos insinuaban jamás en la vida podría pasar.

—¿Y eso por qué? ¿Por qué no podría ella mirarte? —me preguntó Herrera poniéndose serio de repente, como si mi comentario no le hubiera gustado ni un pelo.

—Soy un convicto —le contesté negando con la cabeza.

Él negó a la vez al ver en mi mirada algo que intenté ocultar, pero que a sus ojos no pude.

—Sergio, cometiste un error. Aunque, después de conocer tu historia, sabes que tengo mis dudas y siempre te he dicho que en ella hay algo raro que no encaja.

»No te menosprecies ni pienses que no podrás tener nunca más una vida normal, porque estás equivocado. Tienes derecho a rehacerla, a que te quieran, a vivir —me dijo a modo de regañina.

—Herrera… —Le iba a discutir todo lo que me había dicho porque no estaba de acuerdo. Pero no me dejó ni hablar.

—Ya te estás quitando de la cabeza todas esas chorradas que estás pensando, ¿me oyes? Sergio, hijo, llevo trabajando en esta prisión más de treinta años. He visto casi de todo. Sé diferenciar de sobra cuando tengo a un buen hombre delante, y ahora mismo lo tengo.

—Estoy totalmente de acuerdo con él —añadió Daniel, que se había dejado de reír y tenía la misma seriedad en su cara que Herrera.

—Os agradezco de corazón vuestras palabras y la buena opinión que tenéis de mí. Pero… —Esta vez fue Daniel el que me cortó sin dejarme terminar.

—Nada de peros. Los peros nunca traen nada bueno, Sergio. No te estamos diciendo que le pidas matrimonio mañana cuando venga, joder. Pero si la chica te ha gustado, déjate llevar.

»Ni siquiera tienes que hacer nada, solo no levantes un muro alrededor y te metas dentro. Bastantes muros tiene esta prisión a tu alrededor como para que tú te pongas más.

—Os estáis olvidando de las dos cosas más importantes —les dije con un regusto amargo en la boca y una tristeza que me empezó a invadir el interior del alma.

—¿Cuáles? —me preguntó Herrera alzando las cejas.

—Número uno, ella ni siquiera me ha mirado de una manera distinta a como os ha mirado a vosotros. —Bueno, eso no era del todo cierto, o eso creía. Lo mismo había visto yo cosas que no eran verdad y la mirada que ella me había dedicado me la había imaginado.

»Y número dos, las relaciones entre funcionarios y presos están totalmente prohibidas.

—Discrepo en lo primero, pero eso lo dejaremos de momento. En cuanto a lo segundo, no vas a estar preso para siempre.

»Y si me haces caso, que deberías hacerlo, buscarás un abogado penalista para que pida una revisión de tu condena y que investiguen lo que pasó.

»Una vez que estés fuera, serás libre de estar con quien quieras, y ella también —me dijo Herrera muy seguro de sus palabras.

—Ella es médica. Nunca querrá estar con alguien que carga a sus espaldas con la muerte de dos personas. Que lo hiciera inconscientemente no me exime de la culpa —dije con amargura.

—Eso no está en tu mano decidirlo, sino en la de ella. Además, ya sabes que estoy de acuerdo con Herrera: tu caso tiene lagunas y cosas raras que no cuadran. Deberías hacerle caso y buscar ayuda —añadió Daniel poniéndose de parte de Herrera.

Los dos tenían razón en lo de que en mi caso había lagunas y cosas que no concordaban.

Yo no lo había pensado hasta el momento en el que ellos me lo dijeron, cuando un día, mientras limpiaba, les conté por qué me habían condenado.

Les conté todo lo que recordaba y no supe por qué, pero ninguno de los dos dudó ni un poco.

Me creyeron cuando les dije que jamás había tomado drogas y que no tenía la menor idea de cómo habían llegado a mi organismo tal cantidad de opiáceos.

En el juicio, que duró poquísimo, el fiscal presentó los análisis que le habían proporcionado en el hospital, las fotos de las víctimas y las pruebas de que en mi historial médico constaba que era un enfermo crónico de diabetes, que tenía a mi alcance jeringuillas a diario y que sabía cómo inyectarme.

No hizo falta nada más que esas pruebas y la grabación de la cámara que estaba en la calle, donde se me veía dar bandazos con el coche y cómo, un minuto después, arrollaba a un matrimonio que cruzaba la calle.

Eso fue suficiente para mandarme de cabeza a prisión.

Lo que estaba claro es que esas personas murieron por mi culpa, porque eso no lo podía negar ni yo ni nadie.

Otra cosa es que lo hiciera de forma inconsciente.

Así que, cuando el juez dictó sentencia, agaché la cabeza y acepté mi destino sin cuestionarme nada más.

—Guillermo hizo lo que pudo, pero las pruebas estaban ahí y no hubo nada que hacer —les dije lamentándome.

—Tu amigo no es penalista, como tampoco es matrimonialista, porque lo de tu divorcio es otro atropello en toda regla —dijo Herrera, negando con la cabeza.

—Prefiero no hablar de Marina porque me hierve la sangre. Lo otro lo pensaré con calma y decidiré qué hacer, lo de mi caso, digo.

»Y lo de la doctora prefiero dejarlo guardado en un baúl también. Se la ve que es buena chica y no quiero causarle ningún problema —dije con firmeza y dando el tema por zanjado.

—Bueno, si he aprendido algo en los años que he estado aquí trabajando, es que el tiempo lo pone todo en su lugar y que lo que tenga que pasar pasará, queramos nosotros o no.

Y esas palabras de Herrera cayeron en mí como una sentencia, aunque no lo supiera en ese momento.

—Deja el despacho para después. Se nos ha hecho tarde a todos y ya es la hora de comer. Ya lo terminarás luego —añadió, indicándonos con la mano a Daniel y a mí que saliéramos con él.

Los tres salimos de la enfermería. Ellos dos se marcharon a su sala de descanso y yo fui a devolver el carro a la sala del material.

Durante todo el trayecto, mi cabeza era como una bomba de relojería a punto de estallar. Los pensamientos se mezclaban unos con otros.

Pero en el centro de todos ellos estaban esos ojos azules que me cortaban hasta la respiración.

Capítulo 10

Micaela

De vuelta a casa, mientras iba conduciendo, no dejaba de preguntarme una y otra vez qué coño me había pasado en el despacho de Herrera. Todo había ido estupendamente hasta ese momento.

Hugo me había caído estupendamente. Me explicó todo con mucha claridad y no solo eso, sino que además me dio varios consejos para que pudiera adaptarme mejor y más rápido a mi puesto.

Me enseñó los pasillos por los que tendría que entrar todos los días, la sala de descanso y los baños del personal. Aunque, como en la enfermería había uno, yo usaría ese; los otros solo en caso de emergencia.

La sala de enfermería me sorprendió. La verdad es que me la esperaba mucho peor, pero no fue así.

Todo estaba muy bien colocado, con un orden perfecto y limpio, muy limpio. En cuanto a material, también estaba bastante surtida y, para los casos que se tratarían allí, estaba cubierta para todo.

El despacho del doctor Herrera —el que sería el mío a partir del día siguiente y que se usaba de consulta— era bastante grande y luminoso, con una camilla allí mismo y las cosas básicas para las exploraciones.

Herrera me pareció un hombre entrañable y muy metódico en su trabajo.

Cuando me dijo que me dejaba todos los historiales al día, así como varias notas para que me ayudaran en mi día a día hasta que fuera conociendo a los internos que intentarían colármela, poco más y me lo hubiera comido a besos allí mismo.

Eso me ayudaría muchísimo en mi trabajo y me hizo respirar mucho más tranquila, porque que alguno de los presos intentara engañarme para que le diera medicamentos que no necesitaban y que solo querían con otros fines era algo que me daba mucho miedo.

No quería cagarla en mi trabajo y ese sería uno de esos casos.

Los tres charlamos allí mismo en el despacho largo rato. Herrera me caló con tres frases y dos miradas y supo ver en mí lo que pocas personas sabían: que era una superviviente.

Cuando me dijo eso, no vi en su mirada compasión ni pena, sino admiración, respeto y orgullo hacia mí, y eso me gustó mucho.

No me gustaba que la gente que conocía algo de mi pasado me tuviera lástima, porque yo no me la tenía a mí misma; mucho menos me la deberían tener los demás.

Cuando dieron paso a Daniel, que se unió solo unos minutos a nosotros en el despacho, solo el tiempo justo en lo que me lo presentaron y me dijeron que sería algo así como mi sombra allí dentro.

No de forma literal, claro, pero lo dijeron así porque era el funcionario destinado a la enfermería y a sus accesos. Así que sería el compañero con el que más contacto tendría y con el que compartiría mi día a día.

Solo compartí con Daniel un par de frases, pero vi que entre nosotros hubo buena conexión y estaba segura de que nos llevaríamos estupendamente compartiendo nuestro día a día.

Era un chico más o menos de mi edad, o eso pensé. Seguro que me enteraría muy pronto, porque me dio la sensación de que era un parlanchín como yo.

Daniel era bastante alto, al menos a mi lado, y eso que yo de bajita no tenía nada. Noté enseguida que tenía un cuerpo trabajado en el gimnasio, pero nada exagerado. Era bastante guapo: tenía el pelo rubio y rizado y unos ojos negros muy expresivos.

Desgraciadamente, no era mi tipo. Quizá sí el de mi hermana, pero el mío no. Al verle solo sentí que podríamos tener una bonita amistad, pero nada más, porque no despertó en mí ni atracción ni el más mínimo deseo.

Después de decirnos que venía a avisar de que un tal Sergio estaba esperando para limpiar, Herrera enseguida le pidió que le hiciera pasar y, cuando ese hombre cruzó la puerta del despacho, fue cuando me quedé totalmente descolocada.

Entró como si estuviera acostumbrado a ese lugar, como si fuera algo que hiciera por costumbre, por obligación o por una mezcla de ambas. No se sorprendió de vernos allí a todos, por lo que supuse que ya estaría avisado de que estábamos reunidos.

Le vi pasar rápidamente la mirada por los tres hombres que en ese momento estaban allí conmigo, pero cuando su mirada se detuvo en mí, noté cómo su cuerpo se tensaba.

Sus ojos buscaron los míos con curiosidad y, cuando se encontraron, no sabría describir qué nos pasó en ese momento. La habitación pareció hacerse más pequeña de repente. Era como si los dos nos hubiéramos metido en una burbuja, nuestra, solo nuestra.

Porque en esos segundos que estuvimos así, conectados por algo invisible pero poderoso, el mundo, los muros que nos rodeaban y hasta el aire desaparecieron. Solo fuimos él y yo. Nada más.

Vi en su mirada tantas cosas que un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Vi fascinación, deseo, pero no uno sucio, sino uno totalmente sincero.

Ver ese deseo hizo que una parte baja de mi cuerpo se humedeciera un poco y eso me asustó, y mucho.

—Joder, que es un convicto —me avisó mi mente, devolviéndome con una bofetada mental al presente y obligándome a salir del trance en el que los dos nos habíamos metido.

Alguien de los presentes —no sabría decir con exactitud quién— le llamó una primera vez por su nombre, pero no pudo o no quiso responder, porque siguió mirándome como si yo fuera lo único y más importante para él en ese momento.

La insistencia de esa voz, llamándole por segunda vez, nos hizo reaccionar a los dos y nos obligó a desconectar la mirada. Yo fui la primera en retirarla; a él le costó un poco más.

Se disculpó con Herrera por haberle ignorado cuando le estaba hablando, de una manera poco creíble, todo hay que decirlo. La risilla que contenía Daniel así me lo hizo saber, aunque ninguno le rebatió ni le dijo nada. Lo dejaron pasar.

Herrera fue el que se encargó de presentarnos. Vi sorpresa —mucha— en la mirada de Sergio cuando le dijo que yo era la nueva doctora, pero no fue una sorpresa para mal, sino una como diciendo vaya la que me espera.

Eso mismo pensé cuando el propio Herrera me explicó que Sergio pasaba varias horas, mañana y tarde, en la enfermería, porque era el encargado de limpiar todas las salas y los accesos.

Y, por si eso no fuera suficiente, también era un enfermo crónico al que tenía que medicar como mínimo dos veces al día.

Cuando Herrera dijo que estaba enfermo, para mí fue una necesidad inmediata saber qué era lo que le pasaba, porque mi lado protector salió a relucir y también, para qué voy a negarlo, la preocupación.

Al preguntarle directamente qué le pasaba, me dijo que era diabético, respiré un poco más tranquila. Que sí, que era una enfermedad que necesitaba de un control diario y de por vida, pero dentro de todo lo malo, hoy en día y con los avances que había, las personas diabéticas podían llevar una vida prácticamente normal.

Hubiera sido mucho peor una enfermedad de otro tipo, terminal o de esas raras que no tienen cura. Solo de pensarlo, un nudo se me puso en el estómago.

La charla no duró más. El tiempo había pasado muy rápido desde que llegué a las doce y ya prácticamente se nos había echado encima la hora de la comida.

Hugo me pidió que le acompañara para terminar la visita y le agradecí mentalmente que me sacara de ese despacho, porque las sensaciones raras que me estaban recorriendo el cuerpo en presencia de Sergio me tenían desconcertada y, por qué no decirlo, muerta de miedo.

Salí de allí cuarenta minutos después con una sensación de desasosiego en el cuerpo que para qué.

En la vida había sentido una atracción tan fuerte por un hombre ni esa clase de conexión tampoco.

Necesitaba hablar con alguien de lo que me había pasado con Sergio, porque estaba muy confundida, pero sobre todo me sentía mal conmigo misma.

No era posible que mi cuerpo reaccionara así por él. Eso no podía volver a pasar bajo ningún concepto, por varias razones más que obvias.

Primero, porque él era un convicto y yo la médica de la prisión. Ni estaría bien visto ni sería profesional por mi parte sentirme atraída por un preso.

Y segundo, y no menos importante, que si por cualquier circunstancia —eso contando con que él sintiera lo mismo— llegáramos a cruzar una línea que estaba totalmente prohibida cruzar, a él no le acarrearía ninguna consecuencia, pero yo podría perder mi trabajo.

Porque las relaciones entre presos y el personal que trabajaba en la cárcel, fuera quien fuera, estaban totalmente prohibidas.

Una idea de lo más absurda se me pasó por la mente y sacudí la cabeza para intentar que se marchara, pero no lo hizo.

Y no fue solo una idea. Al momento me hice una pregunta también.

¿Sería lo que llamaban flechazo lo que me había pasado?

—No, no y no —dije en voz alta, contestándome a mí misma.

¿O sí?

Me volví a preguntar.

Joder… y más joder. Esperaba que no fuera eso, porque si no iba a estar jodida, y mucho.

No podría soportar ver a Sergio a diario.

—Pero si estás deseando volver a verle —me dijo la traicionera de mi mente.

Y es que era para querer verle, porque, leñes, el tío estaba que crujía y era guapísimo.

Tenía el pelo castaño claro, con unos reflejos rubios que lo único que te apetecía cuando le mirabas era pasar las manos por él y enredar los dedos dentro.

¿Y sus ojos?

Madre mía, qué ojos tan bonitos tenía. Grises y muy expresivos, rodeados de unas pestañas largas que para mí las quisiera.

Y su cuerpo… ¿qué puedo decir de su cuerpo? Pues que el muchacho estaba para que le hicieran un traje de saliva, sin dejar ni un rincón en el que dar una puntada.

—Ya vale, Micaela, hija —me reñí a mí misma—. Deja de pensar en él, que no puedes ni mirarlo, ¿me oyes?

Pero nada. Ni riéndome, ni aunque me hubiera dado de cabezazos contra la pared, Sergio salió de mi cabeza en ningún momento.

Tardé casi veinte minutos en encontrar un sitio para dejar el coche aparcado. Y nada cerca de casa, sino a cinco calles de distancia.

Entre lo que me cabreaba eso y lo que traía encima, subí a casa como un vendaval.

El portazo que di al entrar hizo que mi abuela y Enola, que estaban sentadas en el sofá esperándome para comer, se pusieran en pie como si les hubieran pinchado en el culo.

—Niña, ¿qué te ha pasado? Entras como si fueras un toro al que le han abierto la puerta del corral y tiene ganas de cornear —me dijo mi abuela, poniéndose las manos en las caderas y mirándome con el ceño fruncido.

—Madre mía, vaya cara que trae. Abuela, saca las palomitas, que se avecina charla con drama incluido.

Cómo me jodía que mi hermana me conociera tan bien en algunos momentos, como en ese exactamente, que con solo mirarme ya supo que venía calentita y no precisamente porque hiciera mucho calor fuera.

—¿Tan mal te ha ido en la prisión? —me preguntó mi abuela preocupada.

Dejé caer el bolso al suelo y me acerqué al sofá donde ellas se habían vuelto a sentar y, con un suspiro dramático, me dejé caer entre las dos.

—Mal, no… peor —le contesté a mi abuela llevándome las manos a la cabeza.

—No nos asustes, Micaela. Arranca a hablar de una vez, que me estás poniendo nerviosa. ¿Qué coño te ha pasado allí? —me pidió mi hermana pasándome la mano por la espalda para intentar calmarme.

—Creo que allí dentro estaba el angelito de los cojones y me ha clavado una flecha a traición, el muy puñetero —le dije enfadada.

—¿Hablas de Cupido? —me preguntó mi hermana alucinada.

No pude ni contestarle, porque a cada minuto que pasaba más me enfadaba conmigo misma por sentir algo que no debía, así que solo asentí con la cabeza.

—Jo, qué susto. Pensé que te había pasado algo malo —dijo mi abuela sonriendo, pero yo de lo último que tenía ganas era de sonreír, vamos.

—Es que es algo malo, muy malo, de hecho —le dije apretando los dientes y los puños.

—¿Cómo va a ser algo malo tener un flechazo con un hombre? Porque ha sido con un hombre, ¿no? —me preguntó mi hermana clavándome la mirada, buscando la respuesta en mis ojos.

—Claro que ha sido con un hombre —le contesté resoplando.

—¿Entonces dónde está el problema? —me preguntó mi abuela arrugando el morro, empezando a cansarse de que contestara con evasivas.

—Que es un preso —solté por fin, tapándome la cara para no ver las suyas, que estaba segura de que eran un poema.

—¡Hostias! —dijo mi hermana.

—¡La leche! —añadió mi abuela antes de que un silencio sepulcral nos envolviera a las tres.

Capítulo 11



Sergio

Llegué al comedor y tomé la bandeja de la comida. Tenía el estómago tan encogido que apenas tenía apetito. Elegí solo un plato y un yogur, y me fui a sentar con mis compañeros. Solo dije un hola y empecé a dar vueltas a la comida con la cuchara de un lado a otro.

No se me iba de la cabeza Micaela en ningún momento. Revivía una y otra vez en mi mente el momento en el que nos quedamos enganchados mirándonos como si solo existiéramos nosotros en el mundo.

El malestar que tenía y que se había llevado mi apetito, que siempre era muy bueno, no era físico, sino mental. Más que malestar era tristeza, una que seguramente me acompañaría a partir de ahora todos los días que me quedaban por estar allí dentro, y que no eran pocos.

Solo de pensar que tendría que verla a diario, y no solo un momento, sino varias horas seguidas mientras limpiaba todo, me hacía tener sudores fríos.

Ojalá la hubiera conocido en otras circunstancias y en otro sitio, evidentemente, porque donde estaba no tenía derecho ni siquiera a mirarla. Mucho menos a dirigirle la palabra y, por supuesto, ni pensar en tocarla.

Ni siquiera con Marina, ni cuando la conocí ni durante todos los años que estuvimos juntos, había sentido una atracción tan fuerte como la que había sentido por Micaela en los pocos minutos que compartimos espacio.

Lo que más me entristecía de todo era saber que, aunque hubiera una remota posibilidad de que ella pudiera sentir la misma atracción y el deseo que yo sentía por ella, nunca podría pasar nada entre nosotros. Ni durante el tiempo que durara mi condena ni después tampoco.

Además, que seguramente una mujer como ella, con lo bonita que era, lo más probable es que tuviera pareja.

Esa era otra de las posibilidades que ni Daniel ni Herrera habían pensado cuando me dijeron que sí que podría estar con ella cuando mi vida volviera a ser una vida y no la mierda que era ahora.

Ja, claro, como que una mujer como ella iba a esperar tres años a que yo pagara mi deuda para estar conmigo. Ni que estuviera loca, vamos, pensé con amargura.

—Sergio, ¿estás bien? No has abierto la boca desde que nos hemos sentado —me preguntó Chete mirándome con la ceja alzada.

Juan se quedó con la cuchara a medio camino y Juanma dejó la suya apoyada en el plato y apoyó los codos encima de la mesa, esperando a que contestara.

—Estoy bien —le contesté antes de suspirar.

—No hablas, no dejas de dar vueltas a la comida como un crío al que parece que le han puesto verduras y las odia, y encima suspiras. Definitivamente te pasa algo, habla —me pidió Juanma con la mano, bajo la atenta mirada de los otros dos, que habían dejado también de comer para prestarme toda su atención.

—En serio, no me pasa nada —dije mirando a otro lado que no fuera a la cara de ninguno de ellos.

Chete y Juan me conocían menos, solo de las charlas que compartíamos comiendo o alguna vez en la sala de descanso si coincidíamos.

Ellos eran compañeros de celda, compartían edad —ya que ambos tenían cuarenta y cinco años— y delito también. A los dos los habían condenado por tráfico de drogas. A Juan le cayeron siete años y a Chete ocho, y ambos ya habían cumplido casi la mitad de la condena.

Al igual que nos había pasado a Juanma y a mí al compartir celda, desde su ingreso se habían hecho muy amigos. Inseparables, diría yo.

Digamos, para que me entendáis, que por las noches, en la soledad de su celda, compartían algo más que el sueño.

Sí, los dos eran gais y pareja allí dentro. Cuando salieran, ¿seguirían estando juntos? Pues eso solo el tiempo lo diría.

Desde luego que, por lo que hablaban, parecía que sí que seguirían juntos, porque tenían muchos planes en la cabeza que nos contaban a menudo.

Querían montar un restaurante juntos y dejar atrás la vida de mierda que los dos habían tenido. Esa que, según ellos, les obligó a traficar para poder sobrevivir.

Pero Juanma era mi compañero de celda y habíamos hablado mucho, muchísimo diría yo.

Nos sabíamos la vida del otro al dedillo. Desde el primer momento que llegué habíamos congeniado y podría decir, sin lugar a equivocarme, que se había convertido para mí en un gran amigo.

No como Nando, que llevaba en mi vida desde que éramos dos críos que usaban pantalones cortos, pero se le acercaba bastante.

Allí dentro los días se hacían interminables y las horas en soledad eran muy jodidas. Y tener con quien compartir tus miedos, tus ratos de bajón —de esos había muchos— y también los momentos en los que la desesperación te consumía o la culpa te ahogaba era un lujo.

A Juanma le había contado prácticamente toda mi vida, igual que él a mí.

Cuando yo llegué, hacía ya siete meses, él llevaba allí dentro ya dos años, por lo que los consejos que me dio y que seguía dándome siempre eran muy bienvenidos por mi parte.

Los diez años que me sacaba no solo eran años en números, sino en experiencia, y eso siempre contaba más que cualquier cosa.

Él, además de tenerme como un buen amigo —como yo a él—, me había acogido bajo su ala y me protegía como si fuera un hermano mayor.

Siempre estaba pendiente de mí, de mi salud, por si me daba una subida de glucosa —eso solo me había pasado un par de veces desde que había llegado— y por lo que les di un buen susto a los funcionarios y al médico más que a ninguno.

Pero, sobre todo, estaba en todo momento muy atento a mi estado de ánimo.

Si me veía un poco decaído, siempre tenía una historia en la boca para distraerme o una tontería que contar para hacerme reír.

—¿Te ha pasado algo en la enfermería? —insistió Juan.

Y ahí, con esa pregunta, Juanma se dio cuenta enseguida de que por ahí iban los tiros, porque notó cómo me tensé. Tanto que me puse como un palo de tieso.

—Hoy no he terminado mi trabajo. Herrera y el director estaban reunidos con la persona que sustituirá al doctor a partir de mañana —les dije encogiéndome de hombros.

Juanma me miró a los ojos y enseguida leyó en ellos que había algo más y que era eso precisamente lo que me tenía en ese estado.

—Bueno, pero si no has hecho tu trabajo porque ellos estaban allí, no pasa nada. No pueden decirte ni media, así que no te preocupes —me dijo Chete, intentando darme ánimos, suponiendo que estaba disgustado por eso.

—No está así por eso, ¿cierto? —dijo Juanma mirándome directamente a los ojos, escudriñándome, intentando adivinar qué podía ser.

—Entonces, ¿por qué? ¿Has tenido bronca con el director o con Herrera? —me preguntó Juan, extrañado porque sabía que eso era poco probable.

Los tres sabían que me llevaba bien con Herrera y con Hugo no había tenido nunca tampoco ningún roce.

Me rendí.

Total, al día siguiente o en un rato, si es que alguno de los presos había visto a Micaela, se iban a enterar.

Qué más daba ya que lo supieran, y qué mejor que por mi boca que no por la de otro cualquiera.

—Me han presentado a la sustituta de Herrera —solté así tal cual.

—Ha dicho sustituta, ¿verdad? No le he oído mal, ¿no? —les preguntó Juan a los otros dos con los ojos abiertos como platos.

—Le has oído perfectamente, igual que todos —le contestó Juanma muy serio, al ver lo mucho que me estaba afectando lo que fuera que me hubiera pasado al conocer a la doctora.

—No me jodas, una mujer —dijo Chete antes de soltar un silbido—. ¿Y qué tal es? ¿Es joven? ¿Es guapa? Vamos, di algo, Sergio, por tu madre, que nos tienes en ascuas, hijo —añadió ansioso, queriendo saberlo todo.

—Es joven, es preciosa y me ha parecido que tiene carácter —les dije a media voz.

—A tomar por culo la bicicleta. Ya hemos llegado al meollo del asunto, por fin. Que aquí el niño se nos ha quedado prendado —dijo Juan dando una palmada al aire, riéndose.

—No me he quedado prendado —le contesté enfurruñado.

—Anda que no. Solo hay que ver el brillo que tienes en los ojos y la manera en la que has dicho «preciosa» —añadió Chete uniéndose a las risas de Juan.

—Sergio, ¿qué te ha pasado con la doctora? Y no me digas que nada —me preguntó muy serio Juanma.

Necesitaba desahogarme y contarle a alguien cómo me sentía o me acabaría volviendo loco.

Porque, aun sentado hablando allí con ellos, la imagen de ella —y sobre todo de sus ojos— no me había abandonado ni un momento.

Cogí aire, conté hasta diez y les conté todo.

Cómo me había enganchado a ella, la presentación que nos hizo Herrera, la poca conversación que habíamos tenido entre nosotros.

También les conté la conversación que había tenido con Herrera y con Daniel cuando Micaela y Hugo se marcharon y lo jodido que me quedé después.

Los tres me escucharon en silencio, sin interrumpirme ni una sola vez.

Que sí, que habían cometido delitos como todos los que estábamos allí, pero una cosa no quita la otra. Y los tres tenían mucha educación y saber estar, no como otros reclusos.

Porque allí dentro había de todo.

Al acabar de hablar, los tres se miraron entre ellos. Luego me miraron a mí y volvieron a mirarse entre ellos.

Se quedaron pensativos. Supuse que escogiendo bien las palabras que querían decirme para no hacerme más daño del que yo mismo me estaba haciendo con mis pensamientos negativos.

O para aconsejarme como mejor pudieran.

El caso es que la espera para que hablaran y me dijeran algo se me hizo eterna, y así se lo hice saber.

—Decid algo, por favor. Lo que sea —les pedí mientras me pasaba la mano por la nuca nervioso.

—Estás jodido —soltó Juan.

Y Chete, que estaba a su lado, resopló y le dio una colleja.

—¡Eh! ¿Por qué me das? —se quejó Juan fingiendo indignación.

—Porque ya te vale. Tienes la delicadeza en el culo, tío. No le digas eso al niño. Que es verdad, eso lo sabemos todos, pero, coño, necesita que le animemos, no que le hundamos más —le contestó poniendo los ojos en blanco.

—Déjale, Chete. No ha dicho ninguna mentira. Es verdad que estoy jodido y más que lo voy a estar. Tengo que verla a diario. No sé cómo voy a soportar estar delante de ella sin decirle nada o sin mirarla como me gustaría —le dije cada vez más abatido.

—¿Y tú, Juanma, qué dices? Eres el más centrado de todos y el que mejores consejos da. ¿Qué le dices al niño? —le dijo Chete a Juanma, que aún no había dicho ni mu.

—Herrera y Daniel tienen razón en todo lo que te han dicho —dijo muy serio—. Conócela y deja que te conozca. No vas a estar aquí para siempre.

»Y, si le haces caso a Herrera y a mí de paso —que también te lo he dicho mil veces—, buscarás un abogado que revise tu caso.

»No te vas a librar de la condena, pero si salen nuevas pruebas o encuentran algo raro, puede que la condena se reduzca y en nada de tiempo podrías estar fuera.

»Ahí tendrás la oportunidad de tener algo con ella estando ya fuera de aquí —añadió.

Las palabras de Juanma me dieron algo que hacía mucho que había perdido: esperanza.

Esperanza de tener una nueva vida.

Le haría caso respecto a Micaela. Dejaría que las cosas fluyeran entre nosotros e intentaría conocerla si me dejaba.

Y también intentaría buscar un abogado para que revisara mi caso.

Capítulo 12

Micaela

Llegué al aparcamiento de la prisión con tiempo de sobra; aún faltaba un cuarto de hora para mi hora de entrada, pero siempre me gustaba llegar con antelación, mucho más si se trataba de mi lugar de trabajo.

Apoyé las manos en el volante y moví el cuello de un lado a otro para destensarlo un poco.

El día anterior no llegué nada nerviosa, y eso que no tenía ni idea de lo que me iba a encontrar. Pero ese día no venía nerviosa; venía atacada, o más bien desquiciada, y era porque ya sabía lo que me esperaba allí dentro.

Bueno, vale, ¿para qué mentirme a mí misma ni a nadie? No era qué me esperaba allí dentro, sino más bien quién.

Sí, estaba así por Sergio. ¿Para qué engañarme diciéndome lo contrario si no era verdad?

Y yo que pensé que el día anterior había salido de allí alterada y que, en cuanto llegara a casa y hablara con mi abuela y con Enola, me calmaría. Que ellas me ayudarían a quitarme de la cabeza esos pensamientos tontos y equivocados que no dejaban de darme vueltas.

Pues no podía haberme equivocado más, porque ninguna de las dos me ayudó lo más mínimo a calmarme. Al contrario, me pusieron la cabeza como un bombo cuando les conté todo sin dejarme ni un solo detalle.

Si cerraba los ojos, aún podía escuchar sus risas y sus gilipolleces, porque mira que dijeron unas cuantas. Sobre todo mi hermana, que estaba como una chota, y mi abuela, que le siguió la corriente, no se quedó atrás.

Y eso que cuando solté la bomba se hizo un silencio sepulcral en el salón de casa por el impacto, pero eso duró apenas unos segundos, siendo mi hermana la que lo rompió diciéndome la primera bobada.

Se rieron y cachondearon de lo lindo hasta que mi abuela se puso seria y soltó lo más grande por la boca, haciéndome ver lo que yo no quería ni mirar: que sí, que me había enamorado de Sergio en solo un segundo y con una sola mirada.

Cerré los ojos y las visualicé a las dos allí en el salón haciéndome entrar en razón.

—Joder, qué caña, siendo abogada y voy a tener un cuñado exconvicto —me soltó así la niña y se quedó tan cojonuda.

—¿Eres idiota? ¿Pero qué dices de cuñado? ¿Estás tarada o has bebido antes de que yo llegara? —le contesté.

Las dos me miraron y se echaron a reír a carcajadas, agarrándose la barriga y con lágrimas en las mejillas, y yo allí plantada delante de ellas con los brazos cruzados las miraba fulminándolas con la mirada, pero ellas nada, como quien oye llover.

—No pongas esa cara, Micaela, hija, es que es gracioso —me dijo mi abuela limpiándose las lágrimas con el delantal que tenía puesto.

—¿Ah, sí? Pues contadme el chiste para que yo también pueda reírme, porque hasta ahora no le veo la gracia por ningún sitio —les dije a las dos enfadada.

—Es que parece que tu hermana esta mañana te hubiera echado una maldición o hubiera tenido una premonición cuando te dijo: «A ver si te vas a enamorar de un preso». Y mira tú por dónde, es justo lo que ha pasado —me dijo mi abuela.

La miré como si fuera azul y le hubieran salido cuernos en la frente.

—¿Pero qué dices de enamorarme? ¿En serio no habéis bebido nada antes de que yo llegara? —le respondí alucinando en colores por lo que me acababa de decir.

—Yo estoy con la abuela, estás enamorada. Has tenido un flechazo en toda regla, en todo el corazón te ha dado el angelito —dijo mi hermana sin dejar de reírse.

—¿Pero vosotras os estáis oyendo? Dejad de decir chorradas, por favor. Eso no es posible. ¿Cómo me voy a haber enamorado solo por una mirada y en unos minutos? —les dije, empezando a agobiarme muchísimo.

Porque a ver si iban a tener razón y el desgraciado del angelito me había lanzado de verdad la flechita.

—Micaela —me dijo mi abuela seria.

Y eso sí que hizo que me temblaran las piernas, porque cuando mi abuela se ponía seria era porque te iba a decir algo que te iba a dejar con las patas colgando.

—Para enamorarse no hacen falta días o años. Eso no se puede controlar; cuando pasa, pasa. Solo hace falta un segundo y una sola mirada para entregar el corazón a ese hombre que el destino tenía elegido para ti.

Sus palabras me cayeron como un jarro de agua fría, porque en ese momento me di cuenta de que era justo lo que me había pasado.

Estoy jodida, pensé. Pero mucho.

—Es que no te has visto la cara cuando has hablado de él. Nunca en nuestros veintiocho años te había visto ese brillo en los ojos, Micaela. Tenía que haberte grabado para que te vieras —me dijo mi hermana pestañeando exageradamente mientras seguía riéndose.

—¿Qué brillo ni brillo? Eso será por el cabreo que tengo, no por él —le contesté.

—Abuela, es una cabezota tu nieta mayor, ¿a que sí? ¿A que le brillaban los ojos? —le dijo Enola a mi abuela, que asintió dándole la razón.

—Joder, si lo sé, no os cuento nada. No me estáis ayudando —les dije poniendo un puchero.

—Si por ayudarte te refieres a que te digamos lo que tú quieres oír y no la verdad, desde ya te digo que eso no lo he hecho nunca y no voy a empezar ahora. Y la abuela menos, que no tiene pelos en la lengua, ya lo sabes —me dijo mi hermana apuntándome con el dedo.

—Es que… —dije dejándome caer en el sofá derrotada.

—¿Es que qué? —preguntó mi abuela.

—Es un convicto —susurré para mí lamentándome, pero las dos me oyeron.

—Y también es un hombre —me contestó mi abuela.

—¿Qué delito ha cometido? ¿Lo sabes? —me preguntó mi hermana.

—Homicidio involuntario —le contesté, y les conté resumiendo un poco lo que me había dicho Hugo nada más salir del despacho de Herrera.

Me lo contó sin que yo preguntara por qué estaba allí encerrado Sergio, para que me quedara tranquila sabiendo que tendría que verlo bastante.

—Creo recordar que se comentó su caso en mi despacho, porque les extrañó mucho que no lo llevara un abogado penalista. Mañana preguntaré, así como si tuviera curiosidad, a ver de lo que puedo enterarme —me dijo mi hermana, y se lo agradecí con la mirada.

—Micaela, no te voy a decir lo que tienes que hacer porque eres lo bastante mayorcita para tomar tus propias decisiones. Solo te voy a dar un consejo: no le apartes porque haya cometido un error.

»Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad. Y ese chico bastante carga llevará sobre sus hombros sabiendo que dos personas murieron por su culpa, como para que los demás le juzguen sin saber lo que realmente pasó.

»Deja que las cosas sigan su curso y no te cierres, porque si lo descartas desde ya puede que más adelante te arrepientas de tu decisión y lo mismo ya sea tarde —me dijo mi abuela agarrándome la mano para transmitirme que estaba ahí conmigo, apoyándome como siempre había hecho desde que llegamos a su casa.

—Estoy con la abuela, déjate llevar. Conócelo, déjale que te cuente su versión, déjale conocerte. No te cierres, Micaela. No lo hagas por miedo a sufrir y mucho menos porque sea un convicto.

»No todos los que están allí dentro son monstruos. Sabes de sobra que algunos que están fuera lo son mucho más —me dijo refiriéndose a nuestro padre.

—Está bien, vosotras ganáis. Dejaré que todo fluya y ya veremos qué pasa.

Me rendí, porque qué otra cosa podía hacer. Lo que es, es, y no hay más vuelta de hoja.

Sacudí la cabeza y aparté la conversación de mi mente. Miré el reloj y vi que me había quedado en el coche pensativa demasiado tiempo.

Agarré el bolso que tenía en el asiento del copiloto y me bajé.

En la puerta de entrada estaba el mismo chico del día anterior, que me abrió la puerta sin tener que enseñarle mi documentación. Nos saludamos con amabilidad y me deseó un buen día, igual que yo a él.

Llegué a la puerta pequeña por la que entraba el personal de la prisión y, con la mano temblorosa, puse mi dedo índice para que el lector me leyera la huella.

El día anterior, Hugo me dijo que antes de irse a casa lo activaría para que al llegar hoy no tuviera ningún problema para acceder a todos los sitios, y al parecer lo había cumplido, porque la puerta se abrió sin problemas.

Llegué al siguiente punto, que era el control donde debía dejar el bolso y pasar por el arco. Allí charlé un poco con el funcionario que estaba controlando ese acceso y, como había hecho el de la puerta, me deseó buen día y estreno en mi puesto.

La siguiente parada fue la sala de descanso, que en esos momentos estaba vacía, y dejé en el frigorífico que tenían allí mi comida, esa que con tanto cariño me había preparado mi abuela.

Recorrí los pasillos sin perderme, todo un mérito en ese gran laberinto, y por fin llegué a mi destino.

Abrí la puerta de la enfermería y, como suelen decir, la primera en la frente.

Allí, delante de mí, estaba él: Sergio.

Capítulo 13

Micaela

—Buenos días —le dije a Sergio, intentando rodear el suelo que estaba fregando para no pisárselo.

—Buenos días, doctora. No se preocupe, puede pisarlo si quiere; luego lo paso de nuevo y ya está. Lo único, tenga mucho cuidado, no se resbale —me contestó algo apurado.

—No voy a pisar lo que ya has fregado pudiéndolo evitar; el trabajo de los demás se respeta —le dije con una sonrisa.

Intenté que se calmara un poco, porque noté que estaba como un flan. Más o menos como yo, pero a lo largo de los años había practicado eso del disimulo y, al parecer, funcionaba.

—Muchas gracias por ser tan considerada —me contestó, intentando mirar a cualquier sitio menos a mí.

—¿A qué hora te solía poner Herrera tu medicación? ¿Hacías un parón en tu trabajo o te la ponía cuando acababas? —le pregunté mientras abría la puerta de la consulta, que, como todas las demás, estaba cerrada y él no podía acceder sin que yo pusiera mi huella.

—Solía ponérmela nada más llegar. Así él luego seguía a lo suyo y yo a lo mío, pero si usted tiene cosas que hacer, puedo esperar lo que haga falta —me contestó mientras seguía fregando el trozo que le quedaba.

—De eso nada, lo que tenga que hacer lo haré después. Lo mío puede esperar, lo tuyo no. Pasa, por favor —le pedí con un gesto de la mano.

Le vi dudar, pero finalmente metió la fregona en el cubo y, con pasos lentos, se acercó hasta la puerta de la consulta. Vi cómo cogía aire antes de pasar y quedarse pegado a la pared con los brazos cruzados, seguramente esperando mi próximo movimiento u orden.

Abrí el armario —o más bien una especie de taquilla— que tenía a mi espalda, que también iba con huella. Era una de las cosas que más me habían gustado: allí todo estaba muy protegido, la seguridad y protección primaban.

Metí la cazadora vaquera que me había quitado mientras recorría los pasillos y mi bolso, aunque antes saqué mi móvil.

Cerré la taquilla y me acerqué a la mesa para encender el ordenador. El móvil lo guardé en uno de los cajones que estaban ocultos de la vista debajo de la mesa.

Todo eso lo hice bajo la atenta mirada de Sergio, que no me quitó el ojo de encima en ningún momento.

—Mientras se termina de encender el ordenador, siéntate, por favor, y cuéntame desde cuándo eres diabético —le pedí antes de sentarme yo también en mi silla.

Me miró un poco desconcertado, pero se sentó en la silla frente a mí, sin saber dónde o cómo poner las manos. Tuve que disimular una sonrisa; joder, sí que estaba nervioso.

Y yo que pensé que estaba atacada, pero al parecer no era la única.

—Todo está puesto en mi historial —me dijo extrañado al ver que quería que fuera él el que me lo contara y no leerlo yo por mí misma.

—Lo sé y lo leeré después, pero me gusta que los pacientes nuevos que tengo me cuenten qué les pasa ellos mismos —le dije a la vez que abría su historial en el ordenador sin que él me viera.

—Tengo diabetes tipo 1 desde que era un adolescente. Me la diagnosticaron después de hacerme bastantes pruebas, porque no dejaba de quejarme de que no me encontraba bien.

»Al principio me costó asimilar que sería algo que me acompañaría el resto de mi vida. Pero con el tiempo lo acepté. Tener que estar siempre pendiente de qué comes, qué bebes, no pasarte con el ejercicio o tener que llevar dosis siempre encima por si te da una hiperglucemia es un engorro, pero no me quedó más remedio que aprender a vivir con ello.

Me aguanté la risa al oírle hablar porque, de lo nervioso que estaba, me soltó todo tan de carrerilla que le vi al final coger una bocanada de aire, porque al hablar tan deprisa ni eso había cogido.

—¿Has tenido aquí alguna crisis, de hipo o de hiper?

Era algo que me preocupaba bastante, porque en las horas que yo no estaba quería saber quién atendía esas cosas. Esas crisis no podían esperar y tenían que ser atendidas con rapidez.

—Hipoglucemia, ninguna. Hiper, un par de ellas. La alimentación aquí es igual para todos y, aunque intento comer lo mejor que puedo, no siempre es posible.

»Que no es una queja, lo entiendo; esto es una prisión y no un hotel en el que puedes pedir lo que quieras al servicio de habitaciones —me contestó resignado.

—¿Llegaste a desmayarte? —le pregunté mientras buscaba en el informe que había dejado Herrera escrito lo que ponía al respecto.

—Sí, en las dos ocasiones, aunque después de tantos años sé reconocer cuándo me está dando una crisis y suele darme tiempo a sentarme en el suelo o a avisar a alguien de lo que pasa si es que no estoy solo.

—¿Quién te medicó en esos momentos?

—En la primera que tuve estaba Herrera comiendo en la sala esa que tenéis y un funcionario fue a avisarle; fue él mismo quien me medicó.

»La segunda vez me pasó en las duchas a última hora del día. Herrera no estaba, pero dejó un papel escrito que, si se gira —me dijo señalando con la mano— lo verá en el armario de la medicación.

»En él pone qué dosis me tienen que poner si estoy inconsciente. Ese día supongo que alguno de los funcionarios me la pondría, no sabría decirle quién —añadió acabando con su explicación.

—Bien, hoy te voy a poner la dosis que te corresponde, pero a partir de mañana quiero mirar tus niveles cuatro veces al día para saber cuándo sube o baja.

»Y lo de las comidas me lo apunto, estoy segura de que algo se podrá hacer —le dije mientras me levantaba para ir al armario donde estaba toda la medicación disponible, el cual, por supuesto, también iba con huella.

—No hace falta que se moleste con lo de la comida, de verdad —me dijo algo apurado.

—No es ninguna molestia, es parte de mi trabajo que mis pacientes estén bien —le dije a la vez que le pedía con la mano que se levantara.

Se levantó de la silla y se acercó hasta la camilla que había dentro de la consulta. No se sentó, tampoco se tumbó, no hizo nada. Solo se quedó allí, a mi lado, mirándome de una manera que me hizo estremecer.

Me miraba como si fuera el único rayo de luz que hubiera en cien días de oscuridad.

—Túmbate, por favor, y súbete la camiseta hasta el pecho —le pedí dejando la jeringuilla a un lado encima del carro que tenía al lado.

—Herrera siempre me la ponía sentado y yo también lo he hecho siempre así —me dijo extrañado por mi petición.

—Lo supongo, y es una buena forma de ponerla. Pero antes de hacerlo quiero mirar cómo tienes el abdomen. Me quiero asegurar de que las rotaciones han sido las correctas y que no tienes ningún bulto por una mala absorción —le expliqué mientras él obedecía y se subía a la camilla.

—Eso no me lo han hecho nunca, es usted muy concienzuda en su trabajo, doctora —me dijo mirándome con admiración, a la vez que por primera vez ese día me sonreía.

Y qué sonrisa, por Dios.

—Micaela —le dije, porque estaba cansada de que me tratara de usted.

Y no era solo porque fuera él; en el ambulatorio también les pedía a mis pacientes que me tutearan y me llamaran por mi nombre.

No era muy amiga de las formalidades, sobre todo con los pacientes. Era de la opinión de que, para que se sintieran más a gusto y confiaran más en mí, debía ser más cercana con ellos.

—¿Qué? —me preguntó confundido.

—Que me llames Micaela y que me tutees. No me gustan las formalidades. Aunque, si a ti te supone un problema y quieres seguir haciéndolo, me resignaré. Pero yo te voy a llamar Sergio —le dije encogiéndome de hombros y soltando una risita.

—Micaela —dijo despacio, como si quisiera saborear mi nombre—. Un nombre precioso, para una mujer preciosa —añadió con una sonrisa canalla.

—Gracias por el piropo, ahora vamos a empezar. ¿Estás preparado? —Solo asintió y yo le devolví el asentimiento antes de seguir hablando —. Si te molesta o te duele en alguna parte en la que te toque, dímelo.

Volvió a asentir con la cabeza y se levantó la camisa como le había pedido.

Ya el día anterior había intuido que tenía buen cuerpo, sobre todo en el torso, por cómo se le marcaban los músculos debajo de la camiseta que llevaba.

Pero una cosa era imaginarlo en mi mente y otra muy distinta poder verlo al natural.

Estaba acostumbrada a ver cuerpos trabajados desde hacía muchos años cuando iba con Enola al gimnasio a practicar las artes marciales, pero el cuerpo de Sergio era simplemente perfecto.

No tenía ni una mota de grasa; todo era puro músculo sin ser exagerado.

La tableta de chocolate que tenía en el abdomen, virgen santa, era para darle un lametazo de arriba abajo para ver si estaba tan dulce y apetecible como parecía.

Capítulo 14

Micaela

Tragué saliva y cerré los ojos unos segundos para intentar detener esos pensamientos pecaminosos que no dejaban de venir a mi mente sin darme descanso.

Céntrate, Micaela, y haz tu trabajo, maja, que tienes la mente cada vez más sucia, me dije, riñéndome a mí misma.

Acerqué mi mano un poco temblorosa y, despacio, mucho, empecé a pasar mis dedos por su abdomen con delicadeza, sin apretar, pero con firmeza, recorriendo poco a poco y con paciencia cada centímetro de su piel.

Llevaba solo un par de minutos recorriendo su piel con mis dedos cuando noté con claridad cómo Sergio se estremecía y su cuerpo reaccionaba a mi toque. Su piel se erizó por completo, poniéndosele, como comúnmente solemos decir, carne de gallina.

—¿Tienes frío? —le pregunté a la vez que levantaba la cabeza para mirarle directamente a los ojos.

—Todo lo contrario, estoy ardiendo ahora mismo —me susurró incorporándose para sentarse en la camilla.

Su cara en esa posición estaba tan cerca de la mía que podía notar su respiración muy cerca de mi boca.

Retiré mi mano de su cuerpo con la misma lentitud con la que la había puesto cuando empecé la exploración, dejándole una caricia que nada tenía que ver con la exploración. Nada profesional por mi parte, lo sabía de sobra, pero no lo pude evitar. Tener delante a ese hombre, tan cerca de mí, me nublaba el juicio y la razón.

Sergio debió de ver mi cara de disgusto al ver que había sido incapaz de controlarme y no tocarle de esa manera.

Porque cuando estaba retirando la mano de su cuerpo, bajó la suya con rapidez y me la agarró.

Le miré confundida.

Él negó con la cabeza antes de subir su mano con la mía también, a la altura de su pecho, y colocármela con la palma hacia abajo justo donde latía su corazón.

Su corazón latía a tal velocidad que, si no supiera que eso lo había provocado yo misma tocándole, me habría asustado muchísimo pensando que podría darle un infarto en cualquier momento.

A mi mente vinieron de repente muchas de las palabras y de los consejos que Enola y mi abuela me dijeron el día anterior durante nuestra larga charla.

No le apartes porque haya cometido un error.
Deja que las cosas sigan su curso y no te cierres, déjate llevar.
Para enamorarse no hacen falta días o años. Eso no se puede controlar; cuando pasa, pasa.

Sus palabras no dejaban de taladrarme la mente una y otra vez, hasta que me dije a mí misma: *basta, no le des más vueltas, ríndete a lo evidente.*

Me armé de valor y, con la mano que tenía libre, cogí la suya e hice el mismo movimiento que él había hecho segundos antes.

La llevé hasta mi pecho, a la altura de mi corazón, para que notara cómo el mío latía igual de deprisa que el suyo, solo por su presencia.

—Micaela… —me dijo susurrando a la vez que apoyaba su frente en la mía.

—No digas nada, por favor —le rogué en un susurro también.

—Esto no puede ser, no te puedes arriesgar, no por mí —me dijo con mucho dolor en la voz, sabiendo que yo podría perder mucho si cruzábamos esa línea.

—Él ha elegido y yo no soy quién para contradecirle —le dije apretando más su mano contra mi pecho para que viera que estaba hablando de mi corazón.

—Perdóname —me dijo soltándome la mano que tenía encima de la que tenía en su pecho.

—¿Por qué? —le pregunté soltando también su mano.

—Por condenarte —me susurró antes de agarrarme por la nuca y acercar sus labios a los míos.

Con el primer roce de sus labios contra los míos le di la razón mentalmente: estaba totalmente condenada.

Sus labios recorrieron los míos, explorándolos, conociéndolos, adorándolos. Sin prisa, recreándose y saboreando el momento.

Los dos supimos a la vez que solo el roce ya no era suficiente. Necesitábamos más.

Abrí la boca y saqué la lengua. La pasé por su labio inferior y esa fue suficiente invitación para que el beso se volviera puro fuego.

La mano que tenía libre rodeó mi cintura para pegarme más a él. Pude notar contra mi muslo la gran excitación que tenía bajo los pantalones. La mía no era visible, pero estaba igual, porque mis braguitas no podían estar más húmedas de lo que ya estaban.

Mis manos se aferraron a su camiseta con fuerza para que no se separara de mí.

No lo hizo.

Todo lo contrario: siguió besándome como si me necesitara, como si yo fuera el agua que había encontrado en un oasis después de días sin beber.

No supe si pasaron minutos u horas. Mi mente era incapaz de centrarse en otra cosa que no fueran los labios de Sergio.

Pero todo lo bueno tiene que acabar en algún momento.

Nos separamos para coger aire y menos mal, porque un segundo después Daniel lo llamó desde fuera del despacho.

—Sergio, ¿estás con la doctora? —le preguntó sin entrar.

—Sí, está a punto de ponerme la banderilla. ¿Qué quieres? —le contestó mientras a mí me acariciaba los labios con sus dedos.

Debió de ver el miedo en mi mirada a que nos descubrieran o a que alguien supiera lo que había pasado, o a lo que pasaría entre nosotros en otro momento.

Porque estaba claro que lo que acababa de pasar solo era el principio de lo que estaba por venir.

—Tranquila, esto solo tú y yo —me dijo susurrando muy bajito mientras nos señalaba con el dedo a los dos, dándome a entender que lo nuestro sería un secreto.

Asentí con la cabeza dándole las gracias y él me sonrió antes de darme un pequeño beso en la nariz.

—Tienes visita, creo que es Nando —le dijo Daniel desde fuera.

—¿Nando? —le preguntó frunciendo el ceño—. Hoy no es domingo; si ha venido es que ha pasado algo —añadió poniéndose tenso.

—Súbete la camiseta, que te pongo la dosis para que puedas irte cuanto antes —le pedí cogiendo la jeringuilla del carro.

Se subió la camiseta como le había pedido. Cogí aire antes de destapar la jeringuilla.

Aún estaba muy alterada por el momento que habíamos compartido y no solo me temblaban las piernas, sino también las manos.

Sergio se dio cuenta enseguida de lo que me pasaba y, con un movimiento rápido que no vi venir, me cogió la jeringuilla de la mano y un segundo después se la puso él solo.

La habilidad y la rapidez con la que lo hizo solo demostraba que era alguien que lo había hecho tantas veces que para él era algo tan normal como el que se lava los dientes o se toma un vaso de agua, que lo hace por rutina o inercia.

—En un rato te veo, preciosa. Ahora tengo que ir a ver a mi amigo; algo me dice que no me va a gustar nada lo que viene a contarme —me dijo bajándose de la camilla, no sin antes darme un beso rápido en los labios.

—Espero que te equivoques y no sea nada malo —le contesté antes de acercarme a la basura para tirar la jeringuilla que me había puesto en la mano después de ponérsela.

—Si quieres, luego cuando vuelva para seguir limpiando, si no tienes pacientes, te lo cuento —me dijo reteniendo el aire, esperando que le dijera que sí, porque eso querría decir que me gustaría saber qué pasaba en su vida.

—Me encantaría saberlo, y si te interesa, yo también te contaré lo que quieras saber de mi vida —le contesté sonriendo.

—De ti me interesa todo. —Esas fueron sus últimas palabras antes de salir por la puerta de la consulta.

En cuanto salió, me desplomé literalmente en la silla del escritorio y apoyé la cabeza en el canto de la mesa.

Cerré los ojos y empecé a coger aire por la nariz y a soltarlo por la boca para relajarme.

¿Funcionó?

Pues no mucho, pero al menos la excitación de mi cuerpo sí que se calmó.

¿Qué había hecho?

Me lo pregunté una y otra vez, y la respuesta siempre era la misma.

Lo que te ha dictado tu corazón, lo que te ha pedido tu cuerpo. Vivir eso es lo que has hecho.

Y eso decidí en ese momento en el que levanté la cabeza: viviría. Y si venían problemas, ya cruzaría ese puente cuando llegara.

—Micaela, buenos días. ¿Quieres que empiece a traerte a los que tienen que medicarse aquí? —me dijo Daniel asomándose por la puerta.

—Buenos días, Daniel. Sí, cuando quieras puedes traerles. En lo que vas, voy preparando las medicaciones —asintió y, dedicándome una sonrisa, se dio la vuelta para ir a buscarlos.

Los presos a los que se refería Daniel eran a los que había que ponerles inyectables.

A los que solo eran pastillas, yo, a partir de ese día, como antes lo había hecho Herrera, dejaría una bandeja preparada en el armario de la medicación.

En esa bandeja habría botes con el nombre del preso y las pastillas que tendría que tomar tanto en el desayuno como en la comida y la cena.

A por esa medicación venía un funcionario, seguramente Daniel. Al terminar el desayuno, los presos le esperaban allí haciendo cola y él les repartía la medicación uno a uno, viendo cómo se la tomaban. Eso evitaba que pudieran trapichear con las pastillas.

Me acerqué al ordenador y revisé enseguida los historiales que estaban separados en un archivo en el que ponía «medicación inyectable diaria».

Al abrirlo, comprobé que, aparte de Sergio, había otros dos presos con diabetes, tres con osteoporosis grave y dos con un trastorno de coagulación.

Fui preparando las medicaciones, comprobando dos veces que la dosis era la correcta y, cuando volvió Daniel con los siete que tenían que medicarse, salí a la enfermería.

Todos se quedaron en el pasillo y Daniel les fue llamando uno a uno para que pasaran dentro y se sentaran en una silla.

No tuve ningún problema con ninguno de ellos.

Todos se sorprendieron al verme, claro, pero eso era normal: no se esperaban que la sustituta de Herrera fuera una mujer.

Algunos me preguntaron algunas cosas, curiosos; otros solo me dieron las gracias con voz cansada.

Incluso uno de ellos, que parecía ser muy graciosillo, me hizo un par de bromas totalmente inofensivas que me hicieron reír a carcajadas.

Al terminar, Daniel los acompañó de vuelta a sus módulos y yo me quedé revisando historiales.

La siguiente media hora fue tranquila, pero eso fue lo que tardó en correrse la voz de que la nueva médica era una mujer.

Estaba segura de que era por eso por lo que, a partir de ahí, las llamadas a Daniel para que fuera a por presos a sus módulos que requerían una consulta médica se dispararon.

Los resoplidos de Daniel cada vez que sonaba su comunicador aumentaron, al igual que las quejas entre dientes de Sergio, que volvió cuarenta minutos después de haberse ido a la visita con su amigo.

Pero si algo aumentó en esos momentos fueron mis ganas de reírme a carcajadas al ver las cosas tan absurdas que se inventaban los presos con tal de venir a la enfermería a cotillear y conocerme.

Capítulo 15

Sergio

Esa mañana de jueves, cuando me levanté, lo primero que hice no fue tachar el día en el calendario como venía haciendo, sin saltarme ni uno solo, desde que ingresé en prisión.

Ese jueves fue diferente porque, nada más abrir los ojos, mi primer pensamiento fue para ella, para Micaela.

Me quedé mirando el techo, pero sin verlo, porque a quien veía era a ella, recordando sus ojos, su cuerpo, la manera elegante, pero sexy a la vez, que tenía de moverse. Aunque si había algo en lo que más pensé fue en su sonrisa, esa que podría conquistar el mundo si quisiera.

Tenía dentro de mí una lucha constante que no me había abandonado desde el día anterior. Por un lado, mi corazón me pedía que fuera tras ella, que no la dejara escapar, que la conquistara, porque él ya había decidido, sin pedirme permiso, que la quería para él.

Pero, por otro lado, estaba mi cabeza, la parte racional, esa que me decía que me apartara, que no la mirara siquiera, que si intentaba, aunque solo fuera acercarme a ella, podía poner en peligro su trabajo y hacerle daño.

Pensé en todo ello mientras seguía allí tumbado y decidí que no podía seguir con ese conflicto mental. Tenía que tomar una decisión y ser consecuente con ella. Y eso hice.

Decidí hacer caso a mi cabeza, porque hay veces que no se puede tener lo que tanto se desea si la otra parte va a salir mal parada. Por el bien de Micaela me apartaría y no le jodería la vida.

Además de que no creía que yo pudiera estar a la altura de una mujer así. Con lo espectacular que era, podría escoger al hombre que quisiera y, desde luego, yo no podría estar nunca en esa lista.

—¿Sergio, no piensas levantarte hoy? —me dijo Juanma dando una palmada delante de mi cara para que saliera del atontamiento en el que estaba metido.

—Sí, ya voy —le contesté después de soltar un suspiro, con voz cansada.

—Ese suspiro tiene nombre de mujer —me dijo con una sonrisa de medio lado.

—Puede, pero es todo lo que habrá por mi parte, suspiros —le dije mientras cogía mi lapicero para tachar ese jueves.

No lo hice con una cruz como los días anteriores, sino con un círculo. De esa manera me recordaría el día que empezaba para mí una nueva condena: la de ver a diario a la mujer por la que, en un solo día, ya sentía demasiado y a la que no podría tener nunca a mi lado.

—Vas a echarte a un lado —me dijo Juanma afirmando, porque me conocía lo suficiente para saber cuál había sido mi decisión con respecto a Micaela.

—Es lo mejor —le dije con pesar, porque sí, sabía que mi decisión era la correcta, pero no por eso dolía menos.

—Sergio… —Empezó a hablar, pero no le dejé continuar. Sabía lo que me iba a decir y no quería oírlo.

Sabía que me diría que la condena terminaría, que habría otra vida para mí cuando saliera. Pero no podía pensar en ese momento que se veía tan lejano, demasiado para pedirle a nadie que me esperara.

—No digas nada, no puedo hacerlo. No puedo pedirle que me espere, no sería justo —le dije mientras me ponía la camiseta por la cabeza.

Esa camiseta que todos llevábamos iguales, siendo un distintivo de que éramos lo que éramos: presos.

Esa camiseta pesó más en mi cuerpo que ningún otro día, porque no solo era un trozo de tela que caía sobre mi cuerpo, sino unos grilletes que me ataban a ese lugar al que estaba destinado por un error del que ni siquiera fui consciente de cometer.

—Está bien, no te diré nada, ya te lo dices todo tú solo.

Negó con la cabeza, visiblemente enfadado por mi cabezonería.

—Solo voy a añadir que si das un paso atrás, puede que luego no tengas la oportunidad de dar uno hacia delante y, cuando te des cuenta de que la cagaste, puede que ya no haya manera de arreglarlo. Hay trenes que solo pasan una vez en la vida y, si no subes, te quedas en el andén para siempre.

—Lo sé, Juanma, créeme que lo sé —le dije dándole una palmada en la espalda—. Anda, vamos a desayunar —le pedí saliendo de la celda delante de él.

En el desayuno ninguno de los cuatro sacó el tema de la doctora y se lo agradecí mentalmente. Todos me habían visto el día anterior y lo mucho que me había afectado, así que supuse que no quisieron machacarme más.

Fui a recoger el carro, como todos los días. Allí la rutina primaba y, aunque para los demás fuera un día más, para mí no lo era.

Entré en la enfermería cuando Daniel me abrió la puerta. Todas las mañanas eran iguales: yo llegaba con mi carro, nos saludábamos, hacíamos la primera broma del día y le preguntaba qué tiempo hacía fuera o qué tal le había ido la salida nocturna del día anterior, si es que la había habido.

Él, mientras tanto, me abría la puerta de la enfermería, me ayudaba a subir las persianas y a abrir las ventanas para ventilar. Yo empezaba a limpiar; él iba al armario de suministros para sacar la bandeja de la medicación que se tomaba por vía oral. Cuando ya la tenía en sus manos, se despedía de mí hasta dentro de un rato y se marchaba para repartirla entre los presos que le esperaban en el comedor.

Me quedé allí solo y, unos minutos después, llegó ella. Si el día anterior venía guapa, ese día estaba espectacular. Volvía a traer el pelo recogido en una coleta alta; llevar así el pelo hacía que sus facciones se marcaran aún más.

Vestía unos vaqueros de talle alto que estilizan su figura de una manera impresionante y una camiseta rosa que le marcaba los pechos. No hacía falta fijarse mucho para darse cuenta de que eran muy generosos. Tragué saliva y aparté la mirada antes de devolverle el saludo. Seguí fregando el suelo, mirando los azulejos sin apenas verlos.

Me preguntó cuándo me ponía Herrera la medicación. En cuanto le dije que nada más llegar, pero que si tenía cosas que hacer podía esperar lo que hiciera falta, no quiso ni oír hablar del tema.

La seguí hasta el despacho y, después de hablar un poco de mi enfermedad, me pidió que subiera a la camilla para examinarme.

La tensión entre los dos, desde que habíamos cruzado la primera mirada, era tan palpable que daba miedo. Nuestras miradas se buscaban todo el tiempo, tiraban del uno hacia el otro sin que ninguno pudiéramos evitarlo.

Me pidió que la tuteara y que la llamara por su nombre, y eso me encantó. Poder decirlo en voz alta, saboreando cada letra, me hacía sentir un poquito más cerca de ella sin que lo supiera.

Cuando empezó a tocarme, la decisión que había tomado de no tocarla y apartarme a un lado se fue tan rápido que no me dio tiempo ni a decirle: *no te vayas, no me hagas esto, quédate*. Para protegerla. Para protegernos a los dos.

Me senté en la camilla y le puse una mano en mi corazón para que viera lo que me hacía solo con estar a un paso de mí; y, sorprendiéndome, ella hizo lo mismo. Ese momento fue en el que nuestros corazones tomaron la decisión que nosotros parecíamos no tener valor de tomar.

La agarré de la nuca y la besé. El beso comenzó lento, contenido, pero eso solo duró unos pocos segundos, porque enseguida el deseo se apoderó de nosotros y volcamos todo lo que sentíamos y llevábamos reteniendo desde el día anterior en él.

Llegó un momento en el que los dos necesitamos respirar y nos retiramos para coger aire. Apoyamos nuestras frentes el uno contra el otro, pero seguimos abrazados tal y como habíamos estado mientras nos devorábamos.

—Sergio, ¿estás con la doctora? —preguntó Daniel desde fuera, rompiendo el momento.

Le dije que sí, que estaba a punto de ponerme la inyección.

Vi cómo la mirada de Micaela se llenaba de miedo al pensar que Daniel pudiera entrar y vernos de esa manera.

Pero en ese sentido yo estaba totalmente tranquilo. Llevaba demasiado tiempo pasando demasiadas horas en la enfermería para saber que Daniel nunca entraba en la consulta si había un paciente dentro.

A los que podían ser peligrosos, Herrera siempre los atendía fuera para que él pudiera estar presente y poder intervenir si era necesario.

—Tranquila, esto solo tú y yo —le dije susurrando muy bajito mientras nos señalaba con el dedo a los dos, dándole a entender que lo nuestro sería un secreto.

Asintió con la cabeza dándome las gracias y yo le dediqué una sonrisa antes de darle un pequeño beso en la nariz.

Daniel me dijo que tenía visita de Nando y eso hizo que todas mis alarmas se encendieran. Desde que me habían destinado a esa prisión, él siempre venía los domingos, porque desde Madrid tenía un buen trayecto. Si había venido entre semana era porque algo había pasado y seguramente no era nada bueno.

Micaela notó enseguida mi preocupación y se apresuró a coger la jeringuilla con mi dosis de insulina, que ya tenía preparada para ponérmela y que pudiera marcharme. Tuve que aguantarme la risa al ver que aún estaba tan afectada por el beso que no era capaz de dejar de temblar.

Le quité la jeringuilla y, sin que apenas le diera tiempo a ver lo que hacía, me la puse a mí mismo sin ni siquiera mirarme. La costumbre de años y años haciéndolo nos ayudó a los dos en ese momento.

Me levanté de la camilla y volví a besarla, esta vez con un beso corto que nos dejó a los dos con ganas de más. Le dije que cuando volviera, si podía y quería, podríamos hablar mientras los dos trabajábamos, y ella aceptó sin dudar.

Crucé con Daniel un par de frases y salí de la enfermería con prisa para ir al lugar en el que los presos recibían las visitas que venían a verlos.

Capítulo 16



Sergio

Llegué a la zona donde todos los presos recibíamos las visitas.

Había dos espacios para hacerlo: una sala grande donde las conversaciones eran a través de un cristal y la zona de vis a vis.

Desde el principio, Nando siempre solicitaba la visita en la segunda. Ese tipo de encuentros se solían utilizar para tener momentos íntimos o para poder tener contacto directo con los familiares.

Nosotros habíamos acordado hacerlo así para poder hablar más a gusto.

Sin que los internos que estaban a tu lado en la primera sala se enteraran de todo lo que hablábamos.

Pero ese día tendríamos que conformarnos con hablar a través del cristal, porque al no ser una visita solicitada con tiempo, no era posible entrar en la zona de vis a vis.

Entré nervioso en la sala donde estaba la gran cristalera que separa a los presos de los visitantes y pasé la mirada con rapidez por todos los sitios libres que había, que a esas horas eran bastantes.

Solo había otros dos presos hablando: uno con un hombre trajeado que seguramente sería su abogado y otro con un hombre muy mayor que se parecía tanto a él que supe enseguida que era su padre.

Pasé por detrás de mis compañeros y llegué hasta la última silla de la larga fila que había, y allí, esperando con el ceño fruncido y cara de cabreo, estaba Nando, esperándome. Como había supuesto y al ver su cara me lo confirmó, no venía a decirme nada bueno.

—Sergio, ¿qué tal todo, tío? —me dijo nada más verme, antes incluso de que me diera tiempo a sentarme.

—Aquí todo como siempre, pero por tu cara de enfado veo que fuera no es así. ¿Qué ocurre, Nando? —le contesté preguntándole sin andarme con rodeos.

—Estoy hasta la polla de tu mujer, tío. Me tiene la cabeza volada, Sergio, tenemos que hacer algo —me dijo pasándose la mano por el pelo, gesto que hacía siempre que algo lo tenía saturado.

Apreté los puños tan fuerte que los nudillos se me pusieron blancos. *Qué coño estaría haciendo Marina para desesperar así a Nando*, me pregunté. Él era el hombre más tranquilo del mundo y para alterarse ya tenía que estar Marina tocándole los cojones mucho, pero mucho.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté empezando a preocuparme de verdad al verle tan agobiado.

—Viene día sí y día también, molesta a los trabajadores con tonterías, les mete caña para que trabajen más deprisa. Al parecer le parecen bajos los beneficios que se lleva de la empresa por no hacer nada —me contestó resoplando.

—¿Para qué cojones quiere más dinero? ¿Le parece poco haberse quedado con mi casa, la mitad de mi capital y recibir todos los meses la mitad de lo que debería ser mío por derecho de los beneficios de la empresa? —le pregunté empezando a alterarme.

—Pues eso digo yo. ¿Qué más quiere? —me contestó con pesar.

—¿Has hablado con Guillermo? Algo se podrá hacer. Que reciba los beneficios no significa que pueda poner un pie en la empresa y dar órdenes como si fuera la dueña —le pregunté porque a lo mejor nuestro amigo podía encontrar algo para poder mantenerla alejada de allí.

—Le he llamado un par de veces, pero me ha dicho que, si firmaste el acuerdo de divorcio concediéndole los beneficios, ella puede ir a la empresa a velar por sus intereses y que no hay nada que hacer.

»Le pedí que buscara una solución, porque los trabajadores están cansados de aguantarla, pero me ha dicho que cuando tenga tiempo le dará una vuelta, que ahora está muy liado.

»No sé qué coño le pasa a este; también lleva un tiempo muy raro. Apenas nos vemos, siempre pone alguna excusa para no quedar —me explicó.

—Firmar el acuerdo de divorcio fue una cagada por mi parte —le dije llevándome las manos a la cara con gesto cansado—. Lo siento, tío, lo hice porque Guillermo me aconsejó que era lo mejor para la imagen de la empresa, pero visto lo visto no era lo mejor.

»A Marina al parecer solo le interesa el dinero y, aunque me ha sacado todo lo que ha podido, quiere más. Si sigue así puede que los trabajadores se empiecen a marchar y nos hundiremos de todas maneras.

—¿Y qué hacemos? Estoy cansado de enfrentarme a ella. Sabes que nunca la tuve en alta estima, pero me callé por respeto a ti. Pero sabes que siempre he pensado que era una señoritinga ambiciosa que solo quería vivir a tu costa.

Las palabras de Nando me dolieron, no porque tuviera esa opinión de la que había sido mi mujer durante diez años, sino por haber sido tan tonto de no haberme dado cuenta de que siempre tuvo razón en lo que pensaba de ella y yo no lo había querido ver.

Al final, el tiempo le había dado la razón y Marina había mostrado su verdadera cara, o a lo mejor siempre la mostró y yo estaba tan ciego que no supe verla.

Eso me jodía más que nada, porque ahora no solo me estaba jodiendo a mí, sino que estaba amargando con su comportamiento a mi mejor amigo y a todos los trabajadores de la empresa, que llevaban con nosotros tanto tiempo que ya eran como una pequeña familia.

—Yo buscaré una solución —le dije con rotundidad, porque sí, haría lo que hiciera falta para que Marina saliera de mi vida de una vez por todas.

—¿Cómo? Desde aquí dentro mucho no vas a poder hacer. Solo he venido a ponerte al día de lo que está pasando porque estoy al límite de mi paciencia. Quería que lo supieras para que me digas qué hago al respecto.

»¿La denuncio por acoso? Porque es lo único que se me ha ocurrido. Si le ponen una orden de alejamiento contra la empresa, será la única manera de que nos deje trabajar tranquilos —me dijo desesperado.

—No hagas nada de momento. Aquí dentro me han convencido de que busque un abogado penalista para que revise mi caso y también buscaré uno matrimonialista para ver si se puede revocar el acuerdo de divorcio.

»Hay muchos presos; preguntaré a todos los que pueda para que me recomienden dos buenos profesionales.

—Bendito sea el cielo —dijo levantando las manos hacia arriba—. Te lo dije desde el primer momento, Guillermo no debería haber sido tu abogado.

»Que es un buen tío y lo hizo lo mejor que pudo porque es nuestro amigo, pero no era su especialidad en ninguno de los dos casos y eso te ha perjudicado más de lo que te ha ayudado.

Con sus palabras, me quedó claro que pensaba lo mismo que mis compañeros y que Herrera y Daniel.

—Ahora lo sé, pero desde que me detuvieron, insistió tanto en querer ayudarme que no me pude negar —le contesté mientras mi cabeza daba vueltas pensando en todos los internos que había allí dentro y reteniendo sus nombres para más tarde pedirles los nombres de sus abogados.

—Sergio, lo siento, pero el tiempo de visita se ha agotado. Cinco minutos te doy para que te despidas —me dijo el funcionario que estaba allí controlando a los presos y el tiempo que duraban las visitas.

—Gracias, ya voy —le contesté, y asintió con la cabeza.

—Entre hoy y mañana preguntaré por aquí y, cuando tenga los nombres de los abogados especializados en cada cosa, te llamaré para que concertemos una visita con ellos, ¿vale? —le dije a Nando, que ya se estaba levantando de la silla para marcharse.

—De acuerdo, esperaré tu llamada. Cuídate, hermano —me dijo poniendo la mano en el cristal para despedirse.

—Lo mismo te digo —le contesté poniendo mi mano encima de la suya a través del cristal.

Hicimos un gesto con la cabeza de asentimiento y los dos nos dimos la vuelta para marcharnos.

Recorriendo los pasillos de vuelta a la enfermería, mi cabeza era como un huracán. Todo lo que me había contado Nando sobre lo que estaba haciendo Marina me había cabreado y preocupado a partes iguales.

Cabreado porque cómo era posible que hubiera estado tan ciego y hubiera sido tan tonto de estar con una mujer así. Y preocupado porque, si no parábamos esto pronto, acabaría hundiendo la empresa, y eso sí que no.

Esa empresa era nuestro bebé, el de Nando y el mío. La habíamos visto nacer, crecer y llegar a lo más alto, todo a costa de nuestro trabajo. De muchas noches sin dormir, de algunas lágrimas de desesperación al principio al ver que no salíamos adelante, de mucho… no, de muchísimo trabajo por parte de los dos.

Llegué a la enfermería pensando que una charla y quizá un par de besos con Micaela eran lo que necesitaba en esos momentos para calmarme un poco.

Pero todo mi gozo se fue por el pozo cuando me encontré con el panorama que tenían allí.

El rumor de que la sustituta de Herrera era una mujer había corrido como la pólvora por toda la prisión. Y llevaban, desde que yo me había ido, con idas y venidas de Daniel, sin parar de traer internos con dolencias inventadas, incluso algunas que hasta hacían reír a Micaela por lo absurdas que eran.

El caso es que ni a comer la dejaron ir, porque el desfile de presos cotillas se extendió hasta que ella se marchó, incluso más tarde de su hora de salida.

Ni dos palabras pudimos cruzar.

Miradas, sí, muchas.

Y sonrisas, sobre todo por su parte, también hubo algunas.

Con eso me tuve que conformar, y con el recuerdo del sabor de sus labios el resto del día y de la noche.

Capítulo 17

Micaela

Segundo día de trabajo. Me bajé del coche en el aparcamiento y la sonrisa me salió sola; en pocos minutos volvería a tener delante a Sergio.

El día anterior, antes de que se fuera a la visita con Nando, quedamos en que hablaríamos cuando volviera de allí el rato que pudiéramos. Pero el resto del día fue tan ajetreado que ni dos frases pudimos cruzar.

Solo un: «¿No has ido a comer?», que me preguntó cuando volvió por la tarde a seguir limpiando, al ver que el panorama seguía igual que cuando él se marchó a comer.

Y no, ni tiempo de comer tuve, porque el desfile de presos con dolencias de lo más absurdas no paró en todo el día. La mayoría de ellos eran unos cotillas que solo venían a pasar revista.

La segunda frase y la última que cruzamos fue un «hasta mañana» por parte de los dos, acompañada de una mirada llena de anhelo por no haber tenido ni un segundo para poder decirnos más.

Llegué a casa reventada pero contenta. Eso sí, el interrogatorio al que me sometieron mi hermana y mi abuela fue casi tan agotador como el desfile de presos.

Entre nosotras nunca había habido secretos y, de todas maneras, aunque hubiera querido ocultarles lo que había pasado con Sergio, no hubiera colado. Según mi abuela, el brillo tan especial que traía en la mirada me delató nada más cruzar la puerta.

Así que, sentadas las tres en el sofá con una taza de chocolate en la mano, disfrutando de ese maravilloso sabor que hasta esa mañana había sido mi favorito y al que le desbancó los labios de Sergio, les conté todo con pelos y señales.

Las dos hasta bailaron dando palmas alrededor del sofá de lo contentas que se pusieron al ver que había sido valiente y había decidido seguir los mandatos de mi corazón.

Aunque esa mañana con Sergio había quedado en un acuerdo silencioso cuando me dijo eso de: *«Tranquila, esto solo tú y yo»*, que lo que fuera que hubiera entre nosotros lo llevaríamos en secreto.

No dudé en contárselo a Enola y a mi abuela. Ellas eran las dos personas en las que más confiaba en el mundo y jamás me traicionarían contando nuestro secreto a nadie.

Entré en la enfermería y allí estaba ya él trabajando. Estaba de espaldas a mí y no me oyó entrar. Me acerqué sigilosa y, cuando estaba solo a un paso, incliné la cabeza hasta su oído y le susurré:

—Esos pantalones te hacen un culo espectacular, da gusto entrar a trabajar y tener de primeras tan buenas vistas.

Me contuve la risa cuando, al escucharme tan cerca, dio un respingo que casi hizo que se le cayese la fregona.

—Micaela… —me dijo paladeando mi nombre y mirándome de una manera que hizo que se me pusiera un nudo en la garganta.

En sus ojos había cariño, alegría por verme de nuevo, pero también deseo, uno tan evidente que hizo que mi vagina se humedeciera al instante.

—Vamos, que te pongo la insulina, que como les dé a todos por venir como ayer, luego no tendré tiempo ni de respirar —le pedí con la cabeza antes de empezar a caminar hacia la consulta.

Noté cómo caminaba detrás de mí, cerca, muy cerca, tanto que podía notar su respiración en mi nuca. Me paré frente a la puerta, que estaba cerrada, y levanté la mano para pasar mi dedo por el detector.

—Ojalá pudiera despertarme cada mañana con estas vistas mientras sales de la cama… y sin nada de ropa —me susurró al oído. Al mismo tiempo, su mano descendió hasta mi trasero y lo acarició primero con suavidad, para terminar con un apretón que hizo que me calentara todavía más.

—Abre ya o no respondo, necesito besarte ya —añadió con voz ronca, juntándose del todo a mí para que notara en mi trasero la gran erección que tenía.

Abrí la puerta con prisa, no por miedo a que nadie nos pillara en esa situación, sino por la urgencia que yo misma también tenía de besarle y tocarle.

El clic de la puerta al cerrarse tras nosotros, que entramos a toda prisa en la consulta, fue el pistoletazo de salida para que ninguno de los dos pudiera controlar el deseo que sentíamos.

Dejé caer el bolso al suelo y me di la vuelta para lanzarme a sus labios, esos que me recibieron ansiosos. El beso no fue lento y explorador como el día anterior; ese fue pura lujuria, todo dientes, lengua, mordiscos y saliva.

Sergio llevó sus manos a mi pantalón y me desabrochó los botones de un tirón. Fue a bajármelos, pero dudó un segundo y se separó de mi boca antes para poder hablarme.

—Si quieres que pare, es el momento de decírmelo; una vez que te toque, no creo que pueda parar hasta que te haga mía.

Mi respuesta fue bajar mi mano y apretar su miembro por encima de su pantalón con firmeza, mientras con la otra le tiraba con fuerza de la tela para que los botones se desabrocharan como él había hecho conmigo.

—¿Te vale como respuesta? —le pregunté antes de meter mi mano en sus pantalones ya desabrochados y acariciar su miembro desnudo.

—Sí, joder —jadeó contra mi boca—, claro que me vale.

Agarró mis pantalones y me los bajó a toda prisa, llevándose mi tanga también. La primera pasada de su mano por mi vagina me hizo morderme los labios para no soltar un jadeo tan alto que se hubiera oído en toda la prisión.

—Dios, estás empapada. Estoy deseando probarte —me dijo antes de volver a lanzarse a mis labios.

Su mano siguió acariciándome de arriba abajo, parándose en mi clítoris, el que tocaba en círculos o pellizcaba. Como estaba tan mojada, metió dos dedos dentro de mí sin dificultad y empezó a moverlos intercalando movimientos rápidos y lentos, haciéndome desearle más y más.

A la vez que él me tocaba de esa manera tan deliciosa, yo no me quedé atrás. Deslicé mi mano hasta su miembro y empecé a moverla siguiendo el mismo ritmo con el que él me acariciaba. Parecía que nos hubiéramos puesto de acuerdo: cuando él detenía el movimiento, yo también lo hacía; y cuando aceleraba, yo lo seguía.

Llegó un momento en que ambos necesitamos que el ritmo fuera a más sin parar. La velocidad de nuestras manos se aceleró a la vez hasta que llegamos juntos al clímax, cada uno en la mano del otro, ahogando nuestros jadeos en la boca del otro, ocultando así los sonidos de nuestro placer compartido al resto del mundo.

Pensé, tonta de mí, que nuestro momento había terminado ahí después de ese brutal orgasmo compartido, pero nada más lejos de la realidad. Sergio tenía otros planes.

Me agarró por los hombros y me empujó despacio hasta que mi cuerpo tocó el canto de la mesa, el cual me frenó. Se arrodilló a mis pies y, sin apartar su mirada de la mía, me levantó una pierna del suelo y me sacó el pantalón y el tanga para tener más facilidad de movimiento.

Me subió esa misma pierna a su hombro y, después de dedicarme una sonrisa canalla, hundió su cara entre mis piernas.

Durante los minutos siguientes tuve que agarrarme con las dos manos a la mesa para no caerme. Su lengua no me dio tregua en ningún momento; recorrió toda mi intimidad como si fuera el mejor manjar que hubiera probado en su vida.

Me penetró con ella, solo dándome descanso para mordisquear mi clítoris en algunos momentos, y no paró hasta que consiguió que un segundo orgasmo me llevara al cielo.

—Este tercero tendrá que ser rápido, te deseo tanto que no podré aguantar mucho —me dijo sin darme tiempo a recuperarme mientras me sentaba encima de la mesa.

Se bajó un poco los pantalones, que aún seguían desabrochados, y pude ver que ya estaba otra vez totalmente empalmado. *Joder, sí que se recuperaba rápido, qué suerte la mía*, pensé conteniendo una sonrisa.

—¿Sí? —me preguntó acercando su miembro a mi entrada y dando un par de pasadas por ella, pero sin entrar, dándome la oportunidad de echarme atrás.

Ni loca le diría que no.

—Sí, por favor —le rogué, acercando mi trasero más al borde de la mesa.

Mi ruego fue todo lo que necesitó para entrar en mí de una sola estocada, pero cuando tocó fondo, se quedó quieto unos segundos en los que los dos suspiramos saboreando ese momento de unión, que se sintió como estar en casa.

Las primeras embestidas fueron lentas, casi agónicas. Ese roce de piel con piel fue excitante, pero a la vez nos conectó de una manera mágica, haciendo que el momento fuera algo que estaba segura de que los dos recordaríamos para el resto de nuestras vidas, pasara lo que pasara a partir de ese momento.

Sergio aumentó el ritmo, sus embestidas en fuerza y rapidez, de la misma forma que lo hicieron nuestros jadeos. Esos que tuvimos que tapar besándonos para que no los oyera nadie desde fuera.

Sergio notó enseguida cómo mi cuerpo lo apretaba porque un nuevo orgasmo estaba a punto de hacerme estallar otra vez. Metió su mano entre los dos y, con solo rozar mi clítoris un par de veces con los dedos, me dejé ir al mismo tiempo que él.

Sin separarse de mí, durante los minutos siguientes no dejamos de besarnos y acariciarnos, mientras el ritmo de nuestros corazones y nuestra respiración se iba calmando poco a poco.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando nos separamos, acariciándome con mucho cariño con las dos manos la cara.

—Estupendamente, ha sido…

No me dejó terminar y terminó él la frase por mí.

—Una pasada.

—Exacto, una pasada deliciosa que espero que repitamos pronto.

Solo con oír mis palabras su miembro, que seguía dentro de mí, dio una sacudida que me hizo llevarme la mano a la boca para contener la carcajada que estuvo a punto de salir y hubiera alertado a media cárcel.

—No tengo nada que objetar, estaré encantado de repetir y, como ves, él lo está también —me contestó encogiéndose de hombros, aguantando la risa y apretando un poco las caderas contra mí para que supiera que hablaba de su miembro.

Nos dimos un par de besos más y, con pocas ganas o ninguna, nos separamos. No podíamos arriesgarnos más; Daniel estaría a punto de llegar con el resto de los presos que venían a medicarse.

Nos vestimos en silencio, dedicándonos miradas que lo decían todo. Lo que acabábamos de tener no había sido solo sexo y los dos lo sabíamos.

Los sentimientos que ambos teníamos estuvieron presentes en todo momento, aunque ninguno los hubiera expresado en voz alta. Tampoco hizo falta; hay veces en la vida que una mirada dice más que mil palabras.

Mientras Sergio recogía los papeles que se habían caído al suelo del escritorio por el ímpetu de nuestro encuentro, yo preparé su dosis de insulina.

Ese día sí que se la puse yo misma y, nada más hacerlo, Sergio salió a la enfermería para seguir fregando y yo me puse a preparar las dosis de los presos que estaban a punto de llegar con Daniel.

—Micaela, prepárate porque me parece que hoy será igual que ayer; he oído a algunos presos cuando salían del comedor decir que tenían pensado pedir consulta —me dijo Daniel cabreado nada más entrar por la puerta.

Vi cómo Sergio se envaraba en el sitio al oír decir eso a Daniel, no por celos ni mucho menos, sino porque pensaba que me esperaba un día muy duro en el que no me dejarían ni comer, como me había pasado el día anterior.

Pero lo que él no sabía ni conocía de mí es que yo las chorradas las aguantaba un día, no dos.

—Durante el resto de la mañana puedes ir trayendo poco a poco a los que te lo pidan, pero hazlo de manera lenta, que no se note que no quiero atenderles. Después de la comida este desfile de cotillas se va a terminar, te lo garantizo.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntaron Sergio y Daniel, curiosos.

—Lo veréis después —les contesté guiñándoles un ojo y dejándoles con la intriga.

Capítulo 18

Sergio

Ni en mis mejores sueños habría podido yo imaginar que la mañana, nada más llegar Micaela, iba a empezar de la manera que lo hizo.

El encuentro que tuvimos en su despacho fue especial, excitante, delicioso… y podría seguir enumerando adjetivos durante un buen rato sin quedarme corto.

Aun así, si tuviera que resumirlo en pocas palabras, elegiría tres que quizá no suenen muy elegantes, pero que lo describen a la perfección: una puta pasada. Eso fue para mí lo que ocurrió allí dentro.

Y por las miradas que Micaela me dedicó al terminar, estaba bastante seguro de que para ella también lo había sido.

Después de ese momento, nada más llegar Daniel, anunciando que a Micaela le esperaba un día igual de movido que el anterior y poniéndola sobre aviso de que algunos presos tenían pensado acercarse con cualquier excusa solo para verla en persona, hizo que me tensara como un palo.

Mi lado protector, ese que ni siquiera sabía que tenía hasta entonces, se despertó de una manera brutal. Solo pensar que alguno de los internos pudiera ponerse violento con ella por no querer atenderle o por negarse a darle algún medicamento que le exigiera hizo que durante toda la mañana la vigilara como un halcón.

Necesitaba mantenerme cerca. Lo suficiente como para intervenir si algún gilipollas se pasaba de la raya.

Le pidió a Daniel que no les dijera que no, pero que fuera trayendo a los presos poco a poco, como si se le fuera olvidando hacerlo.

Porque nos dijo que, a la hora de comer, ella misma iba a cortar esas bobadas de venir a hacerla perder el tiempo.

Le preguntamos qué iba a hacer y, haciéndose la misteriosa, nos contestó que ya lo veríamos.

—¿Qué te pasa? ¿Estás preocupado por algo? Porque tienes una cara que parece que te lo han hecho y no te lo han pagado —me dijo Juanma nada más sentarnos a comer.

—Estoy hasta los huevos de ver el desfile de cotillas que han ido a la enfermería —le contesté resoplando.

—Se ha corrido la voz de que hay una doctora y todos quieren verla —dijo Chete.

—No os podéis ni imaginar las bobadas que se han inventado algunos para ir allí, la doctora hasta se tenía que reír, pero estoy seguro de que lo que le hubiera gustado hubiera sido mandarlos a la mierda —les dije cabreado.

Vi cómo Juan iba a decir algo, pero de repente las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Le vi mirar algo detrás de mí con los ojos abiertos como platos. Dio un codazo a Chete, que estaba a su lado, y cuando este miró en la misma dirección se le abrieron los ojos de la misma manera y en su boca apareció una «o» perfecta.

Y no solo fueron los gestos de mis compañeros los que me pusieron en alerta. Normalmente, el comedor a la hora de las comidas parecía un gallinero. Todos hablaban a la vez y, muchas veces, el volumen de las voces llegaba a resultar molesto.

Pero en ese momento, en cuestión de segundos, todo cambió. Las voces se apagaron una tras otra hasta que el comedor quedó envuelto en un silencio sepulcral.

—Joder. ¿Esa es la doctora? —me preguntó susurrando Juanma cuando los dos nos giramos para ver qué era lo que los demás miraban con tanta atención.

—Sí que lo es —le contesté apretando los dientes, cabreado.

¿Pero cómo se le ocurría presentarse en el comedor con cientos de presos y con la única compañía de Daniel? *Esta mujer está loca*, pensé.

Su siguiente movimiento no lo vimos venir ninguno de los que estábamos allí. Se acercó a las mesas, hizo un rápido barrido visual y, al localizar una que estaba vacía, se dirigió hacia ella con Daniel pisándole los talones.

Cuando llegó, con un movimiento ágil se impulsó y se subió de un salto encima de la mesa. Todos los presentes, incluido yo, nos quedamos estupefactos.

—Buenas tardes. Para los que aún no me conocéis, me presentaré: soy la doctora Molina. Os estaréis preguntando qué hago aquí, así que os lo aclaro ahora mismo.

»Muchos de vosotros os habéis pasado por la enfermería contándome gilipolleces solo para verme y salir de dudas sobre cómo soy. Pues bien, aquí me tenéis delante todos.

»Espero que con esto os ahorréis los paseos hasta allí, no perdáis el tiempo… y tampoco me lo hagáis perder a mí.

—Vaya huevos que tiene —susurró Chete mirándola con admiración.

—Ya lo creo, hay que tenerlos para presentarse aquí y enfrentarse a todos estos cafres —le contestó Juan.

—Si dejas escapar a esa mujer, serías un auténtico gilipollas —me dijo Juanma al oído para que nadie más que yo le oyera.

Iba a contestar a Juanma cuando, por el rabillo del ojo, vi que uno de los presos al que todos conocíamos como el Zumbado se había levantado de su sitio, justo al lado de la mesa en la que se había subido Micaela. Al verlo acercarse a ella, por instinto fui a levantarme para ir a protegerla de ese cabrón.

No era ningún secreto para los allí presentes que ese cerdo estaba encerrado por agredir sexualmente a varias mujeres. Había atacado al menos a diez y también a algunas niñas. Verlo avanzar hacia ella, seguramente con no muy buenas intenciones, hizo que se me revolviera el estómago.

—Quieto, si vas a ayudarla, quedaréis en evidencia los dos, espera a ver qué pasa, Daniel está a su lado —me dijo Juanma sujetándome por el brazo para que no me levantara.

—Como le toque un solo pelo… —le dije apretando los puños, haciéndome daño en las manos por la fuerza con la que lo hice.

—Si le toca un solo pelo, yo mismo me levantaré contigo, tranquilo —me pidió sin soltarme.

Nos quedamos expectantes mirando. Daniel se acercó a Micaela, que después de su discurso se había bajado de la mesa, y le susurró algo al oído. Ella asintió con una sonrisa, pero no le contestó.

—Vaya, vaya, con la doctora… Estás más buena de lo que dicen algunos. Apunta en tu agenda que esta tarde me pasaré por la enfermería. Estaré encantado de que me examines y, en agradecimiento, te enseñaré un par de cosas que estoy seguro de que ningún hombre te ha hecho nunca —dijo el Zumbado mientras se acercaba a ella, demasiado… mucho más de la cuenta.

Todos nos pusimos en alerta cuando vimos cómo se acercaba y alargaba la mano para agarrarla. Muchos de nosotros, todos los de mi mesa y bastantes presos de otras, nos levantamos para ir hasta donde estaba Micaela.

No es ningún secreto que, aunque estábamos allí cumpliendo nuestras condenas, entre nosotros existía una especie de código: debíamos respetarnos independientemente del delito que cada uno hubiera cometido.

Pero en ese pacto no entraban ni los agresores sexuales ni ningún recluso que hubiera hecho daño a un menor. A esos, la mayoría de los presos ni les hablaban, ni los miraban a la cara, ni mucho menos les mostraban respeto.

Todos fuimos a dar el primer paso para ir a ayudarla, pero no nos dio tiempo. Con dos movimientos que ninguno de nosotros esperábamos verla hacer, Micaela tumbó encima de la mesa, boca abajo, al Zumbado, agarrándole las manos a la espalda y retorciéndoselas de tal manera que en todo el comedor solo se oyó cómo chillaba como el cerdo que era por el dolor que le estaba provocando.

—Ni se te ocurra intentar volver a tocarme, porque la próxima vez sí que irás de cabeza a la enfermería con un brazo roto o con las dos piernas. ¿He sido clara? —le dijo bien alto para que todos los presentes la oyeran.

»Te he preguntado si he sido clara o quieres que te lo explique de otra manera —le exigió que contestara retorciéndole más los brazos.

—Sí, joder, suéltame —le contestó el Zumbado.

Le levantó de la mesa con la misma rapidez con que le había tumbado y con un giro rápido le lanzó de un empujón hacia su mesa.

—Espero que a los demás también os haya quedado claro que no soporto las tonterías ni las faltas de respeto. El que se pase de listo se irá calentito a la cama. Dicho esto, solo me queda decirles que el que tenga un problema de verdad estaré encantada de atenderle en mi consulta.

»Y ahora ya pueden seguir comiendo, que aproveche —dijo tan tranquila antes de darse la vuelta y, en compañía de Daniel, salir del comedor con la cabeza bien alta y el porte de una reina.

Los que estábamos de pie nos fuimos sentando. El silencio que nos había envuelto poco a poco se fue disipando, primero con murmullos leves, que fueron subiendo hasta que la algarabía de siempre volvió. Pero en todas las conversaciones de todas las mesas, sin excepción, se podía escuchar la palabra doctora.

—Si me gustaran las mujeres, me habría enamorado de esta en el acto; mujeres como la doctora no se ven todos los días. No solo es preciosa, además los tiene bien puestos, pero también se ve que tiene buen corazón. Es perfecta —dijo Chete, y Juan y Juanma asintieron dándole la razón.

Y es que lo era. Micaela era preciosa, pero no solo por fuera, también por dentro. La había estado observando el día anterior y ese mismo día mientras atendía a los presos que de verdad estaban enfermos. Era paciente, empática y muy amable, aunque, como acabábamos de ver, también tenía un carácter fuerte.

Capítulo 19



Micaela

El día anterior hasta me había hecho gracia ver cómo muchos internos se presentaban en la enfermería con las excusas más absurdas que se les ocurrían solo para venir a conocerme. Pero, como suele decirse, lo poco gusta y lo mucho cansa.

Cuando Sergio y yo salimos de la consulta después de pasar un rato que… puf, solo con recordarlo todavía se me subían los calores, Daniel nos advirtió de que nos esperaba un día tan movido como el anterior. Al parecer, más de uno ya tenía pensado volver a aparecer por allí con cualquier pretexto para cotillear.

Y entonces me cabreé.

¿Qué coño se pensaban? ¿Que yo era un mono de feria puesto allí para entretenerles?

Pues no, señores. Se habían equivocado de pleno conmigo. Porque a la hora de comer iban a quedarse boquiabiertos cuando me plantara delante de todos y les cantara las cuarenta.

Llegó la hora de la comida y lo primero que hice fue pasarme por el despacho de Hugo para ponerle sobre aviso de lo que iba a hacer. Me dio libertad total para que hiciera lo que tuviera que hacer para ponerlos en su sitio y ganarme el respeto que me merecía.

Al salir de su despacho, regresé a la enfermería y le pedí a Daniel que me acompañara al comedor de los internos.

—Micaela, ¿estás segura de querer ir allí? Mira que las cosas se pueden poner muy feas y yo solo no podré controlar a todos, ni siquiera a unos pocos si se ponen tontos —me dijo mirándome como si estuviera loca por querer hacer tal cosa.

—Tranquilo, las cosas no se van a poner feas, al menos para nosotros. Confía en mí —le contesté saliendo de la enfermería con él detrás.

Mientras recorríamos los pasillos hasta el comedor, fuimos hablando de otras cosas que nada tenían que ver con lo que iba a pasar momentos después allí dentro.

Llegamos y yo entré la primera, con Daniel siguiéndome de cerca. Eché un vistazo rápido a las mesas y vi una a mi derecha en la que no había nadie sentado. Me dirigí hacia ella con paso ligero.

Al entrar en el comedor, el griterío que había allí dentro resultaba hasta molesto. Demasiadas voces, muchas de ellas en un tono demasiado alto, llenaban todo el espacio. Pero, a cada paso que fui dando, aquel ruido empezó a apagarse poco a poco.

Las conversaciones se fueron cortando hasta que se hizo un silencio completo. Tan absoluto que, si en ese momento hubiera pasado una mosca, habríamos oído perfectamente el batir de sus alas.

De un salto me subí a la mesa y me crucé de brazos para que vieran mi seriedad. Las caras de sorpresa, admiración y extrañeza que pude ver desde esa posición eran las de casi todos los presos, aunque una en concreto además era de preocupación, la de Sergio, claro.

—Buenas tardes. Para los que aún no me conocéis, me presentaré: soy la doctora Molina. Os estaréis preguntando qué hago aquí, así que os lo aclaro ahora mismo. Muchos de vosotros os habéis pasado por la enfermería contándome gilipolleces solo para verme y salir de dudas sobre cómo soy.

»Pues bien, aquí me tenéis. Así que espero que con esto os ahorréis los paseos hasta allí, no perdáis el tiempo… y tampoco me lo hagáis perder a mí.

Al terminar mi pequeño discurso —mitad presentación, mitad aviso — los dejé a todos con la boca abierta. Aun así, entre el silencio pude escuchar algunos murmullos lejanos. Seguramente comentaban lo loca que estaba por haber tenido los huevos de presentarme allí de esa manera.

Me bajé de la mesa para marcharme por donde había venido, pero de refilón vi cómo uno de los internos, que tenía una mirada de lo más peligrosa y sucia, se levantó de su mesa y vino directo a por mí.

—Micaela, vámonos, ese es el Zumbado, es peligroso, es un agresor sexual reincidente —me susurró Daniel y pude ver por el tono de su voz que estaba realmente preocupado porque ese tío pudiera hacerme algo.

—Pase lo que pase, no intervengas, déjamelo a mí, este va a salir escaldado de aquí —le susurré de vuelta.

El tal Zumbado se acercó a mí y soltó la típica chorrada de que iba a pasarse por la enfermería para enseñarme lo que era un hombre de verdad. Pero ese no fue su mayor error. Las palabras se las lleva el viento; los actos, no.

Alargó la mano para agarrarme del brazo y esa fue su sentencia.

Con una de las muchas llaves que sé hacer, después de tantos años entrenando, dos segundos más tarde ya lo tenía tumbado boca abajo contra la mesa. Le retorcí los brazos a la espalda con ambas manos, no solo para inmovilizarlo, sino también apretando lo suficiente como para que sintiera el dolor.

Le tuve que preguntar dos veces si le había quedado claro que no se le ocurriera volver a tocarme, porque la próxima vez acabaría en la enfermería con un brazo roto o algo peor.

Al final aceptó a regañadientes. Lo levanté y, de un empujón, lo mandé de vuelta a la mesa en la que estaba sentado.

Después de eso dejé bien claro a todos que no pensaba aguantar bobadas por parte de ninguno. Dicho aquello, me di la vuelta y salí de allí con la cabeza bien alta, dejándolos a todos con un palmo de narices.

—Tienes mi admiración de por vida —me dijo Daniel en el pasillo cuando volvimos a la enfermería, y me hizo una reverencia que me hizo reír a carcajadas.

»¿Sabes luchar? —me preguntó cuando entramos por la puerta.

Le conté las artes marciales que practicaba desde hacía muchos años, siempre acompañada por mi hermana, explicándole que las dos estábamos al mismo nivel. Se interesó enseguida y me dijo que a él también le gustaría aprender alguna disciplina.

Quedamos en que algún fin de semana, que era cuando los dos librábamos, le llevaría al gimnasio al que yo iba para que viera todo lo que se practicaba allí y así pudiera elegir lo que más le interesara.

Una hora después apareció por la puerta Sergio para hacer en la enfermería su trabajo de la tarde y seguir limpiando. Nada más cruzar nuestras miradas, en la cara de los dos apareció una sonrisa cómplice.

—Doctora, es usted una cajita de sorpresas, ha dejado a la mayoría de los presos impresionados —me dijo entrando en la consulta para que le pusiera la dosis de la tarde.

—¿Y a ti? ¿También te he dejado impresionado? —le contesté mientras me acercaba a él, que ya estaba sentado en la camilla, con la jeringuilla en la mano.

—A mí me has puesto muy cachondo al verte mover de esa manera y poniendo a todos en su sitio —me contestó susurrándome al oído antes de dejarme una hilera de besos por el cuello.

—Para, no seas malo, Daniel está fuera —le contesté mientras le subía la camiseta para ponerle la dosis.

—Déjame a mí, porque como me toques no respondo de mí —me respondió quitándome la jeringuilla y, al segundo, ponérsela él mismo.

Se bajó de la camilla y me dio un beso rápido en los labios y una palmada en el culo antes de salir por la puerta, en la que se volvió y me guiñó un ojo de forma pícara.

Durante la tarde, el flujo de pacientes fue totalmente normal, los pocos que vinieron era porque realmente necesitaban atención. Al parecer, mi charla en el comedor hizo el efecto esperado y no vino ningún interno a tocar las narices con bobadas.

—Micaela, voy a por un café. ¿Quieres que te traiga uno? —me preguntó Daniel en uno de los momentos en que no tenía ningún paciente.

—Sí, a un café nunca le digo que no —le contesté. Daniel asintió y salió a paso ligero para ir a la sala de descanso a por ellos.

—Sergio, ahora que tenemos un rato, cuéntame qué pasó ayer con tu amigo —le pedí sentándome en la esquina de una de las camas.

Sergio cogió aire y se sentó en otra cama frente a mí. Para llegar a la parte en la que podría hablarme de su conversación con su amigo, tuvo que retroceder en el tiempo y empezó a explicarme parte de su vida.

Me habló de cómo había montado la empresa con su mejor amigo, Nando, y de todo lo que habían trabajado para convertirla en lo que era en ese momento. También mencionó a la que ahora era su exmujer. Durante ese tramo de la conversación pude ver dolor en su mirada al recordar lo mal que habían acabado las cosas con la mujer a la que había querido durante tanto tiempo.

Me explicó cómo se torció todo cuando ella le pidió el divorcio y las exigencias que le puso sobre la mesa. En un principio se negó en redondo, pero, por recomendación de otro de sus mejores amigos —que era abogado y que, casualmente, también llevó la acusación de homicidio por la que había sido condenado—, acabó cediendo y firmando el divorcio, dándole a Marina todo lo que había pedido.

Antes de contarme por qué había venido Nando, quiso explicarme todo lo que ocurrió aquel fatídico día en el que terminó atropellando a un matrimonio que murió en el acto.

Cuando me dijo que en sus análisis habían encontrado drogas como para tumbar a un caballo, mi instinto me dijo que, al igual que ya le habían comentado otras personas según me explicó, ahí había algo muy raro.

Una persona que lleva años medicándose con insulina, como él, difícilmente se habría metido toda esa mierda. Sabía de sobra que mezclar semejante cóctel en su organismo podía incluso matarlo.

Por último, me habló de la conversación con Nando y de cómo su amigo había venido desesperado porque no sabía cómo parar a Marina. Ella estaba amargando la vida tanto a él como al resto de trabajadores, presionándolos a diario para que produjeran más y así poder llevarse todavía más beneficios, ganar más dinero del que ya ganaba… sin dar un palo al agua.

Eso me puso de muy mala leche.

Si había algo que no aguantaba en esta vida eran los parásitos que viven a costa de los demás. Supongo que haber convivido con uno durante los primeros dieciséis años de mi vida había hecho que odiara especialmente a la gente que se comporta de esa manera.

—Le he prometido a Nando que le llamaré mañana para darle el nombre de algún abogado penalista que revise mi caso y también que me ayude o me recomiende algún compañero que me pueda arreglar lo del divorcio o al menos que pueda hacer algo en contra de Marina para que deje de molestar a mis trabajadores —me dijo al final de su relato.

—¿Conoces algún abogado que pueda ayudarte? —le pregunté muy interesada, porque desde que empezó a contarme todo ya tenía en la cabeza una idea que no dejaba de rondarme la mente.

—No, esta noche en la cena hablaré con algunos internos y les preguntaré por los abogados que han llevado sus casos. Entre todos seguro que hay alguno que puede ayudarme —me contestó con esperanza en la voz.

—¿Confías en mí? —le pregunté y me miró con el ceño fruncido al no entender a qué podía venir mi pregunta.

—Claro que confío en ti, pero no entiendo a qué viene esta pregunta.

—Dile a Nando que solicite el vis a vis como hace todos los domingos, pero que incluya en él a dos personas más. Este domingo te traeré a la persona que te va a ayudar a salir de todo esto —le dije muy segura.

—¿Conoces a un abogado penalista que esté dispuesto a venir a hablar conmigo avisándole con tan poco tiempo? Hoy estamos a viernes, solo quedan dos días para el domingo y lo mismo está muy ocupado —me dijo desconcertado.

—Así es. ¿A qué hora suele venir Nando los domingos?

—Siempre pide el pase de las once de la mañana, con duración de dos horas. Él cuando sale de aquí suele comer en algún bar y después se vuelve a Madrid —me explicó.

—Perfecto, pues llámale luego y dile que diga que entrará con dos personas más. De lo demás me encargo yo —le dije sonriendo.

Seguimos charlando mientras trabajábamos hasta que llegó la hora de irme.

Capítulo 20



Micaela

—Ya estoy en casa —dije en alto desde el pasillo nada más entrar por la puerta de casa.

—En la cocina —me contestó Enola.

Pasé antes por mi habitación, dejé el bolso y me quité las deportivas que llevaba. Así, descalza, que era como me gustaba estar en casa, me fui derechita a la cocina, de donde salía un olor a lasaña que alimentaba solo con olerlo.

—Dios… lasaña, ya estoy salivando —les dije a las dos nada más entrar en la cocina.

—Pues límpiate las babas antes de darnos un beso, marrana —me dijo Enola tirándome el trapo que tenía en la mano a la cara.

—A que te quedas sin él por payasa —le contesté acercándome a mi abuela para darle un beso en la mejilla, que me devolvió de la misma manera.

—Ven aquí, hermanita de mi corazón —me dijo la muy guasona colgándose de mi cuello antes de darme un montón de besos babosos que le llenaron toda la cara de su saliva.

—Manda narices y luego me dices a mí marrana, mira cómo me has puesto la cara, asquerosa —le dije limpiándome en su camiseta mientras ella se partía de risa y yo la acompañaba riéndome de igual manera.

—Hoy vienes muy contenta. ¿Has tenido un buen día? —me preguntó mi abuela levantando las cejas.

—Hoy ha sido un día genial —le contesté levantando las cejas.

—Tú has mojado —me dijo Enola apuntándome con el dedo de forma acusadora.

—No pienso decir nada sin la presencia de mi abogado —le contesté encogiéndome de hombros.

—Con esa frase ya lo has dicho todo —añadió mi abuela riéndose.

Como el día anterior, me hicieron un tercer grado preguntándome por todo lo que había pasado en la prisión. Les conté casi todo. Los detalles más íntimos que había compartido con Sergio me los guardé para mí; esos eran nuestros y de nadie más.

Cuando terminé de relatarles la conversación que había tenido con él antes de marcharme, ni siquiera me dio tiempo a preguntarle nada a mi hermana. Fue ella quien se adelantó y habló primero.

—Supongo que la abogada penalista que va a ayudarle soy yo, ¿no?

—Eso he pensado, pero si no quieres, me puedes poner en contacto con alguno de tus compañeros —contesté.

Aunque sabía que ni loca dejaría que otra persona ayudara a Sergio. No era porque fuera mi hermana, pero era buenísima en lo suyo y lo demostraba día a día en los tribunales. Estaba segura de que podría ayudar a Sergio y sacarle del atolladero en el que se había metido.

—Ni de coña va a ir el domingo otro abogado que no sea yo —me dijo con rotundidad.

—Gracias, Enola —le dije dándole un abrazo.

—No me des las gracias, boba, para eso está la familia, por mi cuñado lo que sea —me contestó guiñándome un ojo.

—¿No me has dicho antes que tenías que contarle no sé qué de un abogado que es gilipollas? —le dijo mi abuela, y yo la miré expectante a ver qué era lo que me tenía que contar.

—Sí, como te dije, he preguntado aquí y allí, así como quien no quiere la cosa, y ya sé quién llevó el caso de Sergio. Conozco a su abogado de verlo por los juzgados. No sé cómo será tu chico, pero el tal Guillermo es un auténtico gilipollas. De esos que tienen el ego más grande que el edificio de los juzgados, que miran a los demás por encima del hombro y se creen que lo saben todo.

»Entre el gremio no es precisamente querido; hay bastantes letrados que le tienen atravesado. Estos dos días he sacado el tema con algunos en el juzgado y todos coinciden en lo mismo. En lugar de ayudar a su cliente, lo jodió más todavía. Si otro hubiera llevado el caso, sin antecedentes y dadas las circunstancias en las que ocurrieron los hechos, seguramente Sergio ni siquiera habría entrado en prisión.

»Lo primero que tendría que haber hecho era contratar a alguien que investigara por qué Sergio iba tan drogado, cuando él repitió en sus declaraciones y en el juicio, por activa y por pasiva, que no se había drogado en la vida. Además, con lo que ahora me estás contando de su divorcio, hay cosas que no me cuadran con este tío.

»Esto me huele a cuerno quemado. Aquí está pasando algo raro, te lo digo yo. Y te aseguro que voy a descubrirlo. A ese gilipollas le voy a bajar yo del pedestal en el que está subido de una patada en el culo.

Me quedé loca con todo lo que me soltó así, del tirón.

—¿Entonces tú crees que podrás ayudarle? ¿Saldrá de prisión antes de cumplir toda su condena? —le pregunté esperanzada.

—No puedo prometerte algo de lo que no estoy segura al cien por cien, pero sí puedo prometerte que lo voy a intentar con todas mis fuerzas. Me dejaré la piel por averiguar qué fue lo que pasó. Y respecto a su exmujer, va lista si cree que va a seguir saliéndose con la suya.

»Revocaré la firma del divorcio alegando que tuvo que firmarlo bajo amenazas y coacción. Esa parásita va a devolver todo lo que se ha quedado y que no le pertenece, por las buenas o por las malas —me dijo, poniéndose seria, en modo letrada total.

El resto de la tarde mi hermana se metió en su habitación y pasó horas entre libros y llamadas. Habló con un compañero especialista en divorcios para pedirle consejo y ver cuál era la mejor manera de proceder.

También contactó con un investigador con el que solían trabajar en su despacho para quedar con él al día siguiente y explicarle todo lo que necesitaba que investigara.

Estaba convencida de que había muchas cosas raras en todo lo que había ocurrido en el proceso de Sergio y, conociendo lo concienzuda que era, yo también estaba segura de que no pararía hasta sacar todo a la luz.

Esa noche cenamos la lasaña, que estaba deliciosa, no, lo siguiente, entre risas y más conversación sobre Sergio y el viaje que mi abuela tenía pensado hacer con sus amigas.

Nada menos que un crucero quería hacer. Pero no terminaba de decidirse porque duraba diez días y le parecía demasiado tiempo fuera de casa.

Enola y yo la animamos y la reñimos a partes iguales, porque sabíamos que sus dudas no venían por el viaje en sí, sino porque no quería dejarnos tanto tiempo solas.

Al final conseguimos convencerla y la hicimos llamar en ese mismo momento a sus amigas para decirles que sí iba… y así no pudiera echarse atrás.

El sábado pasó lento. Se me hizo raro no ir a trabajar ese día. Sí, el noventa por ciento era porque echaba de menos a Sergio y el otro diez porque, aunque solo llevaba allí dos días, estaba segura de que pedir el cambio a la prisión había sido todo un acierto.

El trabajo me encantaba y mejores compañeros no me podían haber tocado. En tan poco tiempo ya me llevaba con ellos fenomenal.

El domingo por la mañana me levanté ansiosa. Tenía muchísimas ganas de ver a Sergio, pero también de presentarle a mi hermana. Y de que él la conociera. No le había dicho que la abogada que iría al vis a vis era Enola.

Estaba segura de que se iba a quedar impactado cuando nos viera a las dos juntas. Y también, por qué no decirlo, sentía curiosidad por saber si sería capaz de reconocerme.

Como ya comenté, nadie —excepto mi abuela y mi madre— era capaz de distinguir quién era quién cuando estábamos juntas. Aunque lo de mi madre era cuando éramos niñas; tenía mis dudas de si hoy en día podría diferenciarnos si nos volviera a ver.

Habían pasado doce años desde la última vez que nos tuvo delante.

Nuestro carácter también había cambiado. Bueno, más bien el de mi hermana, porque el mío siempre había sido mucho más fuerte que el suyo y desde pequeña fui más abierta con la gente. Enola, hasta bien entrada su juventud, fue muy tímida y retraída, seguramente por la situación que vivimos en casa.

Pero eso cambió con el tiempo. Cuando entramos en la universidad, empezó a volverse más extrovertida y ahora estábamos al mismo nivel a la hora de relacionarnos con los demás.

—Micaela, el desayuno está listo —me dijo mi hermana dando dos toques a la puerta del baño donde yo estaba metida secándome porque acababa de salir de la ducha.

—Voy, solo me queda vestirme —le contesté.

Llegué a la cocina y los ojos se me fueron al enorme bizcocho de limón que mi abuela había hecho para desayunar. Es que la señora Asun tenía unas manos que valían oro.

—Jolín, cómo huele ese bizcocho, abuela. El león de mi barriga está a punto de saltar y devorarlo entero —le dije haciéndola reír.

—Siéntate, golosa. Anda que vaya cosas que tiene la vida, es verdad eso de que siempre hay un roto para un descosido —me dijo, y Enola y yo la miramos confundidas porque no sabíamos qué quería decir.

—Pues que la mujer más golosa del mundo se ha ido a juntar con un hombre que no puede comer dulce. Es cómica la situación. No me digáis que no —nos dijo encogiéndose de hombros.

—Es raro y gracioso, tiene razón la abuela —añadió mi hermana.

—Pobrecito mío, no podrá nunca comer las delicias que preparas, abuela —le dije poniendo un puchero.

—¡Que te lo crees tú! Ya me encargaré yo de hacerle al muchacho cosas ricas sin azúcar —me contestó y se quedó tan pancha.

—Solo espero que cuando yo encuentre el amor el tío no sea vegetariano o alguna otra cosa de esas raras que se llevan ahora, porque te veo haciendo horas extras en la cocina, abuela —le dijo Enola poniendo los ojos en blanco y haciéndonos reír a todas.

Terminamos el delicioso desayuno —aparte de comernos un buen trozo de bizcocho cada una, también tomamos una pieza de fruta y un café con leche— y nos preparamos para marcharnos. Yo estaba casi lista, pero a Enola todavía le quedaba ducharse.

Mientras ella lo hacía, ayudé a la abuela a recoger lo del desayuno y a dar una pasada a la cocina que, entre las dos, en quince minutos quedó como los chorros del oro.

Mi hermana también era muy amiga de la puntualidad, igual que yo, así que salimos con bastante tiempo para no llegar justas a la prisión. Nando nos estaría esperando fuera para entrar los tres juntos y no queríamos hacerlo esperar.

Nos bajamos del coche y allí, en la entrada, vimos a un hombre de unos cuarenta años apoyado en la pared, cruzado de brazos, y supusimos que sería él.

—Si ese es el amigo de Sergio, me lo pido, joder, está buenísimo —me susurró mi hermana. Y tenía toda la razón, que para mí como Sergio ninguno, pero tenía que reconocer que ese hombre estaba cañón.

—Hola, ¿eres Nando? —le dije cuando nos acercamos a él.

Levantó la cabeza, porque hasta ese momento estaba mirando al suelo, y se quedó mirándonos con la boca abierta. Nosotras nos miramos y nos echamos a reír.

—Cierra la boca, guapo, que sí, somos gemelas. No estás ni viendo doble ni teniendo ninguna alucinación —le dijo mi hermana acercándose a él para cerrarle la boca, agarrándole por la barbilla y cerrándosela ella misma.

La manera en la que Nando miró a mi hermana cuando le agarró la cara me hizo sonreír. Al parecer, en la vida de mi hermana también iba a haber cambios importantes y, si no me equivocaba, iban a venir de la mano de Nando.

Después de presentarnos, los tres entramos dentro. Algunos de mis compañeros nos miraron con la boca abierta, igual que había hecho Nando; ninguno se esperaba que la doctora tuviera un clon idéntico.

Capítulo 21

Sergio

¿Conocéis esa sensación de estar rodeado de gente y, aun así, sentirte completamente solo? Pues así me sentí durante todo el sábado.

En apenas dos días me había acostumbrado a ver a Micaela durante unas horas, a cruzarme con ella en la enfermería, a tenerla cerca de una manera u otra. Y aquel día noté su ausencia durante toda la jornada.

Ni siquiera la compañía de Juanma, que no me dejó solo en ningún momento —salvo el rato que tuve que trabajar por la mañana—, consiguió sacarme de la apatía que me acompañó todo el tiempo.

Tener que estar en la enfermería yo solo, sin Micaela ni Daniel —con el que también me llevaba bien— se me hizo eterno. Mirara donde mirara, la veía: sonriendo, hablando con algún preso, guiñándome el ojo cuando nadie más estaba mirando.

Y ya no os cuento cuando me quedaba mirando la puerta de la consulta y recordaba el momento tan excitante y mágico que pasamos allí el viernes.

Eso sí que fue una auténtica tortura.

El domingo por la mañana me levanté mucho más animado. Aunque solo fuera por un par de horas, podría verla y también a Nando. Ese día se presentaba mucho mejor que el anterior, eso sin duda.

—¿A qué hora tienes el vis a vis? —me preguntó Juanma mientras cogíamos el desayuno.

—Sergio, tú no cojas nada de lo que hay, tienes una bandeja preparada aparte —me dijo uno de los internos que estaba repartiendo el desayuno.

—¿Qué? —le pregunté confundido.

—Que no cojas la bandeja…

—Eso lo he oído —le corté para que no volviera a decirme lo mismo —. Te pregunto: ¿por qué tengo una bandeja aparte?

—Órdenes de la doctora, que Hugo ha autorizado. Todos los presos que necesiten una alimentación especial tendréis a partir de ahora una bandeja aparte. No cambia demasiado respecto a la comida del resto, pero sí se nota en algunas cosas.

»Por ejemplo, en los postres: nada de dulce para ti nunca, ni tampoco para los otros que tienen diabetes. También hay otras bandejas para los que tienen problemas bucales y no pueden masticar; para ellos casi todo va triturado.

Me lo explicó de carrerilla, como si se lo hubiera aprendido de memoria para cuando los presos que tenía apuntados en una lista —los que debían recibir esas bandejas— le preguntaran por qué pasaba aquello.

—Vaya con la doctora, sí que se implica en su trabajo. El lunes tendré que ir a darle las gracias. Por fin podré comer sin atragantarme o pasarme una hora dando vueltas a la comida en la boca.

»Esa muchacha es un ángel caído del cielo —dijo, casi emocionado, uno de los presos que tenía uno de esos problemas bucales de los que se habían mencionado y al que no le quedaba ni un solo diente.

—Sí que lo es —añadió otro que tenía cáncer de estómago y al parecer, casi toda la comida le sentaba mal y acababa vomitándola. Para él también había una bandeja especial.

—Joder con tu chica, en solo dos días la mayoría de los presos la adoran, la admiran e incluso alguno suspira por ella —me dijo Juanma bajito mientras íbamos a sentarnos a nuestra mesa.

—No es mi chica —le dije hablando igual de bajo.

—Pero lo será —me contestó muy convencido, sonriendo.

Si tú supieras, pensé.

Confiaba en él, pero no hasta tal punto de contarle lo que había pasado en la consulta. Eso solo se lo contaría, si se diera el caso, a Nando, pero a nadie más. No podía arriesgarme a que se enteraran los jefazos de la prisión y que Micaela tuviera problemas o incluso perdiera su trabajo.

—Antes no te han dejado contestarme, ¿a qué hora tienes la visita de tu amigo y el nuevo abogado? —volvió a preguntarme.

El día anterior le conté a Juanma que Micaela tenía un conocido penalista al que pensaba llamar para que se uniera a la reunión con Nando y ver si podíamos hacer algo con lo de mi condena y también con el tema del divorcio.

Ahí también obvié que Micaela estaría presente. Si algunos presos se enteraban, podrían causarme problemas pensando que tenía un trato de favor por su parte o que en esas visitas pasaban cosas que no fueran solo hablar.

Cuanto menos supieran, mejor para todos.

—A las once —le contesté.

Eché un vistazo a todo lo que me habían puesto en la bandeja. El pan blanco me lo habían cambiado por integral; en el desayuno ese era prácticamente el único cambio.

Esperaría a la hora de la comida para comprobar qué diferencia había con lo que servían al resto.

—Esperemos que el abogado nuevo pueda ayudarte. Yo estoy seguro de que así será, ya lo verás. Al final saldrás antes que ninguno de nosotros —me dijo para animarme.

—¿Quién sale de dónde? —preguntó Chete, que acababa de llegar a la mesa y había pillado la conversación a medias.

—Hoy Sergio va a conocer a su nuevo abogado. Si es bueno —y estoy seguro de que lo será— hará que el niño salga de aquí antes que ninguno de nosotros —les explicó a Chete y a Juan, que también se acababa de unir a la mesa.

Durante todo el desayuno estuvimos hablando de lo de mi abogado, de las bandejas especiales y de lo que haríamos después cada uno.

Chete y Juan, como era domingo, se irían como todas las semanas a la pequeña capilla que tenía la prisión, donde un cura venía a dar misa. Juanma y yo decidimos ir al patio a hacer un poco de ejercicio hasta que llegara la hora en la que me tendría que ir a reunirme con Micaela y los demás.

—Buenos días, Pedro, tengo vis a vis a las once —le dije al funcionario que siempre se encargaba de asignarnos la habitación que nos tocaba ese día. Como iba todos los domingos sin falta cuando venía Nando, ya nos conocíamos; por eso me permitía llamarle por su nombre.

—Hola, Sergio, llegas un poco pronto, pero puedes esperar dentro. Ya sabes las normas, así que me ahorro contártelas. Levanta los brazos, anda —me pidió con mucha educación para cachearme y comprobar que no metía nada raro o prohibido en la habitación.

»Ya puedes pasar a la habitación número tres. He visto en el registro que hoy vendrán tres personas; en cuanto lleguen, las haré pasar —me dijo abriéndome la puerta de la habitación que me había indicado.

Entré en la habitación y Pedro cerró la puerta, dejándome allí solo. Todas las salas de vis a vis eran iguales y lo sabía porque cada domingo me había tocado una distinta.

Dentro había una cama no muy grande, pensada para que los presos que recibían la visita de sus parejas pudieran tener sexo. También había una mesa con cuatro sillas y, en una esquina, tapados por un biombo, un lavabo y un inodoro. Ese era todo el mobiliario del lugar, que para el tipo de visitas que se hacían allí era más que suficiente, al menos a mi modo de ver.

Me senté en la cama a esperar, porque había llegado quince minutos antes de la hora. Mientras estaba allí repasé mentalmente todo lo que quería decirle al abogado que me presentaría Micaela.

Decir que no estaba nervioso sería mentir. Si todos tenían razón y existía la más mínima posibilidad de que, aunque solo fuera, me redujeran la condena, con eso ya estaría más que satisfecho.

Aunque también me preocupaba mucho el tema de Marina. Si el abogado no podía conseguir revocar el acuerdo de divorcio y hacer que me devolviera todo, al menos esperaba que lograra que dejara de ir a la empresa a presionar a los trabajadores y a marear a Nando con exigencias que no tenía por qué hacer, porque allí ella no era nadie.

La puerta se abrió y estaba tan metido en mis pensamientos que me sobresalté. Por ella entró Micaela.

Me quedé mirándola unos segundos y algo raro pasaba, porque me hizo fruncir el ceño. Era ella, de eso no había duda, pero al mismo tiempo no lo parecía. Su mirada era distinta y también su manera de sonreír.

Sentí como si tuviera delante a una completa desconocida, y aquello me dejó bastante confundido.

Detrás de ella entró Nando, que sin dejarme decir ni hola se acercó hasta mí en dos zancadas y me dio un abrazo bien fuerte, como hacía siempre que nos encontrábamos allí.

Cuando, después de unos segundos, se apartó, miré a la tercera persona que había entrado tras él. Primero me quedé a cuadros, pero solo un instante después, al comprender lo que pasaba, la sonrisa me salió sola.

Esa segunda mujer que acababa de entrar sí que era mi Micaela.

—Hola, preciosa —le dije mirándola a los ojos, sonriendo.

—¿De verdad has sabido distinguirnos? —me preguntó la mujer, que era una copia exacta de mi chica, con los ojos abiertos como platos por la sorpresa.

—Nada más verte he notado algo raro, como si fueras Micaela, pero a la vez no lo fueras. Mis ojos te han reconocido, pero mi corazón no. No sé explicarlo mejor —le contesté encogiéndome de hombros.

—Joder, hermanita, estoy flipando con tu chico —le dijo la chica a Micaela y ambas se echaron a reír. Ahí pude ver otra de las diferencias: parecía que se reían igual, pero no lo hacían; al menos para mí no era así.

—Sergio, te presento a mi hermana Enola. Ella es la abogada penalista de la que te hablé y la que te va a ayudar con todo lo que necesites —me dijo Micaela poniéndose al lado de su hermana, porque desde que había entrado no se había movido de la puerta.

—Para un momento, que creo que aquí soy el único que no está al tanto de todo. ¿Enola, has dicho su chico? —le preguntó Nando, mirándola primero a ella y después a Micaela y a mí con mucho desconcierto.

—Chiquillo, ese capítulo te lo has perdido, pero si quieres, cuando salgamos de aquí nos vamos a comer tú y yo y te pongo al día —le contestó, mirándole de una manera que me dejó helado.

Pero cuando miré a mi amigo y vi que la expresión en su cara era exactamente la misma, ahí sí que el que se quedó flipando fui yo.

Joder… entre esos dos había pasado exactamente lo mismo que entre Micaela y yo: un flechazo en toda regla nada más

—Acepto encantado la comida y lo que surja —le dijo Nando levantando las cejas de forma descarada.

—Creo que yo también me he perdido algún capítulo —le susurré a Micaela, a la que me había acercado mientras los otros dos hablaban y se comían con la mirada.

—Solo hace quince minutos que se conocen, así que creo que el capítulo está aún recién empezado, pero visto lo visto te puedes hacer una idea de cómo va a terminar —me contestó riéndose y haciéndome reír a mí.

—Ayer te eché mucho de menos —le dije abrazándola por la cintura antes de besarla.

—Yo también —me contestó cuando terminamos el beso, que fue corto.

Nos quedamos con ganas de más, pero estaban allí Nando y Enola y no era plan de que las cosas se nos fueran de las manos.

—Venga, tortolitos, vamos a sentarnos. Cuanto antes empecemos con esto antes podré darle una patada en el culo al gilipollas ese que tenéis por amigo. Aunque eso de amigo todavía está por ver, que no lo tengo yo muy claro —nos dijo Enola retirando una de las sillas para sentarse en ella.

—¿De quién se supone que estás hablando? Porque estoy perdido, preciosa, y por la cara que está poniendo Sergio creo que está igual de perdido que yo o más —le dijo Nando sentándose a su lado.

—Del gilipollas de Guillermo, de ese hablo. Ese tío no es trigo limpio, os lo digo yo.

Cuando dijo eso sí que fue cuando alucinamos de verdad.

Capítulo 22



Sergio

Los cuatro nos sentamos en la mesa y la imagen que proyectábamos juntos me hizo sonreír. Sentí como si estuviéramos en familia, como si todo encajara por fin a la perfección.

Éramos como cuatro piezas de un puzle que llevaban toda la vida esperando encontrar su sitio y que, de repente, hubieran logrado formar la estampa perfecta.

Sería maravilloso que algún día pudiéramos estar los cuatro sentados en otro lugar, uno más acogedor, y, por qué no, rodeados de algunos pequeños que terminarían de completar el puzle de nuestras vidas.

—Vale, os contaré cómo están las cosas —dijo Enola sacando un montón de papeles que traía en una carpeta.

—¿Sabes todo lo que está pasando? —le preguntó Nando apoyando los codos en la mesa, muy atento a todo lo que hablaba Enola.

—Sé lo que me ha contado mi hermana y también lo que se rumorea en los juzgados. Ahora necesito que Sergio me cuente su versión de todo lo que pasó —le contestó a Nando, pero mirándome a mí cuando dijo lo último.

—Lo primero que quiero que sepas es que todo lo que hablemos aquí, sobra decirlo, es totalmente confidencial. Solo nosotros cuatro estaremos al tanto de lo que pasa y de los pasos que daremos a partir de ahora.

»Guillermo queda fuera de todo esto, al igual que cualquier otra persona, incluidos los trabajadores de vuestra empresa y, por supuesto, tu exmujer —añadió, dejando bien claro cómo pensaba manejar el asunto.

—¿Qué tienes contra Guillermo? Parece que no te cae muy bien. ¿Le conoces? —le pregunté intrigado porque parecía tenerle una inquina bastante alta. Quizás habría tenido algún encontronazo con él en los juzgados, me pregunté.

Enola empezó a contarnos que conocía a Guillermo, con el que en ningún momento había tenido que enfrentarse en el estrado porque tenían especialidades distintas. Pero sí que le había visto bastante por los juzgados y, al parecer, nuestro amigo —por las palabras de Enola— no se comportaba allí como lo hacía con nosotros. Según nos explicó, en aquel entorno su actitud era muy diferente.

En su mundo era déspota, engreído y un chulo de cuidado (palabras de Enola, no mías).

Nando y yo nos quedamos alucinados al conocer, al parecer, esa otra cara de nuestro amigo. En ningún momento dudamos de las palabras de Enola; ella no tenía nada que perder al contarnos cómo era en realidad Guillermo ni ningún motivo para inventarse algo así.

—No estoy segura, pero tengo un pálpito y suelo fiarme mucho de ellos. Pocas veces se han equivocado cuando me han avisado de que algo no encaja. Creo que Guillermo es una pieza clave en que tú estés aquí dentro —nos dijo muy segura de sus palabras, cosa que nos sorprendió a los dos.

—Eso no tiene sentido. ¿Qué ganaría él con que Sergio esté aquí encerrado? —le preguntó Nando.

—Esa es una de las cosas que pretendo averiguar y ya tengo a alguien en ello —nos contestó.

—¿A alguien? —En esa ocasión fue Nando el que le preguntó.

—Trabajo en un bufete pequeño de la ciudad, uno familiar para que me entendáis. Fran, que es amigo del dueño y también investigador privado, colabora con nosotros en algunos casos. Es muy bueno en su trabajo; si hay algo que encontrar, él lo encontrará. El viernes por la tarde le llamé para pedirle que nos ayudara y, sobra decirlo, aceptó encantado.

»De momento empezará a investigar a Guillermo y a Marina, porque sobre todo ella es la principal beneficiada de que Sergio esté aquí metido. En cuanto encuentre algo raro —que lo encontrará— se pondrá en contacto conmigo y decidiremos qué pasos seguir.

Enola me pidió que le contara con pelos y señales qué había pasado el día del accidente, siendo lo más preciso posible y aportando todos los detalles que fuera capaz de recordar.

Nando ya lo sabía todo porque, a lo largo de los meses, lo habíamos hablado mil veces, y a Micaela también se lo había contado días antes. Así que centré la mirada en Enola y le relaté todo tal cual lo recordaba, sin dejarme nada dentro. Mientras yo hablaba, ella fue apuntando cosas en un cuaderno que había traído.

Al terminar con esa parte de la historia, me pidió que le hablara de Marina: de cómo había sido nuestro matrimonio, por qué había terminado y cómo se había desarrollado todo el proceso de divorcio.

Como en el relato anterior, tampoco me dejé nada sin contarle de todo lo que me fue preguntando; ella, mientras tanto, fue tomando notas de todo. Le relaté cada detalle hasta llegar a la parte final: cuando, cuatro meses atrás y por recomendación de Guillermo, había firmado el acuerdo de divorcio, tomando una de las peores decisiones de mi vida.

No tanto por perder todo lo que había perdido, sino por las consecuencias que aquella decisión había acarreado, haciendo que Marina se creciera hasta el punto de creerse, en estos momentos, la dueña de la empresa.

—No quiero darte falsas esperanzas, pero te adelantaré que, si las cosas salen como espero que salgan, lo más probable es que este año te comas el turrón en casa y no aquí —me dijo Enola sonriendo.

—Eso sería fantástico, pero no entiendo cómo eso podría pasar. No quiero ser el malo de la película y echar por tierra tus esperanzas de salir de aquí antes de que cumplas toda tu condena —dijo Nando mirándome.

»Pero el que iba en ese coche sí era Sergio y esas personas murieron. Aunque todos sepamos que él no se drogó, los análisis demostraron que esas sustancias estaban en su cuerpo. ¿Entonces cómo es posible que pueda salir antes?

»Yo de juegos lo que queráis, pero de derecho estoy más perdido que un pulpo en un garaje —añadió, haciendo reír a Enola por la manera en que fruncía el ceño.

—Vale, os lo explicaré de forma que podáis entenderlo sin usar la jerga que utilizamos los de mi gremio. El Código Penal, concretamente en el artículo veinte, habla de las eximentes, que son circunstancias legales que eliminan, por distintas causas, la responsabilidad penal de una persona que ha cometido un delito.

»La segunda de ellas, que se llama «intoxicación plena», dice que actuar bajo la influencia de drogas, alcohol u otras sustancias que impidan comprender la ilicitud del delito cometido puede eximir de responsabilidad, siempre que no se haya buscado provocar ese estado de intoxicación para delinquir.

»Eso quiere decir que, si demostramos que a Sergio le drogaron, no tendrá que cumplir la condena, aunque seguirá teniendo antecedentes penales, porque el homicidio sí que lo cometió, aunque fuera de forma inconsciente.

—Joder, eso sería estupendo. Si el investigador descubre quién o por qué Sergio tenía esa cantidad de droga en el cuerpo, ¿podría salir de inmediato de aquí? —le preguntó Nando, esperanzado.

—Bueno, tanto como de inmediato, no. La justicia lleva sus tiempos y sus procesos. Habría que pedir una visita con el juez de instrucción para reabrir el caso y, si las pruebas son contundentes, se pondrá en contacto con el juez de vigilancia penitenciaria y él sería el que podría ponerle en libertad —nos explicó con paciencia para que lo entendiéramos.

—Sinceramente, ¿tú cómo lo ves? Dímelo claro, no quiero crearme falsas esperanzas y luego llevarme un chasco —le pedí ansioso por saber su opinión.

Solo hacía una hora que conocía a Enola, pero su manera de hablar de leyes y la pasión con la que lo hacía me dejó claro que amaba su profesión y que era una profesional como la copa de un pino que se dejaba la piel en cada caso que llevaba.

—Veo muchas posibilidades, esa es la verdad. Todo dependerá de lo que Fran encuentre y de lo abiertos de mente que sean los jueces, pero si son unos cegatos, ya me encargaré yo de abrirles los ojos, así que por eso no te preocupes —me dijo sonriendo.

Y esa sonrisa, no me digáis por qué, fue justo lo que me faltaba para que la esperanza empezara a crecer dentro de mí. Ojalá todo saliera bien y, en poco tiempo, pudiera salir de allí y empezar una nueva vida al lado de Micaela, por supuesto.

—¿Y qué pasa con lo de su divorcio y con Marina? Porque mientras Fran investiga, ella puede seguir yendo a la empresa y acabar de amargar a los trabajadores —le preguntó Micaela a su hermana.

—A los trabajadores y a mí, que me tiene hasta el copete ya. Es insufrible, os lo juro. Tío, no sé cómo pudiste aguantarla tantos años. Es para ponerte un monumento como poco —añadió Nando resoplando.

—Ese proceso va aparte del otro. También estoy en ello. Aunque no es mi especialidad, lo llevaré yo también, pero respaldada por uno de mis colegas, con el que ya he hablado y con quien estamos preparando todo para ver de qué manera podemos anular el acuerdo de divorcio que firmaste, que por cierto me parece un auténtico atropello.

»Si lo hubieras llevado a juicio, no le habrían dado nada más que la mitad del dinero que tuvierais en común. El ático y la empresa eran tuyos y en eso no había discusión posible.

—Es como una garrapata que se te agarra a la piel y cuanto más sangre chupa más quiere —dijo Nando poniendo tal cara de asco que nos hizo reír a los cuatro.

—Creo que con esto ya está todo dicho y explicado de momento. De todas maneras, os daré mi número a los dos por si queréis consultarme lo que sea en cualquier momento o por si recordáis algo que no se haya dicho aquí y pensáis que puede ser importante. No dudéis en llamarme, ¿vale? —nos pidió a los dos, que asentimos dándole las gracias.

—Yo tengo una pregunta —dijo Nando muy serio mirando a Enola.

—Dime —le pidió ella también poniéndose seria.

—¿La comida y lo que surja sigue en pie, aunque ya hayamos hablado aquí de todo? —le preguntó poniendo carita de niño bueno, lo que nos arrancó grandes carcajadas a los tres.

—Hasta me podría saltar la comida y todo. ¿Qué te parece? —le contestó Enola comiéndoselo con los ojos.

—Me parece que es hora de irse —le contestó Nando poniéndose en pie a toda prisa, haciéndonos reír más.

Y aunque lo había dicho por seguirle la broma a Enola, la verdad es que ya había llegado la hora de irse, porque las dos horas de la visita habían llegado a su fin.

Antes de salir de la habitación y lejos de ojos curiosos, algo peligroso para nosotros, Micaela y yo nos despedimos con varios besos que nos supieron a poco a los dos, pero por desgracia no podíamos hacer mucho más.

Al terminar esa breve pero intensa despedida, los cuatro salimos de la habitación y, fuera, hablando con Pedro, estaba Hugo, que en cuanto nos vio se acercó a nosotros.

—No me he podido resistir a venir a comprobar si lo que me han dicho algunos funcionarios era cierto. Pero ya veo que no mentían ni un poco. La doctora tiene una doble —dijo Hugo riéndose.

—Hola, Hugo, te presento a mi hermana Enola, a la que puede que veas a menudo por aquí. Ahora es la abogada de Sergio —le dijo Micaela, acercándose a él para saludarle con dos besos, y Enola fue detrás de ella para hacer lo mismo.

—Encantado, Enola. Si eres igual de buena en lo tuyo como tu hermana en lo suyo, Sergio ha tenido mucha suerte. Espero de corazón que puedas ayudarle; es un buen muchacho que tuvo mala suerte —le dijo.

Aunque intenté guardarme para mí lo que sentía, no lo conseguí. Todos los presentes se dieron cuenta de lo que me emocionaron las palabras de Hugo.

—Gracias, Hugo, tus palabras significan mucho para mí —le dije un poco avergonzado y él no me dijo nada más para no avergonzarme todavía más; solo asintió con la cabeza sonriendo.

Hablamos unos minutos más y, por desgracia, Hugo volvió a su despacho. Enola, Nando y Micaela se marcharon por la puerta a la calle y yo, aunque esperanzado, volví con mi soledad a mi celda.

Capítulo 23

Micaela

Después de la corta charla que tuvimos con Hugo, el que había querido comprobar en persona que era verdad que tenía un clon, como bien dijo haciéndonos reír, salimos a la calle.

De camino al coche pensé en los sentimientos tan contradictorios que se agitaban dentro de mí.

Por una parte, estaba muy contenta; no, más que eso, estaba exultante de felicidad después de haber escuchado a Enola explicar todo lo que tenía pensado hacer para ayudar a Sergio. Estaba segura —y conociéndola bien— de que no descansaría hasta verlo salir por la misma puerta que acabábamos de cruzar nosotros.

Pero, al mismo tiempo, tenía un regusto amargo en la boca. La tristeza que había visto en los ojos de Sergio al vernos marchar y el hecho de saber que tenía que seguir allí encerrado me hicieron darme cuenta de lo solo que se sentía, aun estando rodeado de cientos de presos.

—Micaela, ¿quieres venir también a comer con nosotros? —me preguntó Nando.

Mi hermana me miró girando la cabeza demasiado rápido y, con la mirada, me dijo: «Ni se te ocurra aceptar». Tuve que apretar los labios con fuerza para que no se me escapara una carcajada al ver el ruego/amenaza de mi hermana.

—Te agradezco la invitación, pero tengo que ir a casa. Mi abuela se marcha de viaje en unos días y voy a ayudarla a preparar las cosas —le contesté.

Esa fue la primera excusa que se me ocurrió, y mi hermana volvió a mirarme y otra vez, con la mirada, me dijo: «Gracias, chata».

Cruzamos un par de frases más y Enola se marchó con Nando en el coche en dirección a León, que sería donde irían a comer y, seguramente después, lo harían el uno al otro. Yo me monté en mi coche y puse rumbo también a casa.

—Hola, cielo. ¿Qué tal la reunión? —me preguntó mi abuela nada más entrar por la puerta, sin ni siquiera dejarme quitarme los zapatos.

—Ha ido muy bien. Enola está segura de que las cosas saldrán bien y, si ella lo dice, yo la creo —le contesté.

Me dirigí hacia mi habitación para dejar el bolso, quitarme la ropa y ponerme algo cómodo, porque no tenía pensado salir más en toda la tarde.

—¿Dónde está tu hermana? ¿No va a venir a comer? —me preguntó mi abuela extrañada.

Y no solo porque nos habíamos ido juntas y no habíamos vuelto de la misma manera, sino también porque antes de irnos nos había dicho que ese día para comer habría pollo asado.

Ese era el plato favorito de las dos, bueno… y de cualquiera que probara cómo lo hacía mi abuela. Todo lo que cocinaba estaba rico, pero el pollo era para perder el sentido directamente. Solo con el olor que salía de la cocina ya se te hacía la boca agua.

—No viene a comer y no descarto que tampoco lo haga a dormir —le contesté a mi abuela guiñándole un ojo.

—Siéntate ahora mismo y cuéntame el chisme —me pidió agarrándome por el brazo con suavidad para sentarme en la cama ella misma.

Antes de empezar a contarle lo que había pasado entre mi hermana y Nando, tuve que esperar unos minutos para calmarme del ataque de risa que me dio por la manera que tuvo mi abuela de pedirme que la pusiera al día.

Cuando conseguí tranquilizarme, le conté cómo había presenciado el flechazo entre Enola y Nando y lo contentos que se habían marchado juntos a comer para seguir hablando y conociéndose mejor.

Mi abuela se alegró por mi hermana de la misma manera que lo había hecho días atrás cuando le conté lo de Sergio.

Al final nos comimos el pollo, pero a mi hermana le guardamos su parte, o bien para cenar o para el día siguiente.

El resto de la tarde mi abuela y yo hicimos sesión de cine y nos vimos tres películas seguidas, acompañadas, como no podía ser de otra manera, de chuches, palomitas, una taza de chocolate caliente y varias galletas más.

Cuando llegó la hora de cenar, ninguna de las dos teníamos hambre, así que con una infusión tuvimos más que de sobra antes de irnos a la cama. Como predije, mi hermana no llegó ni a cenar ni a dormir, o eso supuse porque cuando cerré los ojos, ya en mi cama y bastante tarde, aún no había vuelto.

Un olor delicioso demasiado cerca de mi cara me hizo abrir los ojos de golpe. Cuando centré la mirada, vi a mi hermana sentada a mi lado en la cama con una bolsa enorme llena de churros que balanceaba delante de mí.

—¿Llegas ahora y así de bien acompañada?

Me incorporé en la cama y le arrebaté un churro de la bolsa, que al llevármelo a la boca me hizo jadear de placer. *Dios, pero qué buenos estaban*, pensé relamiéndome.

—Sí, y aunque estos churros —me dijo moviendo la bolsa delante de mis ojos— son deliciosos, el que he tenido entre mis piernas toda la tarde y toda la noche era mucho mejor —me dijo haciendo que me atragantara.

—Serás guarra —le dije dándole un puñetazo en el hombro, aunque suavecito.

—Ni que tú fueras una santa, guapa. ¿Te recuerdo que has jugado con el churro del preso? —me dijo, haciéndome poner los ojos en blanco.

—El no dormir te hace decir más tonterías de lo normal —le contesté riéndome antes de salir de la cama.

—En lo de dormir tienes razón, ni dos minutos lo hemos hecho. A lo otro —se quedó un segundo pensativa antes de soltar—, no te la puedo dar, porque yo digo tonterías habiendo dormido y sin hacerlo.

—La abuela ya tiene chocolate hecho, o espabilas o no vas a comer ni un churro más hoy, al menos de estos, claro —añadió antes de salir por la puerta partiéndose de risa.

El desayuno transcurrió como ya era habitual entre nosotras: entre risas, confidencias y planes para el día. Aunque también Enola nos contó la maravillosa tarde y la noche que había pasado con Nando.

Que, aunque en un principio en mi cuarto dejó caer que no se habían desenganchado y no habían hecho otra cosa que tener sexo, no fue así.

Nos dijo que habían hablado mucho, que se habían contado parte de sus vidas. Que habían comido y cenado en dos restaurantes distintos y que sí, al anochecer, habían acabado durmiendo juntos en un hotel.

Al acabar el desayuno, cada una se fue a lo suyo: Enola al despacho, mi abuela a la compra y yo me marché a la prisión.

Los días fueron pasando y ya hacía un mes desde que empecé a trabajar en la cárcel.

Mis días no podía decir que fueran rutinarios; siempre había algo distinto en cada uno de ellos. Presos con dolencias diferentes, unas menos graves, como resfriados, tirones musculares y alguna que otra enfermedad de poca importancia.

Pero también había tenido casos más complicados. Una apendicitis para la que tuve que pedir traslado urgente al hospital.

Lo peor fueron dos navajazos: uno en un costado y otro en una pierna, en una pelea que tuvo lugar en el patio.

¿De dónde sacaban las armas? Pues a saber. O bien alguien de fuera las introducía de alguna manera que burlaba todas las medidas de seguridad, o las fabricaban ellos mismos con cosas que tenían a su alcance, echándole una imaginación asombrosa.

Con mis compañeros cada día me llevaba mejor, sobre todo con Daniel y con Hugo, los que se habían convertido en ese poco periodo de tiempo en dos amigos.

Por parte de Daniel, además de compartir con él casi todas mis horas de trabajo, también habíamos pasado bastante tiempo fuera de los muros de la prisión.

A los pocos días de empezar a trabajar allí, una tarde me acompañó al gimnasio donde Enola y yo entrenábamos. Le gustó tanto que acabó apuntándose y, desde entonces, cada vez que íbamos mi hermana y yo él también venía con nosotras.

Tantas horas juntos dieron para mucho y, sin darnos cuenta, ya sabíamos la vida el uno del otro al dedillo.

En una de esas charlas, Daniel acabó confesándome que era gay. También me contó que había tenido una relación con un chico, pero que no acabó nada bien.

Daniel se enteró de casualidad de que el chaval estaba casado y de que, para él, mi amigo solo era su sucio secreto. No tenía intención de dejar a su mujer ni de salir del armario, pero quería seguir con Daniel a escondidas y así se lo hizo saber.

Después de mucho pensarlo y con todo el dolor de su corazón, acabó por romper la relación, porque él quería vivir un amor libre y sin tener que estar escondiéndose.

Así que, por el momento, no quería saber nada de relaciones. De aquella historia había salido muy tocado.

Prefería salir algún día y, si tenía ganas de sexo, irse con algún chico que buscara lo mismo. Y al día siguiente, si te he visto, no me acuerdo.

A Hugo no le veía tanto como a Daniel, pero los ratos que habíamos pasado juntos comiendo, tomando café o charlando en los momentos que se pasaba por la consulta, nos habían acercado mucho. Era un hombre que se hacía querer, con un gran corazón y que siempre estaba dispuesto a ayudar a quien hiciera falta.

Pero lo mejor del mes que llevaba allí trabajando había sido, sin duda alguna, los momentos y las charlas que tenía con Sergio. Esos momentos os podéis imaginar cómo eran: intensos, pasionales, pero también rodeados de muchos sentimientos, todos ellos a puerta cerrada en mi despacho, claro.

Ese despacho se había convertido para nosotros en nuestra propia celda, el lugar donde vivíamos nuestra condena: tener ni más ni menos que un amor prohibido.

Eso era algo que, sobre todo, Sergio no llevaba nada bien: no poder disfrutar de nuestra relación como una pareja normal.

Muchas veces me decía que debería dejarle, que no me merecía, pero yo le quitaba esas ideas tontas de la cabeza a base de besos.

Que estuviera un poco bajo de moral y me dijera esas cosas era porque, hasta el momento, mi hermana y su investigador no habían encontrado nada.

Capítulo 24

Micaela

Otra vez lunes, pensé nada más abrir los ojos aquella mañana.

Para muchos ese día era un auténtico horror, el comienzo de otra semana interminable. Pero para mí, desde que trabajaba en la prisión, se había convertido en mi día favorito.

Después de dos días sin ver a Sergio, sin besarle, sin sentir el calor de sus manos ni perderme en esos ojos que me tenían completamente enamorada, el lunes siempre llegaba como una pequeña recompensa.

Porque sabía que en cuanto cruzara la puerta de la enfermería volvería a tenerle cerca.

Y eso significaba regresar a sus brazos después de un fin de semana que, sin él, siempre se me hacía demasiado largo.

Además, ese día tenía más ganas que nunca de llegar a la prisión. La tarde anterior, mi hermana se había presentado en casa completamente eufórica por lo que Fran, el investigador, había descubierto.

Por más que insistí, no hubo manera de que me lo contara. Se negó en redondo.

Lo único que me dijo fue que aquello podía ser decisivo para que Sergio quedara libre en poco tiempo. Según ella, durante esa semana dejaría todo preparado para organizar una nueva defensa y, cuando lo tuviera todo atado, pediría un vis a vis para que pudiéramos estar los cuatro juntos. Sería allí donde nos explicaría todo lo que habían descubierto.

Tenía tantas ganas de darle a Sergio esas buenas noticias que aquel día salí de casa media hora antes de lo habitual.

Mientras conducía hacia la prisión, no dejaba de pensar en la cara que pondría cuando supiera que todo estaba a punto de terminar y que pronto podría volver a ser un hombre libre.

Solo imaginarlo hacía que mi sonrisa fuera todavía más grande de lo normal cuando iba cada mañana a trabajar, sabiendo que él siempre estaba allí esperándome con esa sonrisa preciosa y alguna palabra bonita para darme los buenos días.

Pero toda la alegría y la sonrisa que llevaba en la cara se me borraron de golpe en cuanto llegué a la puerta y el chico al que yo le decía niño me dijo que había un auténtico caos dentro porque, durante la tarde anterior y la noche, muchos presos habían enfermado.

Entré corriendo y nada más pasar una de las puertas, me encontré con Hugo, que tenía tal cara de preocupación que hizo que todas mis alarmas se encendieran de golpe.

—Hugo, ¿qué está pasando? —le pregunté un poco alterada.

—No tengo la menor idea. Iba a salir al aparcamiento a ver si llegabas. No he querido llamarte por teléfono porque me he imaginado que estabas conduciendo. Yo he llegado hace apenas veinte minutos, lo justo para que algunos funcionarios me contaran que durante la tarde de ayer varios presos empezaron a encontrarse mal y que durante la noche el número de casos ha aumentado.

»Creen que puede ser una intoxicación alimenticia, pero quiero que seas tú quien me diga qué está pasando y qué debemos hacer. No tenemos personal suficiente para atender a tantos presos enfermos —me contó de carrerilla, visiblemente nervioso.

—¿Dónde están los que están enfermos? —le pregunté mientras los dos recorríamos los pasillos con rapidez.

—En sus celdas. Los funcionarios pensaron que era lo mejor. Los demás, trabajando o en el patio —me dijo abriendo la siguiente puerta —. ¿Les pedimos que vengan a la enfermería? —añadió cada vez más alterado.

—No. Si están en cama, lo mismo no pueden levantarse. Yo misma iré a los módulos —le contesté entrando en la enfermería para dejar el bolso y coger el fonendoscopio.

De momento, y sin tener ni idea de qué era lo que les pasaba, no cogí nada más.

—¿Estás segura? No tengo tantos funcionarios para que, si algunos se ponen violentos, puedan defenderte —me dijo cada vez más preocupado.

—Sé defenderme sola, Hugo —le dije tajante antes de salir por la puerta y echar a correr por el pasillo.

Con Hugo pisándome los talones entramos en el primer módulo. La cárcel tenía un total de cuatro, además del área de aislamiento, donde enviaban a los que liaban alguna como castigo.

Nada más cruzar la puerta, al oírme correr, algunos de los internos que estaban en sus celdas se asomaron para ver qué ocurría. Más que preocupación, pura curiosidad.

En cuestión de segundos, varios salieron al pasillo, atentos a cada uno de mis movimientos, esperando ver qué iba a hacer.

—¿En qué celdas hay enfermos? —le pregunté al funcionario que estaba allí.

—En este módulo hay cinco celdas en las que hay enfermos en la cama —me contestó, y pude ver en su rostro la misma cara de preocupación que tenía Hugo.

—Indícame cuáles, por favor —le pedí con la mano.

El funcionario empezó a andar deprisa y yo detrás de él de la misma manera, todo eso bajo la atenta mirada de todos los presos, que al verme aparecer habían dejado sus conversaciones aparte y guardaban silencio sin perderse detalle.

Entré en la primera celda que el chico me indicó. En ella estaban los dos presos que la ocupaban, tumbados en la cama. No parecían encontrarse muy mal, pero ambos tenían fiebre y estaban bastante pálidos.

Cuando le pedí a uno de ellos que se levantara la camisa para auscultarle, me quedé de piedra al ver las manchas en su piel. Joder, esperaba que fuera una coincidencia, porque si los demás tenían lo mismo las cosas se iban a poner muy feas, pensé.

Examiné a su compañero y, cuando levanté su camiseta y vi que tenía lo mismo, el mundo se me cayó a los pies.

Salí de allí con rapidez y le pedí al chico que me llevara a la siguiente celda. En esa solo había un interno, pero al examinarle vi que estaba en las mismas condiciones que los dos anteriores.

Fue entonces cuando ya no tuve ninguna duda sobre mi diagnóstico.

—Vamos fuera, necesito hablar contigo —le dije a Hugo, que esperaba junto a la puerta de la celda.

—¿No vas a mirar a los demás? —me preguntó confuso.

—Después. Antes tenemos que hacer otra cosa más urgente —le dije saliendo del módulo.

—¿Qué está pasando, Micaela? ¿Ya sabes lo que tienen? —me preguntó con el rostro desencajado al ver la preocupación en mi cara.

—Necesito que digas por los altavoces que todos los presos y los funcionarios vayan al comedor ya. Tengo que hablar con ellos. Hay que poner en cuarentena a los pacientes y aislar a los que no están contagiados para evitar que caigan también.

—¿Qué tienen? —me preguntó mientras corríamos a su despacho.

Me paré un segundo y cerré los ojos cogiendo aire antes de contestarle. Solo de pensar la que se nos venía encima estaba de los nervios y necesitaba coger aire unos momentos para calmarme y poder actuar con rapidez y profesionalidad.

—Sarampión —le dije después de soltar el aire de golpe.

Hugo me miró con horror y se echó las manos a la cabeza mientras se apoyaba en la pared para no caerse por la impresión.

—¿Estás segura? —me preguntó, no porque dudara de mi criterio, sino porque, esperanzado, esperaba que estuviera equivocada.

—Por desgracia, sí —le contesté—. Mientras vas al despacho, yo iré a la enfermería. Necesito ver cuánta cantidad de antitérmicos tenemos. Seguramente a todos los que enfermen les subirá la fiebre y es el medicamento que más voy a necesitar.

»Si el suministro que tenemos es escaso, habrá que pedir que nos traigan más con urgencia. También necesito comprobar cuánto tenemos de lo que hará falta si alguno de ellos empeora y desarrolla neumonía, por ejemplo, u otra complicación.

»En diez minutos nos vemos en el comedor —le dije antes de entrar en la enfermería, y le vi marcharse corriendo en dirección al despacho a hacer lo que le había pedido.

Al mismo tiempo que revisaba con rapidez, pero fijándome muy bien en todos los suministros que teníamos, pude oír a Hugo hablar por los altavoces, pidiendo —y fingiendo una calma que yo sabía que no sentía— que todos los internos, sin excepción, y todos los funcionarios acudieran al comedor sin dar ninguna explicación.

Diez minutos después entré en el comedor y fui directamente hasta donde estaba Hugo, en un lateral donde también estaban todos los funcionarios que trabajaban ese día. Las caras de preocupación de todos eran más que evidentes. Todos hablaban entre ellos, preguntándose unos a otros si sabían qué era lo que estaba pasando.

Ya al lado de Hugo, miré a los internos, que por orden de él, o eso pensé, se habían sentado cada uno en su sitio asignado para comer. En sus caras también había preocupación, confusión y enfado. Esto último supuse que sería por haberles sacado de su rutina, bien si estaban descansando, paseando en el patio o haciendo ejercicios.

Mi mirada fue, sin remedio, en busca de Sergio. Pero cuando vi que en la mesa en la que debía estar sentado su silla estaba vacía, el corazón me dio un vuelco.

Si no estaba allí solo podía estar en otro sitio: su celda.

Y ahí sí que el miedo se apoderó de mí, porque si él estaba enfermo, teniendo diabetes, el riesgo de complicaciones era mucho mayor que para el resto de los presos.

Capítulo 25

Micaela

—¿Están todos? —le pregunté a Hugo poniéndome a su lado.

—Sí, menos los que están en sus celdas enfermos, claro —me contestó resoplando.

—Hola —les dije a los funcionarios—. Para los que no me conozcáis, soy Micaela, la nueva doctora. Cuando termine de hablar con todos, cosa que haré en unos momentos; quiero que los que estáis en los módulos me hagáis una lista de los presos que están en la cama enfermos. Apuntad, por favor, el número de celda y su nombre al lado.

Todos asintieron y yo les di las gracias antes de girarme y caminar rápido hacia la mesa en la que me subí el día anterior.

Me subí de un salto, como el día anterior, y abrí la boca para empezar a hablar, pero uno de los presos que se sentaba en la misma mesa que Sergio me interrumpió.

—Doctora, ¿qué está pasando? Algunos compañeros están enfermos y a cada rato sale alguno más —me preguntó con visible preocupación en la voz.

—Para eso estoy aquí, para contaros lo que está pasando y para pediros colaboración. Si no hacéis caso a lo que os pida, las cosas se van a poner muy feas. Muchos más caerán enfermos y yo sola no podré hacer frente a todo —le contesté, pero mirando a todos los presentes.

»Lo que tienen los internos que están enfermos es sarampión.

El silencio se rompió al oírme decir eso y las preguntas y quejas empezaron a subir de nivel en tan solo un minuto.

—¡Silencio, por favor! —les pedí alzando la voz.

Todos se callaron al instante. Bien, pensé, al menos sí que parecía que me iban a obedecer.

—Sé que tendréis muchas preguntas, pero ahora no tengo tiempo de responderlas a todas. Esta enfermedad, aunque es más común en niños, como podéis ver, también ataca a los adultos, en los que es mucho más peligrosa.

»Por eso vamos a intentar que no haya más contagios. Todos los que estéis seguros de que ya la habéis pasado en algún momento de vuestra vida, poneos de pie, por favor, al fondo del comedor.

No tardaron ni dos minutos en hacerme caso y, gracias a Dios, más de la mitad de los internos se levantaron y fueron al fondo del comedor.

—¿Qué pasa con el resto? —me preguntó uno de ellos que estaba cerca de la mesa en la que estaba subida.

Le miré y asentí para que supiera que era lo siguiente que les iba a decir.

—Todos los que os habéis quedado sentados, independientemente de si tenéis síntomas o no, iréis en cuanto yo termine de hablar a vuestras celdas y no saldréis de allí hasta que no sepa el alcance de contagio que tenemos.

»Sé que es una putada lo que os estoy pidiendo, pero el sarampión en adultos es peligroso por las complicaciones que puede tener.

»A los que estáis de pie os pediría que, si podéis ayudar o vigilar al compañero de celda que tenéis en caso de que esté enfermo, os estaría muy agradecida. Toda ayuda es poca.

—Ya habéis oído a la doctora. Esto es algo serio que nos afecta a todos y tenemos que colaborar —dijo Hugo desde donde estaba.

Los internos asintieron al mismo tiempo.

—Bien, pues en marcha, cada uno a lo suyo —dije dando una palmada antes de saltar al suelo.

En cuestión de segundos empezaron a moverse en distintas direcciones y tuve que sonreír viendo cómo, a pesar de todo, cuando las cosas se ponían feas, los rencores, los delitos y las rencillas que tuvieran entre ellos quedaban en un segundo plano.

Seguían existiendo los muros que nos rodeaban, claro, pero los otros muros, esos que nosotros solos nos ponemos, esos se habían caído de golpe para unirnos ante la adversidad. Nos esperaban días duros en los que no existirían los barrotes, ni la enemistad, ni mucho menos el ir cada uno a lo suyo. Los siguientes días todos remaríamos en la misma dirección.

Salí del comedor con Hugo a mi lado y, cuando llegamos al pasillo que daba paso a los distintos módulos, me paré y le dije:

—Cuando los chicos me den la lista que les he pedido, iré a ver a todos los pacientes, pero ahora quiero ir a comprobar que los de esta lista no estén enfermos.

»Guíame, por favor. Ellos son prioritarios —le pedí a Hugo dándole el trozo de papel que llevaba en la mano desde que había salido de la enfermería minutos antes.

En dicho papel estaban los nombres de los internos que tenían enfermedades crónicas para los que contraer el sarampión sería muy peligroso. Entre los nombres de esa lista estaba Sergio, por supuesto, y si los demás me preocupaban, él estaba en el número uno de mi lista por los sentimientos que tenía por él.

—Son los siete que necesitan medicación inyectable diaria y los otros tres tienen cáncer —me dijo Hugo al leer los nombres.

Yo simplemente asentí con la cabeza. El nudo que tenía en la garganta pensando en cómo estaría Sergio no me dejaba ni hablar.

—Micaela, en esta lista está Sergio —añadió mirándome de una manera que me puso los pelos de punta.

¿Sabría lo que había pasado entre nosotros?, me pregunté muerta de miedo.

—Lo sé —le contesté.

Desvié la mirada hacia otro lado, por miedo a que pudiera ver en mis ojos el torbellino de emociones que estaba sintiendo en esos momentos.

—No te voy a preguntar algo que por mi posición, es mejor que no sepa. Pero sé que sientes algo por ese muchacho y él también por ti. Me di cuenta el día que os vi salir del vis a vis.

»Eso sin contar que he visto cómo os miráis cuando voy a la consulta. Si hasta me mira mal cuando nos ve irnos juntos a tomar un café o cuando estamos en la consulta charlando —me soltó así tan pancho, riéndose y yo no supe ni dónde meterme.

—Hugo… —empecé a decir buscando a toda velocidad una excusa, una mentira, algo, lo que fuera para no delatarnos.

—Espero que Sergio tenga suerte y tu hermana pueda sacarle de aquí. Es un buen hombre que se merece una segunda oportunidad y espero que tú estés con él cuando esa oportunidad llegue.

Con esas palabras me quedé mirándole con los ojos y la boca abiertos.

¿Qué coño quería decirme con eso?, me pregunté.

—¿Qué puedo decir? Soy un romántico al que le gustan los finales felices. Solo espero que si acabáis casados, me dejéis ser el padrino de la boda —añadió encogiéndose de hombros como si tal cosa.

Yo me quedé mirándole unos segundos antes de estallar en carcajadas. Me podría haber esperado cualquier cosa por su parte: una buena bronca, un despido o una sanción… pero que me pidiera eso, desde luego que no.

—¿Estás contagiado y tienes fiebre tan alta que te hace delirar? —le pregunté bromeando mientras acercaba mi mano a su frente para tocarle.

—No, eso no es posible. Pasé el sarampión siendo niño. Simplemente sé lo que es querer a alguien prohibido. Mi caso no es igual que el tuyo, porque tú te juegas tu trabajo, tu ética profesional se pondría en entredicho y la gente, que es muy mala, te criticará.

»Pero si aceptas un consejo, deja todo eso en un segundo plano. Si lo quieres de verdad, lucha por él. Antes o después saldrá de aquí y podréis tener un futuro juntos.

»Yo fui un cobarde y no tuve huevos a plantarle cara a todos y por eso le perdí. No hagas tú lo mismo o lo lamentarás el resto de tu vida —me dijo mirando al vacío y con la voz llena de dolor.

Oírle hablar de esa manera hizo que se me encogiera el corazón.

Me di cuenta de que Hugo se había refugiado en su trabajo y que sus risas, sus bromas y esa manera de ser tan despreocupada eran solo una fachada. Debajo de todo eso había un hombre roto que había perdido al amor de su vida y que se lamentaba y se echaba la culpa por ello.

—Quiero saber esa historia —le dije, agarrándole del brazo para que notara mi apoyo.

—Te la contaré tomando un café, pero no será hoy. Ahora tenemos cosas que resolver y lo mío ya no tiene solución —me dijo dedicándome una sonrisa sincera que le devolví de la misma manera.

—Te tomo la palabra. Ahora vamos a ver a los enfermos —le contesté mientras empezaba a caminar, entrando en el primer módulo.

Los primeros enfermos que visitamos fueron a los otros dos que, aparte de Sergio, tenían diabetes. Por suerte, ninguno de ellos estaba contagiado.

Uno había pasado el sarampión de pequeño. Al otro, aunque me dijo que no estaba seguro, le pedí —insistiendo mucho— que por favor no saliera de su celda y que tuviera, durante unos días, el menor contacto posible con el resto de los presos.

Puede que alguno, aunque no estuviera enfermo de momento, estuviera en periodo de incubación y eso era igual de peligroso.

Los tres siguientes a los que visitamos fueron los que tenían cáncer.

Ahí ya no hubo tanta suerte.

Dos de ellos estaban contagiados y, aunque no parecían estar especialmente mal porque apenas llevaban unas horas con los síntomas, sabía de sobra que irían a peor a medida que pasaran las horas.

Hugo llamó a Daniel por su comunicador interno y le comunicó, a petición mía, que llevara a los enfermos a la enfermería. Les tendría allí hasta que pasara el peligro. Era lo mejor para tenerlos vigilados.

Cuando entré en la celda en la que estaba Sergio y le vi, no me pude contener y me acerqué a él con rapidez. Cuando le toqué la frente y me di cuenta de que estaba ardiendo, me asusté muchísimo.

—Sergio, necesito moverte un poco, ¿vale? Tengo que mirarte la espalda y el pecho —le dije acariciándole el pelo, que tenía empapado.

Pero él estaba en tal estado de semiconsciencia que no me contestó.

—Lo tiene lleno de ronchas. Le he mirado cuando he venido hace unos minutos —me contestó su compañero de celda, que estaba escurriendo un paño de agua en el lavabo que tenían allí antes de acercarse y ponérselo en la frente.

—Eres Juanma, ¿verdad? —le pregunté mientras auscultaba a Sergio.

En una de nuestras conversaciones, Sergio, me había hablado por encima de su compañero de celda, con el que se llevaba muy bien, y al parecer no solo era eso.

Pude ver en la mirada de Juanma lo preocupado que estaba y su gesto de estarle poniendo paños de agua en la frente me dejó claro que le apreciaba y se preocupaba por él.

—Así es. Sé que por su condición puede empeorar más que el resto, pero no dejarás que le pase nada, ¿verdad? —me dijo muy preocupado.

—Daría mi vida por él —susurré para mí mientras le acariciaba la cara.

Supe que Hugo y Juanma me oyeron, pero me dio exactamente igual.

—Juanma, tú eres enfermero, ¿verdad? —le preguntó Hugo.

Al oírle decir eso me giré tan rápido que casi me caí de la cama donde estaba sentada al lado de Sergio.

—Lo era antes de tirar mi vida por la borda en un momento de desesperación —le contestó con pesar.

Hugo y yo nos miramos y nos entendimos sin decir ni una sola palabra. Iba a necesitar ayuda y estaba segura de que Juanma no se negaría a prestármela.

—Juanma, te necesito a mi lado en la enfermería. Yo sola no podré con todo —le dije levantándome de la cama.

—Me encantaría ayudar, pero no puedo tocar material ni mucho menos administrar medicamentos ni poner vías. Lo mismo allí estorbo más que ayudo —me contestó con pesar e impotencia.

—Esta es una situación especial. Haremos una excepción. Confío en ti, no me decepciones —le dijo Hugo muy serio.

—No lo haré —le contestó con la misma seriedad.

—Vale, pues aclarado todo, necesito que me ayudéis a llevar a Sergio a la ducha. Tenemos que quitarle el sudor del cuerpo antes de que las ronchas se infecten. Después le llevaremos a la enfermería y le pondremos una vía para intentar bajar esa fiebre —les pedí a los dos.

Entre los tres llevamos a Sergio a las duchas y, mientras ellos le sujetaban, yo le fui quitando la ropa. El primer chorro de agua que le cayó en la cabeza, mientras yo preparaba el jabón, pareció espabilarle o al menos hizo que abriera los ojos.

—Micaela, ¿qué haces? —me preguntó confundido al verse desnudo delante de mí y sintiendo mis manos por todo su cuerpo—. Si esto es un sueño, no quiero despertarme y si es real, en cuanto pueda sostenerme, te quitaré la ropa —añadió haciéndonos reír a todos.

Estaba claro que quien hablaba por él era la fiebre… o eso quise pensar.

Lo que sí que di gracias es que fueran Hugo y Juanma los que estaban allí con nosotros y no otras personas, porque si no se podría haber liado muy gorda.

—Es real, chaval, pero no estás tú para muchos trotes hoy. Ni para quitarle la ropa ni para nada en realidad. Ya tendrás tiempo para eso cuando te pongas bien y salgas de aquí —le dijo Juanma riéndose.

A esas risas se unió Hugo y yo solo pude ponerme como un tomate de roja.

Terminamos de ducharle y le pusimos ropa limpia. De ahí, entre los tres, lo llevamos a la enfermería.

Cuando Daniel nos vio entrar por la puerta, su cara de preocupación fue muy evidente. También pasaba muchas horas con Sergio y le apreciaba mucho. Verle en ese estado no era plato de gusto para nadie, mucho menos para mí, que estaba de los nervios pensando que podría empeorar.

Capítulo 26

Sergio

Abrí los ojos, que me pesaban como si tuvieran dos piedras encima. Me pesaban tanto como lo hacía mi cuerpo, que me dolía como si me hubiera atropellado un camión. Miré a mi alrededor y reconocí la enfermería, pero no se veía como siempre; había más camas que antes.

¿Por qué estaría allí tumbado?, me pregunté.

Cerré los ojos e intenté buscar en mi cabeza alguna pista de por qué podría estar allí. Varios flashes empezaron a venir enseguida a mi cabeza.

En uno estaba totalmente desnudo en la ducha, sujeto por alguien mientras Micaela me enjabonaba. En otro la oía dando órdenes a alguien, pidiéndole algún medicamento o que pusiera una vía. También llegaron a mi cabeza imágenes de Juanma, Daniel y Hugo hablándome, pero no era capaz de recordar qué me decían.

Pero un recuerdo en concreto —si es que lo era, porque no estaba seguro; lo mismo lo había soñado y no sabía distinguirlo— volvió a mi mente. En él, Micaela estaba sentada a mi lado y me hablaba muy bajito. Me concentré en recordar las palabras que me había dicho.

—Vamos, Sergio, no me puedes hacer esto, cariño, no puedes dejarme ahora.

—Tienes que luchar por ponerte bien, tengo muchas cosas que contarte.

—Venga, cielo, ahora que te he encontrado no puedo perderte, eres el amor de mi vida.

Esa última frase iba acompañada de sollozos y dicha con dolor y preocupación. Eso hizo que se me encogieran las entrañas, porque me di cuenta de que no habían sido un sueño.

En ese momento recordé todo lo demás: cómo había empezado por la noche a encontrarme mal, cómo noté que me picaba el cuerpo y cómo me subía la fiebre. Había estado enfermo, ahora estaba seguro. Es más, la palabra sarampión apareció con claridad en mi mente, porque recordaba habérsela oído decir tanto a ella como a los demás varias veces.

Intenté incorporarme en la cama. Necesitaba verla, necesitaba decirle que ella también era el amor de mi vida y que no pensaba irme a ningún sitio. Quería pedirle que me esperara. Podía sonar muy egoísta por mi parte, pero no era así. Aún tenía la esperanza de que Enola me ayudara a salir pronto de allí y poder vivir con libertad y gritar a los cuatro vientos cuánto la quería.

Porque sí, la quería con locura. A pesar de las circunstancias y del lugar en el que estábamos, el último mes a su lado había sido el mejor de mi vida.

—Oye, chaval, tranquilo, no te levantes —me dijo Juanma sujetándome por los hombros para que volviera a tumbarme.

Pero un minuto después me puso una almohada detrás de la cabeza para que estuviera más incorporado.

—¿Quieres agua? —me dijo hablando tan bajito que apenas podía oírle.

Asentí y le seguí con la mirada, viendo cómo cogía un vaso de una mesa con una pajita.

Me lo acercó a la boca, que la tenía como un estropajo, y cuando el agua resbaló por mi garganta, sentí que hasta recuperaba un poco las fuerzas.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Dónde está Micaela? —le pregunté ansioso.

En ese momento se me vino un pensamiento a la cabeza que me encogió el corazón. ¿Y si ella también había enfermado? ¿Y si estaba tan mal que no había podido venir a trabajar? ¿Y si…?

Muchos «y si» me taladraron la cabeza.

Juanma, al ver que mi cara se descompuso por estar pensando cosas tan negativas, enseguida me sacó de dudas.

—Mira —me dijo señalándome a la última cama que había en la enfermería—. Está ahí durmiendo. No hables alto. Necesita descansar, estaba totalmente agotada.

Lo dijo susurrando, a la vez que la miraba con admiración y cariño.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué está durmiendo aquí y no se ha ido a casa? —le pregunté susurrando como me había pedido.

—Lleva diez días sin salir de aquí. En cuanto te trajimos a esta cama, se negó a marcharse y dejarte solo —me dijo.

Le miré alucinado por sus palabras. Joder, si tenía alguna duda de que esa mujer me quería, se acababan de ir de un plumazo.

—Estos días han sido un puto caos. Yo tampoco me he marchado a mi celda a dormir ni una sola noche; solo he salido de aquí para ducharme y comer —me dijo sentándose en una silla a mi lado con gesto de cansancio.

—¿He estado diez días fuera de combate? —Juanma asintió sonriéndome—. Cuéntame qué ha pasado —le pedí ansioso.

Juanma me contó todo lo que había pasado desde el momento en el que Hugo les pidió una mañana, hacía ya diez días, que fueran todos al comedor.

Allí, Micaela, tomó el mando, les explicó que había un brote de sarampión y les dio las directrices a seguir a partir de ese momento. Dónde tenían que ir los que ya lo habían pasado; a los que en ese momento no estaban contagiados les pidió que se quedaran en sus celdas y evitaran juntarse con nadie.

Los enfermos crónicos, como era mi caso, fueron a los que primero atendió. Los que estábamos contagiados fuimos en ese mismo momento a la enfermería y el resto a aislamiento.

Me contó que, cuando fue a mi celda a verme, allí mismo Hugo y ella le pidieron que la ayudara en la enfermería y él aceptó encantado. Sabía —porque lo habíamos hablado muchas veces— que una de las cosas que más lamentaba Juanma desde que cometió el delito, intentando salir de una situación desesperada, era haber perdido su trabajo, algo que le encantaba.

Cuando me dijo que aquello había sido un puto caos, en un principio no pude imaginar cuánto. Pero al contarme que casi un treinta por ciento de los presos habían acabado contagiados, supe que más que un caos aquello había tenido que ser un infierno.

Me dijo que Micaela y él se habían pasado los días visitando las celdas de los que parecían estar peor, aparte de atender a los diez más graves que estábamos en la enfermería.

Siete días después las cosas habían empezado a calmarse y en ese momento la crisis ya estaba controlada. Ya no había nadie con fiebre excepto yo, que de todos los enfermos era el que había estado peor.

Por eso era el único que seguía en la enfermería. Ser enfermo crónico de diabetes había hecho que un simple sarampión en mí se complicara, hasta el punto de temer por mi vida.

—Su abuela y su hermana han venido todos los días a traerle ropa y comida para un regimiento. Vaya manos que tiene esa mujer en la cocina —me dijo Juanma relamiéndose y haciéndome reír.

Lo que acababa de decir ya lo sabía por boca de Micaela. En alguna ocasión me había dicho que su abuela, Asun, era la mejor cocinera del mundo y, por las palabras de Juanma, comprobé que no exageraba ni un poquito.

—Sergio, macho, qué alegría verte despierto. Joder, qué susto nos has dado —me dijo Daniel, que acababa de entrar en ese momento por la puerta y traía dos cafés en la mano.

Uno de ellos se lo dio a Juanma antes de sentarse.

—¿No quedaba bizcocho? —le preguntó Juanma antes de dar un sorbo al café.

—Qué va, son unos buitres. En cuanto se han enterado de que Asun vino esta mañana y trajo dos bizcochos, todos se han pasado por la sala de descanso y no han dejado ni las migas —me contestó frunciendo el ceño.

—¿Conoces a la abuela de Micaela? —le pregunté extrañado por la familiaridad con la que hablaba de ella.

—Sí, y a Enola también. Los primeros dos días fui yo quien fue a casa de Micaela para traerle ropa y sus cosas de aseo. Cuando las cosas se pusieron feas y decidí quedarme con ella aquí para ayudar en todo lo que pudiera, ya han sido ellas las que han venido a diario —me contestó sonriendo.

Ahí fue cuando me di cuenta, al mirarle, de que tenía la misma cara de cansancio acumulado que Juanma.

—Vaya, tenéis reunión y no me habéis avisado —dijo Hugo entrando con paso cansado en la enfermería.

Otro que tenía una cara de cansancio que daba miedo.

—¿Cómo estás, muchacho? —me preguntó antes de coger una silla y sentarse al lado de los otros dos.

—No puedo decir que bien porque me duelen hasta los pelos que no tengo, pero contento de estar despierto y poder veros a todos —le contesté antes de mirar hacia la cama donde estaba Micaela.

—Aunque hubiera querido ocultar lo mucho que te quiere, no hubiera sido posible. No había visto a nadie en mi vida sufrir tanto como la he visto hacerlo a ella pensando que te perdía —dijo Hugo mirándola con mucho cariño, al igual que lo hicieron Daniel y Juanma.

—Es una luchadora. Ni estando exhausta ha dejado ni un minuto de cuidarte. Tienes mucha suerte. Ojalá yo también encuentre a alguien que me quiera así —dijo Daniel, mirándola primero a ella.

Pero un segundo después miró a Hugo de una manera que me dejó helado.

Había sido una mirada fugaz, pero en ella vi deseo… y algo más que no supe distinguir.

Y si eso me sorprendió, lo que vi después ya sí que me dejó perplejo.

Hugo miró a Daniel de reojo y vi ese mismo algo que también había visto en el otro.

¿Pero cuántas cosas me había perdido en diez días?, me pregunté.

Porque no sabía qué era lo que se traían esos dos, pero estaba claro que se traían algo. La manera en la que se habían mirado no era la de un jefe y un empleado cualquiera que se llevan bien.

Entre esos dos había tema, estaba seguro.

Capítulo 27

Sergio

Los cuatro seguimos charlando un rato. Ellos me siguieron contando cómo de locura habían sido esos diez días que estuve ausente, hasta que un grito nos sobresaltó y nos hizo sonreír a partes iguales.

—¡Sergio! —dijo Micaela mientras corría hacia mi cama y se lanzaba a mis brazos, echándose a llorar al verme despierto.

—Ya está, nena, tranquila —le dije acariciándole la espalda y besando su cara por todos los sitios: sus mejillas, su frente y finalmente sus labios. Esos labios a los que era adicto desde la primera vez que los probé.

—Chicos, hora de ir a comer algo. Démosle a la parejita un poco de tiempo a solas —dijo Hugo poniéndose en pie.

Cuando Hugo dijo eso, vi cómo Micaela se ponía roja como la grana y escondía su cabeza en mi cuello para que no la vieran.

Los tres salieron por la puerta y nos sonrieron con miradas cómplices. Pensé en la suerte que habíamos tenido de tener a nuestro lado a tan buena gente, que habían respetado y entendido nuestro amor. Si no hubiera sido así habríamos tenido muchos problemas, porque a la vista del mundo, lo nuestro era un amor prohibido.

—¿Cómo estás? ¿Te duele algo? Déjame ver si tienes fiebre —me dijo intentando separarse de mi lado para ir a buscar un termómetro.

—Estoy cansado, pero estoy bien. Y no tengo fiebre, Juanma me lo ha mirado cuando me he despertado —le dije para que se tranquilizara.

—Gracias a Dios —me dijo con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Necesitas algo? ¿Agua, comer algo…?

No la dejé seguir hablando. Tiré de ella y la tumbé a mi lado, quedando medio cuerpo suyo encima del mío.

—Lo único que necesito ya lo tengo: a ti a mi lado —le contesté antes de acercar mi cara a la suya para besarla.

El beso, como siempre que juntábamos nuestros labios, empezó a subir de intensidad y en pocos segundos los dos estábamos excitados.

—Sergio, no podemos. Has estado muy grave y aún estás muy débil —me dijo separándose un poco de mí.

—Hoy te voy a hacer caso porque no podría hacerte todo lo que quiero sin desmayarme, pero en cuanto esté bien pienso recuperar el tiempo perdido —le contesté haciéndola reír.

»Oye, ¿qué hay entre Hugo y Daniel? Y no me digas que nada, porque las miraditas que se echan el uno al otro de reojo son para alucinar. Dime que tú también lo has visto.

—Claro que lo he visto. Llevan tiempo así, pero son dos tontos que no se atreven a dar el paso. Los dos han tenido malas experiencias en el amor y no quieren volver a sufrir.

»Me he callado estos días porque no era el momento de ponerles en orden, pero ahora que el huracán ha pasado me van a oír, vaya que sí. Esos acaban juntos, como que me llamo Micaela —me dijo muy convencida.

Cuando se le metía algo en la cabeza, no cejaba en su empeño hasta que lo conseguía, y si se había empeñado en que Hugo y Daniel acabaran juntos, acabarían, de eso estaba seguro. Y me alegraba mucho por ellos; eran dos buenos tíos a los que les deseaba toda la felicidad del mundo.

—¿Cómo están tu abuela, Enola y Nando? —le pregunté mientras la tumbaba sobre mi pecho para acariciarle el pelo.

—Mi abuela está estupenda. Nos ha ayudado mucho. Todos los días ha venido con Enola cargada de comida para todos los que estábamos viviendo aquí.

Las dos últimas palabras las entrecomilló para que supiera que hablaba de los funcionarios que se habían quedado allí sin irse a sus casas para ayudar, además de Daniel, Hugo y Juanma, que según me habían contado, como era el ayudante de Micaela, también había tenido el privilegio de comer en algunas ocasiones los deliciosos platos de Asun.

—A mi hermana y a Nando los verás el domingo. Estábamos pendientes de que despertaras porque mi hermana está como loca por hablar con todos y contarnos sus avances.

—¿Han descubierto algo? —le pregunté más esperanzado que nunca.

—Así es. Y aunque no me ha querido decir el qué, sé que tiene que ser algo muy bueno, porque el día antes de que empezara todo este lío me dijo que ya estaba preparando todo para que fueras libre.

»Lo ha parado hasta que te recuperaras. Pero luego la llamaré para decirle que en unos días estarás totalmente recuperado.

Me lo explicó con los ojos brillando de lo contenta que se sentía porque mi situación, según las palabras de su hermana, cambiaría en breve y sería libre.

Y no solo libre por salir de esos muros, sino también libre para gritar a los cuatro vientos lo mucho que amaba a la mujer que en esos momentos tenía entre mis brazos.

La siguiente hora la pasamos abrazados y charlando de todo lo que había ocurrido durante los diez días que estuve ausente.

No sabría decir quién de los dos cayó primero, pero al final acabamos durmiéndonos en la misma posición en la que estábamos.

El cansancio que arrastrábamos pudo con nosotros y, contra todo pronóstico, nuestra primera noche durmiendo juntos la pasamos dentro de la prisión.

Eso sería, sin duda, una buena anécdota para contársela algún día a nuestros nietos.

El día que salí del estado febril en el que había estado fue un martes. Los siguientes cinco días, hasta que llegó el domingo, estuve: los tres primeros aún en la enfermería, bajo los cuidados de Micaela, que se negó a marcharse a su casa hasta que yo no volviera a mi celda.

El viernes ya estaba casi cien por cien recuperado y por fin me fui a mi celda. No porque quisiera, porque estaba encantado de estar allí en la enfermería, sobre todo por las noches, esas que habíamos dormido juntos, todas y cada una de ellas; sin hacer nada, eso sí, solo dormimos abrazados.

Me fui porque quería que ella saliera de esos muros en los que no se merecía estar solo por mí. Necesitaba ir a su casa y ver a su abuela y a su hermana algo más que diez minutos al día, que era todo lo que se habían visto durante aquellos días desde que ella se había quedado al cuidado de todos.

Y por fin llegó el domingo.

Ese día me levanté con un estado de nervios que no recordaba haber tenido nunca. Apenas pude probar bocado; tenía el estómago encogido.

Podía ser el día en el que Enola me diera la mejor de las noticias y, hasta que no tuviera esa información en mi poder, no podría calmarme.

Nando siempre había pedido las visitas de vis a vis de once a una, que eran las dos horas que siempre nos veíamos. Pero ese domingo Micaela ya me había avisado de que fuera a las diez porque la visita se alargaría a tres horas.

—Dentro está esperándote ya tu abogada o el clon de la doctora, como la llamamos por aquí —me dijo Pedro cuando me abrió la puerta.

Eso me extrañó, porque no me esperaba que Enola viniera sola. Pero cuando Pedro cerró la puerta, la sonrisa me salió sola: la que estaba allí era Micaela y no su hermana.

—¿Mi abogada, eh? —le dije echándome a reír.

—Ventajas de gemelas a las que casi nadie distingue —me dijo encogiéndose de hombros.

—¿Y qué pretende esta gemela haciéndose pasar por su hermana? —le pregunté acercándome a ella como un felino hacia su presa.

—Pasar una hora los dos solos, sin que los demás sepan que soy yo —me dijo antes de sacarse el vestido que llevaba por la cabeza y quedarse completamente desnuda.

Eso de que no llevara ropa interior me puso como una moto.

—Una de las mejores ideas que ha tenido en la vida, doctora —le contesté agarrándola por fin por la cintura y lanzándome a sus labios para devorarla a placer, sin prisas y sin miedo a que nadie pudiera descubrirnos.

La tumbé en la cama y, después de besarla hasta que a los dos nos faltó el aire, seguí bajando por su cuerpo sin dejarme ni un solo rincón de su piel sin besar.

Me detuve un buen rato, sobre todo en sus pechos, besando y succionando sus pezones mientras, con mi mano, le daba todo el placer del que fui capaz entre sus piernas, arrancándole el primer orgasmo. Ese en el que se retorció entre mis brazos, chillando mi nombre cuando alcanzó el clímax.

Mi siguiente paso fue seguir bajando por su cuerpo hasta hundir mi cabeza entre sus piernas.

Recorrí su vagina con la lengua, degustándola con calma, mientras Micaela no dejaba de jadear y pedirme que no parara.

Y no paré, claro que no lo hice.

Introduje mi lengua en ella para darle el máximo de los placeres mientras que con dos de mis dedos acariciaba su clítoris, llevándola en pocos minutos hasta alcanzar otro orgasmo que la dejó derrotada en la cama.

En lo que me quité la ropa, bajo su atenta mirada, le dio tiempo a recuperarse. Cuando me fui a acercar a ella, me paró con una mano y, sorprendiéndome, se dio la vuelta arrodillándose en la cama para que la penetrara desde atrás.

Sonreí para mis adentros al verla ponerse en esa postura. Yo mismo le había confesado en una de nuestras conversaciones que me moría de ganas por follarla de esa manera y estaba claro que quería darme la oportunidad de cumplir ese sueño.

No desaproveché la oportunidad que me ofrecía.

Me acerqué a ella y la penetré de una sola estocada. Agarré su pelo con una de mis manos y, con la otra en su cadera, bombeé en su interior a un ritmo frenético hasta que, entre jadeos y gritos, nos corrimos los dos a la vez.

Capítulo 28

Micaela

El viernes, por fin, se acabó el infierno que habíamos tenido que vivir todos dentro de aquella prisión. Al final, la epidemia de sarampión se complicó más de lo que pensé en un primer momento, pero gracias a Dios todo terminó bien.

No tuvimos que lamentar ninguna muerte porque, sí, algunos estuvieron lo bastante enfermos como para temer por su vida. Entre ellos, Sergio. Él fue el que peor lo pasó de todos, llegando a temer por su vida en varias ocasiones.

Por suerte, tampoco ninguno de los presos tuvo que ser hospitalizado.

A los cuatro días de que Sergio tuviera tanta fiebre que sus delirios daban miedo y que incluso sufriera convulsiones en un par de ocasiones, llamé a emergencias. La verdad es que no tardaron mucho en venir.

Después de revisarle, me dijeron que en el hospital estaría en el mismo estado en el que estaba allí, que con controlar la fiebre era suficiente. Solo lo ingresarían si llegaba a desarrollar neumonía, cosa que por suerte, no pasó.

Como he dicho, por fin el viernes, y después de tres días en los que volvió en sí y ya no estuvo inconsciente en ningún momento, él volvió a su celda y yo, por primera vez en catorce días, volví a mi casa.

Fue contradictorio porque tenía unas ganas locas de pillar mi cama y estar en mi hogar, pero por otro lado, me dio mucha tristeza separarme de Sergio. Las últimas noches, desde que se despertó, habíamos dormido juntos y era, al menos para mí, la mejor sensación del mundo.

Ese viernes, cuando llegué a casa, lo primero que hice fue darme una larga ducha y de ahí me fui a la cama, aunque solo eran las siete de la tarde. Estaba tan cansada que necesitaba dormir. Y sí dormí, como que no me levanté hasta la hora de la comida del sábado.

Allí, en la cocina, me estaban esperando mi abuela y mi hermana, a las que apenas había visto el día anterior. Cuando llegué me vieron tan cansada que no me preguntaron nada, aunque sabía que se morían de ganas.

Eso sí, mientras comíamos la deliciosa paella que había preparado mi abuela, no me libré de un interrogatorio de más de dos horas en el que tuve que contarles todo sin dejarme ni un solo detalle.

Por la tarde, mi abuela se fue al cine con sus amigas y mi hermana también salió a dar un paseo y a cenar con Nando.

Su relación, aunque a distancia entre semana, cada vez iba mejor. Se les veía más unidos y enamorados, y eso me alegraba muchísimo.

Por fin mi hermana había dejado de besar sapos y había encontrado a su príncipe.

Los dos me insistieron en que saliera al menos a dar un paseo con ellos, pero les puse la excusa de que aún seguía cansada y que prefería quedarme en casa. La verdad era que necesitaba quedarme unas horas sola para hacer algo que no podía dejar pasar por más tiempo, ya que era algo que llevaba días sospechando.

En cuanto mi hermana y mi abuela se marcharon, me puse un chándal y unas deportivas y me fui a la farmacia más cercana. En apenas quince minutos estuve de vuelta y, en la soledad del baño, saqué, muerta de miedo, aquel palito que me diría si mi vida estaba a punto de cambiar otra vez y para siempre.

Me quedé mirando la prueba de embarazo que tenía en mi mano cinco minutos después de hacérmela y sí, bien clarito, allí salieron dos rayitas para decirme que mi vida iba a cambiar, al igual que lo haría mi cuerpo en los próximos meses.

La llantina que cogí fue impresionante, pero sorprendentemente no fue porque estuviera triste o porque me hubiera tomado a mal la noticia, sino todo lo contrario. Mis lágrimas fueron todas de emoción y alegría al pensar que un hijo mío y de Sergio crecía en mi interior.

Ser madre era una de las cosas que siempre había tenido claro que quería ser. Supongo que haber tenido una infancia como la que tuvimos Enola y yo me dejó marcada y siempre quise tener hijos para darles todo aquello que nosotras no tuvimos.

Y no hablaba de cosas materiales, sino de comprensión, cariño y estabilidad. Todas esas cosas, y muchas más, que a nosotras, teniendo los padres que tuvimos, siempre nos faltaron.

Decidí no contárselo a nadie. Quería decírselo a Sergio en primer lugar y, si podía ser fuera de la prisión, mucho mejor. Así que mi pequeño tendría que seguir siendo un secreto un poco más, hasta que todo se resolviera, cosa de la que estaba segura de que pasaría en poco tiempo.

El domingo me levanté muy contenta. Ese día tocaba visita a la cárcel. En eso habíamos quedado los cuatro: para enterarnos por fin de qué era lo que entre Fran y mi hermana habían descubierto.

Pero antes de que eso pasara, tenía una sorpresita que esperaba que a Sergio le gustara. Había sido idea de mi hermana, que siempre era la más liosa, pero en esa ocasión no puse ni una sola pega.

Llegué a la prisión a la hora acordada y entré por la entrada de las visitas. Pasé por los controles de seguridad, saludando a todos con amabilidad, y llegué hasta donde estaba Pedro.

—Buenos días, vengo a ver a mi representado, Sergio Serrano —le dije a Pedro haciéndome pasar por mi hermana.

Sí, esa era la sorpresa. Estaría una hora a solas con Sergio en la sala del vis a vis, haciendo creer a todos que era Enola. Ella y Nando vendrían más tarde y entrarían como si fuera yo. Alguna ventaja debería tener que nadie nos distinguiera, ¿no? Pues ese día lo aprovecharía.

—Pasa, en nada llegará Sergio. ¿Micaela vendrá más tarde? —me preguntó Pedro.

—Sí, ella vendrá con su amigo. Mientras tanto nosotros iremos hablando de su caso —le contesté sonriendo y él asintió.

Entré en la habitación y no tuve que esperar ni cinco minutos hasta que apareció Sergio por la puerta. Cuando le vi entrar, en su mirada había confusión, pero en cuanto me vio, la sonrisa le salió sola en cuanto me reconoció.

Hubo pocas palabras entre nosotros. Nuestro primer encuentro fue brutal; en él descargamos todas las ganas que teníamos acumuladas en nuestro interior.

Pero luego tuvimos un segundo encuentro y en ese ya dejamos salir todo lo que sentíamos el uno por el otro. Hubo caricias, besos y miradas que lo dijeron todo. También salieron de nuestras bocas muchos «te quiero».

Pasamos un momento de lo más especial. Solo esperaba que mi hermana pudiera solucionar todo pronto y pudiéramos tener más momentos como ese, pero fuera de allí.

—Es hora de vestirse, mi hermana y Nando están a punto de llegar —le dije a Sergio mientras le acariciaba el pecho con la mano.

—Ojalá todo se solucione pronto. Necesito tenerte a mi lado sin horarios, sin tener que estar vigilando siempre que te doy un beso nuestra espalda por si alguien nos ve y sin tener que esconder y callar lo mucho que te quiero —me dijo con pesar.

—Yo también te quiero, muchísimo. Ya verás que en menos de lo que piensas estás fuera —le dije para animarle.

Me sentó encima de él, a horcajadas, para besarme y, como nos pasaba siempre que uníamos nuestros labios, en cuestión de segundos los dos ya estábamos encendidos. No nos pudimos resistir y, así, en esa misma posición, volvimos a unir nuestros cuerpos.

Ni dos minutos después de terminar de ponernos la ropa, llamaron a la puerta y, al abrirla, por ella entraron Enola y Nando sonriendo. Mi hermana se despidió de Pedro en la entrada mostrando la familiaridad que yo usaría con él al ser mi compañero y, cuando cerró la puerta, los cuatro nos echamos a reír.

—Menos mal que nosotros sí las distinguimos; si no, cualquier día nos podríamos llevar un susto —le dijo Nando bromeando a Sergio antes de saludarle con un gran abrazo.

Sabía por boca de mi hermana que Nando había estado muy preocupado por Sergio todos los días que había estado enfermo. Aunque yo misma le había llamado en varias ocasiones para tranquilizarle, sabía que no se quedaría del todo tranquilo hasta que pudiera verlo.

Según mi hermana, llevaba ansioso porque llegara el domingo desde que el viernes se enteró de que por fin podría ver a su amigo.

—Tío, me alegro mucho de que ya estés bien. Joder, me has tenido en un sinvivir todos estos días. Menos mal que estaba Micaela y he podido hablar con ella a diario. Si hubiera estado el otro médico, me habría dado un puto infarto sin tener noticias tuyas tantos días —le dijo con pesar.

—Ya pasó. Gracias a Dios, mi chica me ha cuidado muy bien y ahí dentro tengo buenos amigos que también han hecho su parte —le contestó Sergio.

—Cuñado, me alegro de que estés recuperado —le dijo mi hermana dándole un abrazo.

Vi cómo Sergio se emocionaba al oírla llamarlo así.

—¿Nos sentamos? —les pregunté señalando la mesa.

—Sí, será lo mejor, porque cuando os cuente lo que hemos averiguado, lo mismo os caéis al suelo de culo si estamos de pie —me contestó mi hermana sentándose la primera en una de las sillas y empezando a sacar papeles del maletín que había traído cuando me había hecho pasar por ella.

—Venga, vamos a ello, que nos tienes en ascuas. Mira que no contármelo ni a mí. Ni con todas las cosas que le he hecho en la cama para disuadirla he conseguido que suelte ni una sola palabra, ¿os lo podéis creer? —dijo Nando poniendo un puchero que nos hizo reír a los tres a carcajadas.

—Bien, ¿estáis preparados? —nos preguntó Enola.

Los tres asentimos.

—Pues agarraos fuerte porque vais a flipar —añadió.

Capítulo 29

Sergio

Cuando nos sentamos los cuatro en la mesa, decir que estaba nervioso era poco. La realidad es que estaba atacado, y eso que me había quedado muy relajado después del maravilloso rato que había pasado en la cama con Micaela.

Pero fue sentarme allí y ver que Enola estaba a punto de decir algo que seguramente cambiaría mi futuro más inmediato y empezó a temblarme todo el cuerpo.

—Tranquilo, ¿vale? Estoy contigo —me susurró Micaela, que se había dado cuenta perfectamente del estado en el que estaba.

—Gracias, no tendré vida suficiente para agradecerte todo lo que has hecho por mí —le contesté cogiéndole la mano.

—No me tienes que dar las gracias por nada. Todo lo que he hecho lo he hecho porque te amo —me dijo acabándome de rematar.

Joder, yo también la amaba, más que a nada ni a nadie, pero no quise decírselo allí ni en ese momento. Preferí esperar el momento perfecto.

—Vale, como sospeché desde el principio, el cabrón de Guillermo está metido en el ajo —dijo Enola así, sin anestesia, dejándonos a todos pasmados.

—Explícate, por favor —le pedí entre dientes, porque mi nerviosismo, en el momento en que dijo eso, se transformó de repente en un enfado profundo.

—Vuestro querido amigo Guillermito —dijo con retintín— está liado con tu ex desde hace ni sabemos cuándo, pero ya te digo que bastante —añadió dejándonos planchados.

Su puta madre, pensé cagándome en todo. En serio, ¿mi amigo y mi mujer me la habían estado pegando a mis espaldas y yo había estado tan ciego que no había sospechado nunca nada?

—¿Estás segura? Porque es muy fuerte esto —le dijo Nando.

—Totalmente. Mirad esto —le contestó Enola antes de sacar de un sobre un taco de fotografías que nos fue mostrando.

En ellas salían los dos paseando de la mano, entrando en mi ático bien agarraditos. En otras cuantas salían besándose, riendo, incluso en otras bailando y bebiendo en una discoteca.

Nando y yo, cuando acabamos de ver las fotos, nos miramos y negamos con la cabeza. Solo con esa mirada nos lo dijimos todo. Los dos habíamos sido unos idiotas por confiar en Guillermo, que vaya un cabrón nos había clavado una buena puñalada por la espalda, sobre todo a mí.

—Son unos desgraciados por la puñalada trapera que le han hecho a Sergio, ¿pero esto de qué manera puede ayudarle para salir de aquí? —le preguntó Micaela a su hermana, adelantándose a nosotros porque era la siguiente pregunta que teníamos en la punta de la lengua.

—Aparte de las fotos, Fran ha grabado conversaciones entre ellos. En ellas se les escucha hablar del día del accidente. Guillermo te cambió la dosis de la insulina por una jeringuilla que llevaba de todo —contestó Enola a su hermana, pero mirándome a mí.

—Hijo de puta, ¿qué pretendía con eso? —preguntó Nando muy alterado.

Y menos mal que lo preguntó él, porque yo no era capaz de articular palabra.

—Es obvio. Pretendían que tuvieras un accidente, pero que murieras en él. Las cosas se torcieron cuando Sergio atropelló a ese matrimonio y salió ileso del accidente. Eso fastidió sus planes y tuvieron que trazar un plan a toda prisa para deshacerse de él de otra manera.

—Mandándole a la cárcel —dijo Micaela negando con la cabeza.

—Exacto. Por eso Guillermo insistió tanto en defenderte. Él se encargó de que acabaras aquí y con la máxima pena. Cualquier abogado hubiera usado en la defensa la eximente de la que os hablé y seguramente no hubieras pisado nunca la prisión —me dijo Enola apretando los dientes.

Se la veía muy enfadada y seguramente, si hubiera tenido a Guillermo en esos momentos delante, le habría arrancado todos los pelos de la cabeza.

—El fin de quitar a Sergio del medio era que Marina se quedara con todo al morir, siendo su viuda y sin hijos, ¿no es así? —le preguntó Nando, que ya no supe en esos momentos si su mirada era de tristeza, desolación o auténtica ira.

—Ese era el plan. Al no querer firmar el acuerdo de divorcio desde el principio y sabiendo que Sergio no cedería de ninguna manera, tuvieron que buscar otra alternativa para quedarse con todo.

»Pero al sobrevivir les salió el tiro por la culata. Después, Guillermo, como buen amigo que es, aconsejó a Sergio que firmara por el bien de la empresa.

Las últimas palabras de Enola fueron dichas con ironía.

—¿Con toda esta información podré salir de aquí? —le pregunté abriendo la boca por primera vez desde que empezó a contar todo.

Enola nos mostró una sonrisa preciosa y muy ancha y cogió aire antes de hablar, poniéndose incluso de pie, como si lo que fuera a decir fuera una sentencia.

—Mañana a las nueve de la mañana Hugo y otro funcionario, seguramente Daniel, te llevarán al juzgado para comparecer delante del juez, que desde hace una semana tiene todas estas pruebas en su poder.

»Allí estaremos todos, incluidos Guillermo y Marina, que también han sido citados, aunque ellos no saben para qué.

—No jodas, ¿mañana? —le preguntó Nando levantándose y cogiéndola en volandas para darle un besazo que la hizo reír a carcajadas.

—¿Qué pasará allí mañana? —le preguntó Micaela con un poco de miedo.

—Si todo sale como espero, y está claro que saldrá, mañana cuando vuelvas a la prisión lo harás para recoger tus cosas —le contestó.

Al oírla decir eso ya no pude contenerme. Las emociones del día me sobrepasaron y me eché a llorar allí, delante de todos, como un niño.

Solo de pensar que esa noche podría ser la última que dormiría dentro de esos muros que habían sido mi casa durante los últimos ocho meses, se me hizo un nudo en el estómago que no me dejaría probar bocado en todo el día.

Al verme en el estado en el que estaba, los tres a la vez me abrazaron con fuerza, transmitiéndome lo mucho que les importaba y, sobre todo, para que supiera que estarían a mi lado pasase lo que pasase.

Tardé un rato en recuperarme y, cuando lo hice y se separaron, Micaela, mirándome de una manera que me derritió, me limpió las lágrimas de los ojos. En sus ojos había tanto amor que era imposible describirlo con palabras.

Cuando salimos de allí, en la puerta esperándonos estaban Hugo y Daniel, que me miraron con una sonrisa que lo decía todo.

—Muchacho, ya que mañana nos vamos de paseo y a un sitio serio, no puedes ir con el uniforme de este hotel, así que ten —me dijo, tendiéndome una bolsa.

Los miré a todos confundido y Micaela me pidió con un gesto de su mano que cogiera la bolsa y mirara qué había en su interior.

Al abrirla y ver su contenido, los ojos volvieron a llenárseme de lágrimas. Dentro había un pantalón vaquero, una camisa azul, una americana negra y unos zapatos también negros. Eran totalmente de mi estilo y, al mirar la talla, vi que también habían acertado en ella.

—Gracias, no sé ni qué decir —le dije a Hugo antes de limpiarme las lágrimas que se me caían por las mejillas.

—De gracias nada, pero si me lo quieres devolver, en cuanto salgas de aquí me invitas a una cerveza y estaremos en paz —me dijo bromeando.

—Qué coño de una cerveza, que menos que nos invite a una cenita —añadió Daniel, haciéndonos reír a todos.

—A una cena y a lo que queráis. De verdad, muchas gracias a todos por vuestro apoyo —les dije con la voz ronca por la emoción.

—Tenemos que irnos —dijo Nando mirando el reloj con pesar.

—Podéis pasar cinco minutos a despediros —nos dijo Hugo a Micaela y a mí, señalándonos la habitación que aún seguía con la puerta abierta.

Los dos nos miramos y no hizo falta que nadie nos lo repitiera: entramos a toda prisa dentro.

Al cerrar la puerta, no la dejé ni dar un paso. La agarré por la cintura y me lancé a sus labios. El beso estuvo cargado de cariño, ternura y lo justo de pasión; no era plan que los dos nos quedáramos con el calentón.

—¿Mañana estarás allí? —le pregunté esperanzado.

—Por supuesto. Luego hablaré con Hugo para pedirle entrar más tarde. No me pondrá ningún problema, estoy segura —me contestó sonriéndome.

—A ti te necesito allí más que a nadie mañana —le dije antes de volver a darle un beso corto en los labios.

—Yo también necesito estar allí mañana a tu lado. Quiero estar en primera línea y ver tu cara de felicidad cuando te digan que eres libre.

—Ojalá sea así —dije con un suspiro—. Micaela, no hemos hablado de qué pasará con nosotros si salgo en libertad porque no pensé que esto llegaría tan pronto. Pero quiero que sepas que lo nuestro para mí no es algo solo de aquí dentro.

»Quiero seguir contigo fuera, quiero pasar el resto de mi vida contigo y quiero formar una familia contigo —le solté de carrerilla sin pensar en que a lo mejor ella no quería lo mismo.

—A partir de mañana tendremos tiempo de hablar y decidir qué haremos. No pienses en eso ahora. Tú concéntrate en lo de mañana; para lo demás ya habrá tiempo —me contestó.

Para ser sincero, su respuesta me decepcionó un poco. Esperaba que me dijera que también quería lo mismo que yo.

Que sí, me había dicho en varias ocasiones que me quería, pero quizá no quisiera tener una relación seria o formar una familia. De esas cosas nunca habíamos hablado.

No supe si fue por su respuesta o por el estado emocional en el que me encontraba, pero empezaron a entrarme muchas dudas respecto a qué sería de nosotros si conseguía mi libertad.

—¿En qué piensas? —me preguntó al ver que me había quedado en babia.

—En nada —mentí—. Tengo la cabeza loca con toda la información que me ha dado tu hermana —añadí para salir del paso.

—Es normal. Enterarse de todo así de golpe puede descolocar a cualquiera —me dijo agarrándome la mano para darme ánimos.

—Vamos, te estarán esperando —le dije abriendo la puerta y poniendo una sonrisa fingida en mi rostro.

Al salir, Hugo y Daniel ya no estaban. Se habían ido a tomar algo juntos, según nos dijeron Enola y Nando, y sonreí para mis adentros. Al parecer, las cosas marchaban bien entre ellos.

Micaela, Enola y Nando me dijeron que ellos se irían directos a casa de Asun, donde comerían todos juntos. Nando también se quedaría allí a dormir, así saldrían todos directos al juzgado para esperarme.

Me despedí de los tres y, con los nervios de punta, me fui con paso lento de vuelta a mi módulo.

Capítulo 30

Sergio

Desde que volví del vis a vis y hasta la hora de la cena no salí de mi celda; ni a comer tuve ganas de ir. Me pasé todo el día tumbado en la cama, dándole vueltas a la cabeza.

Entre lo de Guillermo y Marina —que vaya tela—, había sido un golpe muy duro enterarme de que habían querido deshacerse de mí para poder quedarse con todos mis bienes y mi dinero.

¿Cómo puede haber gente con tan pocos escrúpulos y ser tan ambiciosa? ¿Cómo se podía llegar a los extremos que habían llegado ellos? Esas y muchas más preguntas me hice una y otra vez sin parar.

Pero no solo ellos estuvieron en mis pensamientos; Micaela tampoco salió de mi cabeza. Repasé todos y cada uno de los momentos que habíamos vivido juntos desde que nos conocimos.

Que sí, que era verdad que no era mucho tiempo, ni siquiera habían pasado dos meses, pero no sabía si era por estar allí encerrado —donde los días se hacían tan largos que parecían semanas— o porque me enamoré de ella desde la primera mirada que cruzamos. El caso es que, en mi interior, sentía como si lleváramos media vida juntos.

Llegué al comedor a la hora de la cena y me senté con gesto cansado, con mi bandeja al lado de Juanma, que al verme la cara se quedó con el tenedor a medio camino de la boca.

—¿Qué te pasa? Llevas todo el día sin salir de la celda. ¿Tan mal ha ido el vis a vis? Venga, Sergio, ya te he dado el tiempo necesario para que asientes tus pensamientos, así que no hagas que me preocupe más y empieza a largar por esa boca ya —me pidió exasperado.

Juanma se pasó por la celda al ver que no había ido a comer y me preguntó qué me pasaba. En esos momentos no tenía ganas de hablar ni con él ni con nadie, por lo que le dije que tenía el estómago un poco revuelto y que estaba cansado y que por eso me iba a quedar allí descansando por la tarde.

Sabía que no me había creído del todo, pero ya me conocía lo suficiente para saber que insistir no le habría servido de nada. Porque cuando yo me cerraba en banda; nada ni nadie me hacía hablar y por eso me había dado el tiempo que sabía que necesitaba para arrancarme a hablar.

—Vaya cara que me tienes, niño. ¿Tan mal te ha ido? —me preguntó Chete, que se sentaba en ese momento sin haberme dado tiempo a responder a Juanma.

—No estarás enfermo otra vez, ¿no? —me preguntó seguido.

—No estoy enfermo —le contesté para que los tres se quedaran tranquilos.

—¿Entonces? —volvió a insistir Juanma.

Suspiré y apoyé los codos en la mesa para llevarme las manos a la barbilla antes de empezar a hablar.

Empecé a contarles desde que Enola sacó las fotos de su maletín. Lo que había pasado antes estaba descartado que se lo contara: primero, porque ni Juanma ni Chete sabían que tenía algo con Micaela y, segundo, porque lo que pasara en nuestra intimidad era nuestro y de nadie más.

Seguí contándoles todo lo que habían hecho Marina y Guillermo. Sus caras, a medida que avanzaba con mi relato, eran para enmarcarlas. Hasta habían apartado sus bandejas a un lado y dejaron de comer para estar completamente atentos a lo que decía, para no perderse ni un solo detalle.

Cuando llegué al final, los tres seguían con la boca abierta y así estuvieron unos segundos más hasta que por fin fue Chete el que rompió el silencio que se había instalado en la mesa.

—Qué hijos de la gran puta. Espero que la hermana de la doctora consiga que les metan a los dos en el trullo —dijo muy enfadado.

—Es que vaya tela. Esto se lo cuentas a un productor y hace una película. Porque de verdad, vaya trama —añadió resoplando Juanma.

—Enola va a esperar a ver qué resolución me da el juez mañana y, si falla a mi favor, dice que les detendrán por intento de asesinato. Dice que, al ser planeado, no es homicidio. Yo no entiendo de eso, pero si ella lo dice, será así —les expliqué como pude lo que me había dicho Enola que pasaría.

—Ojalá se pudran en la cárcel los dos. Ella no, pero a tu amiguito, como le condenen y dé la casualidad de que lo traigan a esta prisión, ya puede vigilar su espalda.

»Aquí hay muchos presos que te aprecian y te aseguro que, como se enteren de lo que te han hecho, se lo harían pasar mal, muy mal —me dijo Juanma.

Asentí porque tenía más razón que un santo.

Recuperamos las bandejas de la cena y, mientras las terminábamos, no dejamos de hablar del tema. Así fue hasta que nos despedimos hasta el día siguiente, en el que ya sabían que no nos veríamos a la hora del desayuno porque me marcharía antes a los juzgados.

—Hay algo más que te preocupa, ¿cierto? —me dijo Juanma nada más entrar en nuestra celda.

Necesitaba hablar con alguien de todas las dudas y preguntas que, ni siquiera después de la conversación durante la cena, habían desaparecido de mi cabeza con respecto a Micaela.

Así que me dejé caer en la cama y empecé a contárselo todo: lo que le había dicho cuando nos despedimos, la respuesta que ella me dio y todas las preguntas que no había dejado de hacerme desde entonces.

—Mira, Sergio. Tú no la viste cómo lloró, sufrió, se desesperó y te cuidó hasta el agotamiento cuando estuviste inconsciente, pero yo sí. En la vida he visto a nadie demostrar tan claramente el amor que sentía por otra persona.

»Así que desde ya te digo que esa mujer te ama con auténtica locura. Que te haya pedido que esperes a ver qué pasa y que habléis de vuestra situación cuando se resuelva la tuya a mí me parece lo más normal del mundo —me dijo muy serio, convencido de todas y cada una de sus palabras.

—¿Por qué no ha querido hablarlo entonces? Es algo que no entiendo —le dije, cabezón en lo mismo.

—¿Te has parado a pensar que quizá ella tenga dudas sobre lo que tú puedas sentir o querer hacer? Ella ha pensado en todo lo que pasará si sales libre, cosa que tú no has hecho.

»Si mañana te dan la libertad, tendrás que irte a Madrid a resolver muchas cosas. Allí tienes tu vida, tu empresa, tu casa, tus amigos. Ella, en cambio, tiene aquí a su abuela, a su hermana y un trabajo en el que lleva muy poco tiempo, pero que le encanta.

»Puede pensar que, cuando estés libre y vuelvas a tu hogar, te des cuenta de que lo que sentías por ella no era tan real y que solo era consecuencia de la situación en la que estabais.

»Y quizá también tema que, una vez fuera, quieras seguir con tu vida justo donde la dejaste y entonces ella no tenga cabida en tus planes de futuro.

—Allí tengo todo eso, sí, pero aquí está lo que más me importa y a lo que no pienso renunciar: ella —le dije con rotundidad porque así lo sentía.

—Yo lo sé y tú lo sabes, pero ella no. Pienso que te ha contestado así porque, aun amándote como te ama, quiere darte la opción de que seas tú el que decida qué hacer. Te da libertad.

—Si me dicen que fuera de estos muros no podría estar con ella, te aseguro que aceptaría una cadena perpetua si fuera la única forma de estar a su lado.

Cuando le dije eso Juanma sonrió.

—Bien, pues eso se lo dices mañana en cuanto te digan que eres libre —me dijo, zanjando el tema.

Capítulo 31

Micaela

Esa noche dormí fatal; bueno, decir que había dormido era casi una utopía porque, en realidad, durante las pocas horas en las que conseguí conciliar el sueño tuve dos veces seguidas la puñetera pesadilla en la que aparecían mis padres discutiendo la última noche que los vimos antes de que Enola y yo nos largáramos de casa.

Como siempre que estaba nerviosa o se avecinaban cambios, la maldita pesadilla volvió a darme la noche y, en el estado en el que estaba ese día, ni me sorprendió que me pasara.

Porque no es que estuviera nerviosa, no; lo que estaba era totalmente atacada. Solo de pensar en que al día siguiente podía ser el momento en el que Sergio por fin pusiera fin a su pesadilla particular era algo difícil de digerir.

Si a todo eso le sumábamos el secretillo que guardaba dentro de mí, pues eso, que la cosa se complicaba mucho más para que mi estado mental estuviera de lo más revuelto.

Cansada de estar en la cama dando vueltas de un lado al otro, me levanté lo más sigilosamente posible y me fui a la cocina. Mi idea era prepararme una infusión a ver si con eso conseguía calmarme un poco.

Miré el reloj que teníamos colgado en la pared de la cocina y, al ver la hora que era, resoplé. Las cinco de la mañana. Joder, que ni las calles habían puesto y allí estaba yo dando vueltas.

—¿Ya te has cansado de dar vueltas en la cama? —me preguntó mi abuela, que entró como un ninja en la cocina, sobresaltándome.

—Joder, qué susto me has dado —le dije llevándome una mano al pecho—. ¿Qué haces levantada? Vuelve a la cama, anda.

Cogí una taza del armario.

Mi abuela cerró la puerta de la cocina para dejarnos allí a las dos a solas antes de acercarse a mí y quitarme la taza de las manos. La miré con la ceja alzada y ella me sonrió antes de decirme algo que me dejó perpleja.

—Siéntate, anda. Yo te prepararé la infusión. A ver si conseguimos que con eso te calmes, porque como sigas así veo que se te sale mi biznieto por la boca.

—¿Pero cómo…? —le pregunté mirándola alucinada porque, joder, no me esperaba que nadie se hubiera dado cuenta. Pero al parecer mi abuela no entraba en esa lista.

—No sabes tú que el diablo sabe más por viejo que por diablo, pues eso, que yo soy una vieja y lo sé todo. El brillo que tienes en la mirada no es solo porque estás enamorada y también me ha dado una pista la manera en la que llevas dos días arrugando el morro con ciertos olores —me contestó riéndose.

—No lo sabe nadie. Me hice una prueba anteayer cuando todos os fuisteis —le confesé con los ojos cuajados de lágrimas.

—Me lo he imaginado. Supongo que querrás esperar a que se termine todo el lío que tiene Sergio encima para decirlo, ¿no? —me dijo mientras me ponía el vaso de la infusión ya humeante encima de la mesa.

—Sí, no quería que tuviera más cosas en la cabeza de las que ya tiene —le dije, cogiendo la taza entre mis manos para que el calorcito me las calentara porque las tenía heladas.

—Has hecho bien. Tiene que estar con la cabeza a punto de explotar. Enterarse de lo que le han hecho su amigo y su mujer es muy fuerte.

Mi abuela estaba al tanto de todo lo que pasaba. El día anterior, cuando llegamos de la visita en la prisión, Enola se encargó de contarle todo lo que habían descubierto y de lo que pasaría el lunes a primera hora.

Mi abuela, que siempre se apuntaba hasta a un bombardeo, por supuesto dijo que ella en casa no se quedaba, que el lunes allí estaría como un clavo en los juzgados y en primera línea para enterarse de todo.

Bueno, también añadió algo que nos hizo reír a los tres, sobre todo a Nando. Sus palabras, acompañadas de varios insultos que no pienso repetir porque hasta me sangraban los oídos por lo fuertes y originales que fueron, iban dedicados todos a Guillermo, al que vistió de limpio. Pero los mejores, sin duda, se los dedicó a Marina, a la que llamó de todo menos guapa.

El caso, como os decía, es que mi abuela dijo que estaría allí por si acaso a alguno de los dos se les ocurría decir una palabra más alta que otra, porque si era así los dos saldrían de allí calvos y probablemente con menos dientes.

—¿Hay reunión de ovejas y no me habéis avisado? —nos preguntó mi hermana con una cara de sueño y bostezando como un oso al entrar en la cocina.

Otra que parecía un ninja de lo sigilosa que era, porque ni mi abuela ni yo la habíamos oído entrar.

—No podía dormir y me he levantado a tomar una infusión, y aquí la señora, que parece un búho vigilante, se me ha unido —le contesté a mi hermana cuando se sentó a mi lado.

—Que estés nerviosa es normal, pero de verdad que no tienes que preocuparte. Lo llevo todo muy bien preparado y las pruebas son sólidas. Sergio será, antes de la hora de la comida, un hombre libre, te lo aseguro.

Las palabras de Enola, acompañadas de unas caricias en mi espalda, no es que me quitaran los nervios de un plumazo, pero sí que me reconfortaron un poco.

—Enola, no tenía pensado decírselo a nadie hasta que no hablara con Sergio, pero ya que tu abuela es muy lista y no me ha hecho falta decir nada para que ella sola lo descubriera; creo que tú también tienes derecho a saber lo que me pasa —le dije mirándola a los ojos.

Porque sí, qué narices, Enola era mi hermana, mi otra mitad, y moría de ganas de que supiera que iba a ser tía.

Estaba segura de que, cuando se lo contara a Sergio, no le parecería mal que ellas lo supieran antes que él. Comprendería que no había querido decírselo antes para que no estuviera más agobiado de lo que estaba con todo lo que tenía encima.

—No me asustes, Micaela, coño. Te has puesto tan seria de repente que estoy a punto de que se me salga el corazón por la boca. ¿Qué te pasa? Venga, habla, hija, que me estoy poniendo muy nerviosa —me dijo al ver que solo la miraba, pero no le decía nada.

—¿Cómo te ves siendo tía en unos meses? —le dije sonriendo.

Enola se quedó unos segundos mirándome, los justos para procesar la pregunta que le había hecho. Y de repente, sorprendiéndonos a mi abuela y a mí, que nos quedamos con la boca abierta mirándola, se puso a saltar y a chillar en la cocina dando hasta palmas.

—¿Qué pasa? ¿Hay fuego? —preguntó Nando, que había entrado corriendo en la cocina al oír chillar a mi hermana como una loca.

Las tres nos echamos a reír al verle porque vaya pintas que traía. En calzoncillos, descalzo y con el pelo tan revuelto que parecía un nido de pájaros.

—Cariño, que vamos a ser tíos —le dijo Enola colgándose de su cuello.

—¿Qué dices? —le preguntó a mi hermana confuso.

—¡Espabila, atontado! ¡Que vamos a ser tíos! ¡Que mi hermana está embarazada! ¿Te lo explico en chino o te hago un croquis? —le dijo al pobre, chillándole a la cara, despertándole de golpe.

—¡Hostias! ¿De verdad? —me preguntó mirándome muy emocionado.

Cuando asentí con la cabeza, su reacción nos hizo reír a todas a carcajadas. Cogió a mi hermana por la cintura y la levantó del suelo y se puso a dar vueltas con ella, riendo y chillando.

—Madre mía, cuando se entere Sergio, con las ganas que tenía de ser padre. Si se lo dices hoy después de que el juez le deje en libertad, le harías el hombre más feliz del mundo —me dijo cuando consiguió aplacar un poco la euforia del momento y bajó a mi hermana al suelo.

—Esa es mi intención —le respondí sonriendo.

—Joder, qué notición. Esto se merece un desayuno a la altura. ¿Asun, haces un chocolatito rico? Mientras voy a comprar unos churros —le pidió a mi abuela.

Nada más oírle, se fue al mueble donde tenía la tableta de chocolate guardada y, al sacarla, se la enseñó moviéndola de un lado a otro.

Después de que se descubriera mi secreto, pues en esa casa ya nadie volvió a la cama, claro. Nando se vistió a la velocidad de la luz y, sin peinarse siquiera, se marchó a por los churros.

Media hora después, los cuatro nos sentamos en la mesa de la cocina con tazas hasta el borde del rico chocolate que nos preparó mi abuela. No dejamos ni un solo churro de las dos docenas que trajo Nando, y es que, jolines, qué buenos estaban.

Al acabar el desayuno, fuimos pasando por turnos por la ducha y, a las ocho y media, todos listos y con los nervios a flor de piel, salimos de casa para ir al juzgado.

Para ir hasta allí fuimos en dos coches. Nando y mi hermana se fueron en el coche de él y mi abuela vino en el mío para no dejarme sola. Cuando saliera del juzgado, tendría que ir a la prisión a trabajar, de ahí que lleváramos dos coches.

Al llegar, no tardamos apenas nada en encontrar aparcamiento y menos mal, porque por nada del mundo llegaría tarde a una cosa tan importante.

En la puerta de los juzgados ya estaban todos esperándonos cuando mi abuela y yo llegamos.

Mi primera mirada fue para Sergio, por supuesto, y madre mía… estuve a punto de sacar un pañuelo para limpiarme las babas. Era la primera vez que lo veía con ropa que no fuera el uniforme de la prisión y decir que estaba guapo era quedarme corta.

No pude resistirme y, sin importarme ya nada, corrí hacia él y lo abracé con todas mis fuerzas.

Capítulo 32

Sergio

De los nervios que tenía no pegué ojo en toda la noche. Solo de pensar que esa podría ser mi última noche en esa cama, en esa celda, entre esos muros que habían sido mi casa durante los últimos nueve meses, se me puso un nudo en la garganta que, aunque me bebí más de un litro de agua, no desapareció.

Acompañado del silencio que, como todas las noches, era sepulcral en ese lugar, mi mente no me dio tregua. No me dejó descansar ni un solo minuto.

En ella aparecieron todos y cada uno de los momentos que había vivido allí dentro. Unos malos, como el primer día que llegué y vi cómo sería mi vida en los siguientes años, no solo por estar privado de libertad, sino por todo lo que echaría de menos.

Otros, simplemente regulares, cuando me daban los bajones y pensaba en todo lo que había perdido. Muchos de esos días la apatía y la ansiedad eran mis compañeras más fieles allí dentro.

Pero, por suerte, también había en mi memoria muchos momentos buenos. Las charlas con Juanma, los ratos compartidos en las comidas junto a Juan y Chete, que siempre encontraban la manera de animarme. Las risas y la complicidad con Daniel, que, aunque yo estaba allí dentro y él en el otro bando, por decirlo de alguna manera, se había convertido en un buen amigo.

Pero si algo encabezaba la lista de los mejores momentos que había vivido allí dentro, eran, sin duda, todos los que había pasado con mi niña. Micaela había sido mi luz en aquel lugar de oscuridad.

Puede —y esperaba que sí— que ese día consiguiera mi libertad y saliera por fin de mi encierro en prisión, pero para mí mi libertad había empezado con ella. Micaela había sido mi salvadora en todos los sentidos allí dentro.

—Muchacho, ¿has dormido algo? —me preguntó Juanma al verme con los ojos como platos mirando el techo.

—No, ni cinco minutos. No he podido —le contesté con sinceridad. De nada me valía mentir; seguramente mi cara lo decía todo.

—Es normal, yo estaría igual que tú —me dijo sonriendo.

—Hasta que no salga del juzgado con mi carta de libertad en la mano, no me creeré que es cierto e incluso así me costará asimilarlo —le contesté resoplando.

—Estoy seguro de que esta noche no oiré tus ronquidos. Hoy dormirás muy bien acompañado —me dijo guiñándome un ojo antes de echarse a reír.

—Ojalá sea verdad. Si es así y antes de que se me pase, quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por mí aquí dentro. Has sido un buen amigo desde el primer día. Te voy a echar mucho de menos —le dije con voz ronca por la emoción contenida.

—Yo también te echaré de menos, muchacho. Espero que nos veamos alguna vez cuando salga de aquí. Me gustaría ver la bonita familia que vas a formar con la doctora —me dijo antes de darme un abrazo.

—Buenos días. —Ese saludo vino por parte de Daniel, que había llegado a la puerta de la celda y no le habíamos oído llegar.

—Buenos días —le contestamos los dos a la vez.

—Sergio, ve a las duchas y llévate la ropa nueva. En una hora nos vamos —me dijo, y asentí con la cabeza.

—Juanma, acompáñame. Hugo quiere hablar contigo en su despacho —le dijo sonriendo.

—¿Ocurre algo? —le preguntó desconcertado y con miedo en su mirada. Que Hugo te llamara a su despacho normalmente no era buena señal. Recé porque en ese caso no fuera así.

—Sí que ocurre, pero estate tranquilo. No puedo decirte lo que es porque eso le corresponde a él, pero te adelanto que es muy bueno —le contestó Daniel abriendo la puerta.

Los tres salimos de allí y, como me había pedido, yo me marché a las duchas mientras ellos dos se iban por otro pasillo hacia el despacho de Hugo.

Me quedé superintrigado por lo que fuera que le iban a decir a Juanma, aunque tranquilo: si Daniel había dicho que era algo bueno, es que lo era, y me alegraba por mi amigo aun sin saber lo que era.

A las ocho y media en punto, Hugo, Daniel y yo salimos de prisión en el coche del primero camino de los juzgados.

No os podéis ni imaginar lo que supuso para mí poder respirar el aire fuera de aquellos muros después de tantos meses. Iba sentado en el coche, en la parte de atrás, pegado a la ventanilla, mirando todo como si fuera un niño pequeño al que le llevan a Disneyland. Todo me parecía bonito.

—¿Quieres saber lo que he hablado con Juanma? —me preguntó Hugo.

Rompiendo así el silencio en el coche, ese que no había sido para nada incómodo, sino más bien necesario desde que hacía diez minutos que habíamos salido de la prisión.

—La verdad es que me muero de curiosidad por saberlo, pero no he preguntado para que no penséis que soy un cotilla —le contesté haciéndoles reír a los dos.

Hugo empezó a contarme lo que había hablado con Juanma y no me pude alegrar más por él. Hasta me emocioné y todo. Joder, es que era muy fuerte. Si yo estaba así no me quería ni imaginar cómo estaría él después de recibir tan buenas noticias.

Os lo resumiré: a Juanma le faltaban un par de meses para solicitar el tercer grado y unos cuantos más para la libertad condicional. Pero Hugo, por su buen hacer y por todo lo que había hecho durante el brote de sarampión ayudando a Micaela sin descanso en la enfermería, había hablado a su favor con el juez que llevaba esas cosas.

El caso es que le premiaron, por decirlo de alguna manera, y a partir del día siguiente tendría en sus manos la carta en la que se le concedía la libertad condicional.

Para poder disfrutar de ella, uno de los requisitos era que tuviera trabajo, y de eso también se había encargado Hugo, solicitando que fuera el enfermero que debía acompañar a Micaela en la enfermería para ayudarla con la carga de trabajo que tenía.

—Me alegro muchísimo por él. Es un buen hombre que cometió un error; se merece una segunda oportunidad. Hubiera pagado por verle la cara. Estoy seguro de que le ha costado creérselo —le dije contentísimo a Hugo cuando acabó de contármelo todo.

—Pensé que le había dado un chungo, no te digo más. Se ha quedado en *shock* varios minutos. Pensé que tendría que darle una bofetada para que volviera en sí —me contestó haciéndome reír a carcajadas.

—Ya hemos llegado —anunció Daniel, haciendo que la risa se me cortara de golpe.

Hugo aparcó lo más cerca posible de la puerta de los juzgados. Los tres nos bajamos en silencio.

—Lo siento, Sergio, pero en esto sí que no puedo saltarme las normas. Tienes que entrar al juzgado esposado —me dijo Hugo mientras Daniel sacaba unos grilletes del bolsillo de su pantalón.

—No pasa nada, lo entiendo. Demasiado has mirado hacia otro lado allí dentro, cosa de la que te estaré eternamente agradecido —le contesté sonriendo y con sinceridad.

Porque era cierto: Hugo había pasado cosas por alto y había mirado hacia otro lado en el tema de Micaela y eso era algo que no olvidaría jamás.

—Eso no os va a salir gratis. Ya le dije a tu chica la pena que tendríais que cumplir por hacerme el sueco con lo vuestro —me dijo aguantándose la risa.

—¿Cuál es esa pena? —le pregunté intrigado.

—Seré el padrino de vuestra boda —dijo encogiéndose de hombros.

Daniel y yo nos miramos y nos echamos a reír negando con la cabeza al mismo tiempo.

—Eso está hecho. Cumpliré la pena con mucho gusto. Pero eso sí, te voy a poner una condición yo también a ti.

—¿Cuál?

—Serás nuestro padrino de boda solo si a ella vas acompañado de Daniel, como tu pareja, claro —le contesté, y los dos me miraron con la boca abierta.

»No me miréis así. Os he visto cómo os miráis. Si aceptáis un consejo, dejad de perder el tiempo y daos una oportunidad. Yo mejor que nadie sé lo que es que te cambie la vida en un segundo y perderlo todo. No os privéis de ser felices juntos por miedo.

—Tienes razón —me dijo Hugo a mí, pero mirando a Daniel.

—La tiene —le contestó el otro antes de agarrar a Hugo de la nuca y tirar de él para darle un besazo de película allí mismo delante del coche.

—Perfecto. Ahora vamos a ver si mi chica ha llegado, que me muero por verla —le dije muy contento cuando se separaron.

Los tres, riéndonos, llegamos a la puerta del juzgado. Risa que se me cortó de golpe al ver en la puerta a Marina y a Guillermo, que en cuanto me vieron se acercaron a mí con prisa.

—Sergio, ¿qué está pasando? ¿Por qué coño nos han citado a todos aquí? Con las cosas que tengo yo que hacer en Madrid, no sé para qué me hacen venir aquí a perder el tiempo —me dijo Marina toda indignada.

No se podía tener más cara que ella, vamos, que tenía muchas cosas que hacer, decía.

—¿Qué cosas? ¿Gastarte mi dinero, acosar a mis empleados, disfrutar de una casa que no es tuya, entre otras muchas cosas que prefiero callarme? ¿Esas son las cosas tan importantes que tienes que hacer? —le contesté fulminándola con la mirada.

Mira por dónde, hasta le agradecí a Hugo que me trajeran esposado porque, si no, podría haberla cogido por el cuello en ese momento y retorcérselo por desgraciada.

—Sergio, deberías haberme llamado en cuanto supiste que teníamos que venir. A nosotros nos dieron la citación ayer por la mañana, pero me dijeron que tú ya estabas al tanto.

»De esta manera, y sin saber qué es lo que nos espera ahí dentro, iré a ciegas con tu defensa —dijo Guillermo indignado.

A tomar por culo, pensé aguantándome la risa. Otro que tenía la cara dura de lamentarse porque no iba a poder defenderme bien.

—Tus maravillosos servicios no serán necesarios ahí dentro. Ya no eres el abogado de Sergio —dijo Enola a su espalda, haciéndole dar un respingo.

—¿Tú quién eres? —le dijo Marina mirándola con asco.

—Mi abogada —le contesté yo, y los dos se me quedaron mirando alucinados.

—Eres Enola Molina. Te he visto alguna vez por los juzgados de Madrid —le dijo Guillermo mirándola con deseo—. Un placer conocerte —añadió alargando la mano para saludarla.

—No puedo decir lo mismo —le contestó dejándole con la mano en el aire.

Vi cómo Nando miraba a mi espalda y sonreía y eso solo podía significar una cosa: venía la persona que faltaba, la más importante para mí.

Me di la vuelta y sí, ahí estaba la mujer de mi vida. Venía sonriendo, pero al verme su sonrisa se ensanchó al máximo, al igual que la mía, y también venía Asun con ella.

Solo le quedaban unos pocos pasos para llegar hasta mí y aceleró el paso para abrazarme, pero yo me adelanté y busqué su boca. Allí, delante de todos, la besé.

Me importó bien poco lo que los demás pudieran pensar. De los nuestros estaba seguro de que nadie diría nada y, de las otras dos personas que estaban allí, si ellas no me importaban, mucho menos su opinión.

—Joder, son iguales. —Oí que decía Guillermo antes de separarme de los labios de Micaela.

—¿Estás bien? —me preguntó mi chica mirando con el ceño fruncido los grilletes que tenía puestos.

—Estoy bien, tranquila. Era necesario —le dije sonriendo para que se quedara tranquila.

—¿Y esto cuándo ha pasado? ¿Cómo puedes estar con alguien si estabas en prisión? ¿Dónde la has conocido? —me preguntó Marina mirándome de una manera que no me gustó nada.

—No creo que tú precisamente seas la persona más indicada para pedirle explicaciones, solo faltaba eso ya, vamos —le dijo Nando, incapaz de callarse.

—No estoy hablando contigo, así que cállate. Siempre has sido un meticón que tiene que meterse donde no le llaman —le contestó con esa altanería que la caracterizaba.

—Tienes el cuajo de llamarle meticón y tú le preguntas a Sergio por su vida. Háztelo mirar, porque lo tuyo es de estudio, guapa —le dijo Enola riéndose mientras agarraba a Sergio de la mano, dejando claro lo que había entre ellos.

—¿Estás con ella? —le preguntó Guillermo a Nando.

—Otro preguntón. Está claro que Dios los cría y ellos solos se juntan —dijo Micaela antes de soltar un resoplido.

—¿Cómo puedes estar con él? Es un convicto —le dijo Marina a Micaela, como si eso fuera algo horrible y una total aberración.

—Eso cambiará en poco tiempo, pero si no fuera así me daría igual. Cuando amas a alguien lo haces a pesar de todo, pero no creo que tú puedas entenderlo —le respondió Micaela con tanta sinceridad que hizo que mi corazón se saltara un latido.

Me amaba, joder… sí que lo hacía.

Capítulo 33



Sergio

No se habló nada más en las puertas del juzgado. Y no porque no hubiera nada que decir, porque si por mí hubiera sido —y estoy seguro de que por parte de los demás habría sido igual— habría soltado sapos y culebras por la boca.

Pero no pudo ser y casi que fue lo mejor, porque se habría liado muy gorda. Salió un chico a buscarnos para decirnos que el juez nos estaba esperando.

Pero allí no solo estaba el que llevaría mi caso, también había un fiscal que, nada más ver a Enola, se acercó a saludarla y, por lo que pude observar, la miró con mucha admiración. También estaba Fran, que había sido citado seguramente para que diera las explicaciones oportunas de cómo había conseguido las pruebas.

Me senté al lado de Enola, como correspondía, y los demás lo hicieron justo detrás de nosotros. Micaela se sentó justo a mi espalda y, antes de que todo empezara, me acarició el pelo desde atrás.

—Tranquilo, todo irá bien y, si no es así —cosa que es imposible—, quiero que sepas que yo nunca dejaré de amarte —me susurró al oído para que solo yo la oyera.

—Yo también te amo —le susurré con la voz entrecortada por la emoción.

—Bien, si ya estamos todos, vamos a empezar. A la vista de las pruebas presentadas por la letrada Molina sobre el caso del señor Serrano, tengo que decir que me parece aberrante y totalmente horrible lo que le han hecho a este hombre —empezó a decir el juez, pero lo interrumpieron.

—Señor juez, perdone que le interrumpa, pero no entiendo por qué se me ha citado aquí. Mi exmarido cometió un delito y está pagando por ello, como debe de ser —dijo Marina muy indignada.

La carcajada que soltó el juez la hizo callarse en el acto y al resto nos dejó mirándole con la boca abierta por su reacción.

—Mire, señora, más vale que se calle mientras hablo del caso del señor Serrano. Después le tocará a usted. Si está aquí es porque es necesario, así que haga el favor de no interrumpirme.

»Y si a usted —añadió señalando a Guillermo— se le ocurre la misma idea de abrir la boca para protestar en algún momento, ahórreselo. No quiero oírlo.

El juez empezó a hablar de todas las pruebas que le habían presentado. Preguntó algunas cosas a Enola y también a Fran, que le explicó con todo lujo de detalles cómo había seguido a Marina y a Guillermo.

Consiguió fotos de los dos juntos y grabó varias conversaciones que habían mantenido en una cafetería, donde ellos mismos se delataban hablando sin reparos y sin preocuparse de que alguien pudiera escucharlos.

Había que ser gilipollas para hacer una cosa así, pensé. Aunque a mí que lo fueran me vino de perlas.

—¡Todo eso es mentira! Esas pruebas están manipuladas. Yo nunca he tenido ningún tipo de relación con Guillermo, apenas le conozco.

Tuve que aguantarme la risa al ver la mirada que le echó el juez a Marina cuando se levantó de su silla para gritar en alto todas esas mentiras.

—Mire, señora —por llamarla de alguna manera—. En primer lugar, en ningún momento he dudado de la veracidad de estas pruebas. Fran es muy conocido en este mundillo; sus años de experiencia investigando y la profesionalidad que tiene en todo momento le avalan.

»Pero por si eso no fuera suficiente para mí —que lo es—, de camino a este juzgado he llegado caminando detrás de usted y de su amiguito y los he visto venir bien agarraditos, riéndose y besándose.

»Así que haga el favor de callarse de una vez y déjeme dictar sentencia, porque lo suyo es de no tener ni la más mínima vergüenza.

Todos los presentes tuvimos que apretar los labios para no echarnos a reír al ver la cara de Marina cuando el juez la dejó en evidencia.

—A la vista de todo lo hablado y de las nuevas pruebas presentadas que dan un giro muy importante a este caso, declaro que el señor Serrano sea puesto en libertad en este mismo momento.

Tuve que agachar la cabeza y cerrar los ojos con fuerza para no ponerme a llorar como un niño.

La alegría y la paz que sentí en esos momentos no podría ni explicarlas con palabras.

¡Libre!

Era libre, joder. Esa palabra que parece tan poca cosa y lo mucho que significaba.

Sentí cómo un montón de brazos me rodeaban y una total algarabía a mi alrededor sonaba en forma de aplausos, silbidos y frases de felicitación.

Noté que alguien se agachaba frente a mí y levanté la mirada. Allí estaba Daniel con las llaves de los grilletes frente a mí, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Dame las manos, supongo que estarás deseando abrazar a tu chica —me pidió.

Obedecí en el acto porque sí, era lo que más quería y necesitaba en esos momentos: estar entre los brazos de mi mujer.

Que no lo era como tal, pero yo así la sentía.

En cuanto vi mis manos libres, me levanté del banco y me di la vuelta para agarrarla por la cintura y pegarla a mí.

Yo seguía conteniendo las lágrimas, pero ella no. Lloraba y reía al mismo tiempo contra mi pecho.

—Eres libre —me dijo con la voz entrecortada.

—Mi libertad empezó contigo —le contesté antes de besarla.

Nos separamos de golpe al oír las voces de Marina, que estaba llamando de todo a Enola y a Nando, y Guillermo a su lado hacía tres cuartos de lo mismo.

—¿Quién mierda se ha creído esa tía que es para chillar e insultar a mi hermana? —dijo Micaela, soltándose de mis brazos para ir corriendo y ponerse al lado de Enola.

—¡Cállate, desgraciada! Ni se te ocurra seguir insultando a mi hermana porque te cojo y no sé ni lo que te hago —le dijo a Marina alzando la voz.

—Tú eres la culpable de todo, zorra —le dijo Marina a Enola ignorando las palabras de Micaela antes de tirarse a por ella como una fiera.

A los demás ni tiempo nos dio a reaccionar porque todo pasó en décimas de segundo.

Marina no llegó ni a rozar a Enola. La rapidez y los conocimientos que Micaela tenía para luchar salieron a relucir y, en un segundo, Marina estaba tumbada en el suelo boca abajo con ella sentada encima, sujetándola de tal manera que ni un pelo podía mover.

—¡Suéltala! —chilló Guillermo mientras corría hacia ellas con la mano en alto para pegar a Micaela.

Todos corrimos hacia ellos para evitarlo, pero Enola se nos adelantó.

Con el mismo talento que su hermana, de una sola patada en el pecho le lanzó hacia atrás, haciéndole caer de culo.

—¿Dónde ibas, hijo de puta? Si le llegas a rozar un solo pelo a mi hermana y le haces daño a ella o al bebé, te mato aquí mismo, cabrón —le dijo chillando Enola, muy alterada.

Dos de los policías que estaban allí presentes —a los que tampoco les había dado tiempo a intervenir por la rapidez con la que pasaron las cosas— se acercaron: uno a Guillermo para esposarle y el otro hizo lo mismo con Marina, que no dejaba de chillar e insultar en ningún momento.

Cuando sí lo hizo fue cuando oyó al juez, que había bajado del estrado y se puso delante de ellos para hablarles alto y claro, sentenciando su futuro.

—Deténganlos. Estarán bajo custodia hasta que se celebre el juicio. Los dos quedan acusados de homicidio doloso y tentativa de asesinato —dijo el juez.

Cuando se los llevaron, miré a Enola y a Micaela, que se estaban abrazando, y justo en ese momento fue cuando procesé las palabras que mi cuñada había pronunciado pocos minutos antes.

¿Un bebé? Eso había dicho Enola y me quedé helado. No sabía si la había entendido bien o si, por los nervios del momento, mi cabeza me estaba jugando una mala pasada. Necesitaba salir de dudas, así que en dos zancadas llegué hasta ellas.

—Micaela… ¿Un bebé? —le pregunté con miedo, pero emocionado al mismo tiempo.

—Quería decírtelo cuando saliéramos de aquí —me contestó un poco avergonzada.

—Lo siento, se me escapó —le dijo su hermana muy afectada por haber desvelado el secreto de la manera que lo había hecho.

—No pasa nada. Las cosas se han puesto feas en un momento. Gracias por defendernos —le contestó Micaela sonriendo.

—Gracias a ti por hacer lo mismo. Ahora mira a ver si besas al padre o le das una torta para que se recupere del *shock*, porque se ha quedado petrificado —dijo Enola antes de darse la vuelta y dejarnos allí a los dos solos.

—Sergio, sé que llevamos muy poco tiempo juntos y esto —dijo tocándose la tripa— es algo inesperado, pero…

No la dejé seguir hablando. Pude ver el miedo en su mirada, pensando que no me parecería bien o que no lo quisiera.

Y, Dios, era todo lo contrario.

Ser padre —y junto a ella además— era un puto sueño.

—Hoy es el día más feliz de mi vida. Podré estar libremente con la mujer de mi vida, que además me va a dar un hijo. No podía ser más perfecto. Te amo, os amo —le dije acariciándole el vientre antes de besarla.

Epílogo

Tres años después…

Micaela

—Micaela, ¿estáis ya listas? Al final llegaremos tarde y sin los padrinos la ceremonia no puede empezar —me dijo Sergio impaciente desde el piso de abajo.

Os estaréis preguntando de qué ceremonia y de qué padrinos está hablando mi marido, ¿verdad? Porque sí, es mi marido. Pues tranquilas, que mientras bajamos y nos montamos en el coche para salir zumbando al juzgado, yo os lo cuento todo, todito, todo.

Como sabéis, Sergio quedó libre desde el mismo momento en el que salimos del juzgado aquel día, hace ya tres años. Los siguientes dos meses fueron de locura total para nosotros, bueno, siendo sincera, más para él que para mí.

Lo primero que hizo al día siguiente de ser libre —al día siguiente, sí, porque esa tarde y esa noche nos la pasamos en un hotel haciendo el amor hasta el agotamiento— fue sentarse a hablar con Nando para decidir qué iban a hacer con la empresa, porque le dijo bien claro que él de mi lado y de León no se marchaba.

Las cosas fueron bien fáciles porque Nando le contestó que sus planes eran los mismos, que demasiado tiempo llevaba ya a caballo entre Madrid y León yendo y viniendo para ver a mi hermana y que tenía los mismos deseos de quedarse a vivir aquí con ella.

Así que en solo dos meses trasladaron la empresa a León, ofreciendo a los trabajadores que tenían la posibilidad de trasladarse con ellos o de recibir una buena suma si no querían hacerlo. Solo un par de ellos cogieron el dinero porque no quisieron trasladarse; el resto se vinieron todos aquí para seguir con la creación y venta de los videojuegos que hacían.

¿Y cómo les va? Pues a las mil maravillas. Son unos de los punteros en ventas dentro del sector.

Arreglado lo del trabajo, lo siguiente que hicimos fue buscar una casa para poder formar nuestra familia, con la condición de estar muy cerca los unos de los otros.

Y así fue como compramos tres chalets adosados en la misma urbanización.

Uno para Sergio, para mí y nuestro futuro hijo; otro para Nando y mi hermana Enola; y el último, más pequeñito, para mi abuela, que vendió su casa sin pensárselo para poder estar cerca de nosotras y de sus futuros biznietos.

En cuanto nos dieron las llaves para irnos a vivir allí lo hicimos a la carrera, porque el mes que tardaron en hacerlo fue de auténtica locura.

Los meses hasta que arreglaron lo del trabajo, Sergio y Nando estuvieron viviendo en un hotel, pero el último, hasta que nos dieron las llaves de nuestra casa, lo hicieron en casa de mi abuela.

Os podéis imaginar la liada que tuvimos allí cinco adultos con un solo baño y lo pequeña que era la casa. Fue una locura, sí, pero también fueron unos días llenos de risas y anécdotas difíciles de olvidar.

Sé que estáis deseando que os cuente cuándo y cómo nos casamos, pero esperad un poquito más, ¿sí? Primero quiero hablaros de cómo me ha ido en mi trabajo estos años.

Como os podéis imaginar, y sabiendo lo contenta que estaba trabajando en la prisión —que sí, lo hacía rodeada de presos, pero también de buenos amigos, los mejores si tengo que ser sincera—, pues allí es donde sigo trabajando en la actualidad, con Juanma a mi lado.

Cuando aquel día, al salir del juzgado, Hugo me contó que Juanma sería a partir del día siguiente mi nuevo compañero, me alegré muchísimo.

Como todos decíamos, cometió un error, sí, pero pagó su deuda y tenía todo el derecho a tener una segunda oportunidad, y qué mejor que haciendo un trabajo que le encantaba y en un sitio en el que conocía a todos.

Nuestros días en la enfermería, trabajando codo con codo, pues os podéis hacer una idea de cómo eran. Profesionales, eso era indiscutible, pero también estaban llenos de risas y buenos momentos.

Además, a esos momentos siempre se nos unía Daniel para ser totalmente perfectos.

Y ya llego al momento en el que Sergio me pidió que me casara con él. Vais a flipar con las ocurrencias de mi marido. Fue muy original su manera de hacerlo y tengo que decir que no podía haberlo hecho de una manera que me gustara más, porque eligió el sitio perfecto.

Os lo cuento, veréis.

Tres meses después de estar viviendo juntos, yo ya estaba con un barrigón impresionante porque me quedaban apenas dos meses para dar a luz, pero como me encontraba perfectamente, seguí trabajando.

Pues uno de esos días estaba en la sala de descanso comiendo con Juanma y Daniel cuando uno de los funcionarios vino a buscarme porque había un problema con un preso que no se encontraba bien.

A esa hora todos estaban comiendo y fue al comedor donde me tocó ir porque, según me dijo el chico, era allí donde estaba el que necesitaba que le atendiera.

Cuando llegué allí con Juanma y Daniel a mi lado y entré en el comedor, al principio no vi nada fuera de lugar. Estaba todo como siempre.

Pero al llegar al centro de este, Sergio me llamó, haciéndome dar la vuelta alucinada porque estuviera allí.

Y no solo es que estuviera allí, es que el tío estaba subido encima de la mesa, esa en la que yo me subí en dos ocasiones: el día que les canté las cuarenta y después con el brote de sarampión.

Las palabras que me dijo allí subido aún hoy, más de dos años después, solo con recordarlas hacen que se me salten las lágrimas de la emoción.

—Micaela, desde el día que te vi subida en esta mesa supe que eras la mujer de mi vida. Ese mismo día me prometí a mí mismo que, si me dabas la oportunidad de estar a tu lado, intentaría hacerte feliz el resto de mi vida.

»Yo estaba condenado entre estos cuatro muros, privado de todo, pero ese día con tu sola presencia mi libertad empezó contigo, esa que después acabé teniendo definitivamente gracias a tu ayuda.

»Quiero… no, te ruego que te cases conmigo y compartas conmigo el resto de tu vida siendo mi esposa.

Dicho eso, se bajó de la mesa de un salto y se acercó a mí para arrodillarse y ofrecerme el anillo que había estado sujetando todo el tiempo entre sus manos.

¿Y yo qué hice? Pues solo asentir y llorar, porque estaba tan emocionada que no me salieron ni las palabras.

Cuando me puso el anillo y nos fundimos en un beso maravilloso, ni os podéis imaginar la que se lio allí en el comedor.

Imaginaos a cientos de presos aplaudiendo, silbando y chillando «¡vivan los novios!». Fue un jaleo ensordecedor, pero maravilloso al mismo tiempo.

¿Cuándo nos casamos?

Pues eso lo hicimos tres meses después de nacer nuestro hijo César, que llegó al mundo sin ninguna complicación y siendo un calco absoluto de su padre.

Pero ¿sabéis lo mejor de nuestra boda? Que no nos casamos solos.

Sí, habéis leído bien.

Nando y Enola se casaron a la vez. Compartimos ceremonia, banquete y hasta viaje de novios y, aunque os pueda parecer algo raro o loco, para nosotros —para los cuatro— fue perfecto.

De aquel viaje de novios, que fue cortito —solo nos fuimos cuatro días porque no queríamos estar más tiempo separados de César siendo tan pequeño—, mi hermana volvió embarazada.

Y no de un bebé, no… sino de dos.

Nueve meses después nacieron mis dos sobrinos, que eran, como me había pasado a mí, un calco de su padre e igualitos entre ellos, como nos pasaba a mi hermana y a mí.

Les pusieron de nombre David y Dylan.

Os contaré también que los otros dos amigos de Sergio, esos con los que compartió mesa durante su encierro, hacía poco que habían conseguido el tercer grado y eran muchos los días que se pasaban por casa a ver a Sergio o a nuestro pequeño.

Ellos seguían siendo pareja, una que al igual que la nuestra, se formó entre muros, pero sin ser prohibida como la nuestra, claro.

Antes de contaros a qué boda vamos, os contaré —no porque merezcan que gaste saliva con ellos, pero como han sido parte de esta nuestra historia, quizás sí queráis saberlo— qué pasó con Marina y Guillermo.

Aquel día en el que todo salió a la luz, como sabéis, fueron detenidos.

Dos meses después se celebró el juicio contra ellos por los crímenes que habían cometido.

Una cosa que se me olvida contaros antes de deciros qué les pasó: el día que aquel juez declaró libre a Sergio, también revocó el acuerdo de divorcio que había firmado y Marina tuvo que devolverle absolutamente todo.

El ático, el dinero que le había dado y la parte de la empresa.

Vamos, que como era una buena para nada se quedó con una mano delante y otra detrás.

Pero vamos, que a donde fue a parar allí poco iba a gastar.

A la cárcel fue, sí. Y Guillermo, también.

Los dos fueron condenados por homicidio doloso por partida doble, por ese matrimonio que falleció y también por intento de asesinato contra Sergio.

Les cayeron treinta años a cada uno.

Casi nada, ¿verdad?

No cumplirían la condena íntegra, claro, porque pasados los años, si todo iba bien, saldrían con el tercer grado, pero unos cuantos añitos a la sombra no se los quitaría nadie.

Y ahora ya sí, supongo que lo habéis adivinado, porque son de los dos únicos de los que no he hablado todavía.

Hugo y Daniel.

Ellos, que para nosotros más que amigos eran familia, eran los que hoy se casaban.

El empujoncito acompañado del buen consejo que les dio mi marido aquel día surtió efecto y ese amor que se coció a fuego lento también entre los muros de la prisión hoy lo cerraban poniendo el broche final, casándose acompañados de todos sus seres queridos.

Como le prometimos cuando nos casamos, Hugo fue el padrino de nuestra boda.

Así que hoy se giraban las tornas y seríamos Sergio y yo los padrinos de la suya.

—Joder, casi no llegáis —nos dijo Nando riéndose al verme andar como un pato con César de la mano, al que en cuanto se acercó mi abuela, se llevó en brazos.

La leche, es verdad que no os lo he dicho. Si es que me pongo a cascar y me olvido la mitad por el camino.

El gracioso de Nando se estaba riendo de mis andares porque tenía tal barrigón que no me veía ni los pies.

Esta vez, como les pasó a él y a mi hermana, llevaba en mi interior a dos niñas gemelas.

Como no podía ser de otra manera.

Me quedaba menos de un mes para dar a luz y ya teníamos pensados los nombres.

Nuestras princesas se llamarían Cristina y Beatriz, nombres que habíamos elegido, uno yo y otro mi marido.

—A ti te quería ver yo con esta panza, jolín, qué ganas tengo de que nazcan —le contesté resoplando.

—Pues yo no. Tú te quejarás, pero a mí me parece que estás preciosa —me dijo Sergio agarrándome por la cintura y dándome un beso.

La boda fue cortita, pero muy emotiva.

Cuando se dijeron los votos que habían preparado el uno para el otro, allí lloró hasta el apuntador.

Y es que mis niños eran unos romanticones que estaban hechos el uno para el otro.

Del juzgado fuimos todos a un hotel que estaba cerquita, donde se celebró el banquete, el baile y todo el cachondeo que vino después por parte de todos, lo mismo que pasaba cuando nos juntábamos.

El que lo hicieran en un hotel se lo agradeceré en el alma, porque allí cogimos habitaciones para todos y al acabar la fiesta, podría irme directa a la cama sin tener que esperar a hacer el viaje hasta casa en coche, al que me costaba cada vez más entrar.

—¿Estás muy cansada, amor? —me preguntó Sergio cuando me vio salir completamente desnuda del baño de la habitación del hotel.

—Para lo que tienes en mente y que también está en la mía, no —le contesté de manera coqueta.

Se levantó de la cama a toda velocidad, llegó hasta mí para alzarme en brazos y llevarme hasta la cama, donde me tumbó.

Después de dedicarme una mirada cargada de lujuria y mucho amor al mismo tiempo, empezó a besarme todo el cuerpo.

—Mi libertad empezó contigo y tu condena conmigo —me dijo Sergio sin dejar de besarme.

Alargué la mano para tirar de él y, antes de besarle en los labios, le dije:

—Bendita condena.

Mis redes sociales:

Facebook: Marta Flores
Instagram: martaflores_escritora